

Julio Verne

El conde de Chanteleine

se



En 1793, la Convención Nacional de Francia decretó una leva masiva de 300 000 personas para hacer frente a las potencias extranjeras. Ante esta medida, muchos departamentos se amotinaron, siendo La Vendée el lugar que opuso mayor resistencia. El conde de Chanteleine, uno de los máximos jefes de esta sublevación de miles de campesinos, tras ser derrotado, decide refugiarse en un lejano poblado de pescadores. Pero al volver a casa, la noticia del ataque a su castillo lo hará reclamar venganza.



Jules Verne

El conde de Chanteleine

ePub r1.0

Titivillus 17-12-2017

Título original: *Le Comte de Chanteleine*
Jules Verne, 1864

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Capítulo I

DIEZ MESES DE GUERRA HEROICA

El 24 de febrero del año 1793, la Convención nacional francesa promulgó un apremiante decreto para llevar a efecto una quinta o leva de unos 300 000 soldados, a fin de rechazar la tremenda acometida de la formidable coalición extranjera de casi todas las potencias unidas de Europa y puestas en armas contra Francia.

El 10 de marzo, siguiente a la publicación de aquel decreto, debía celebrarse el sorteo de los mozos que habían de formar aquel ejército republicano de Francia, en la pequeña aldea de Saint-Florent situada en un rincón de la vieja provincia de Anjou, para prestar a la patria el contingente de soldados que correspondía a aquel pacífico y casi ignorado distrito.

Ni la más arbitraria llamada a filas, llevada a cabo por el fanatismo revolucionario, que dio por resultado la casi total emigración de los nobles y de los principales propietarios del país; ni la muerte que se había dado al rey Luis XVI, decapitándole en la guillotina después de haberle sometido a un acalorado proceso, que llenó de estupor a toda Europa, habían podido sublevar a los sencillos labriegos de aquella parte occidental de la nación francesa, casi ignorada del centro revolucionario del país; pero la dispersión

de los curas y del clero, las sacrílegas violaciones y profanaciones de sus iglesias, la invasión de párrocos juramentados, que habían sustituido a los antiguos curas en todas las parroquias del país, y finalmente aquella última medida tan violenta como vejatoria de la llamada a filas, que venía a arrancar a los hijos de los brazos de sus padres, y la más lozana juventud de la población entera, para llevarla a perecer a una guerra monstruosa y temeraria contra los ejércitos coligados de casi todas las naciones de Europa, colmaron la medida de su sufrimiento, y por doquiera exclamaron todos a una voz:

—¡Puesto que es preciso morir, muramos al menos en nuestras casas!

Furiosos y desesperados, los paisanos atacaron a garrotazos a los comisarios de la Convención, haciendo huir, después de derrotados, a los destacamentos de soldados reunidos para proteger las operaciones del sorteo.

En aquel día, comenzó la guerra de la Vendée. El núcleo del ejército católico y real se formó bajo la dirección del arriero Cathelineau y del guardabosque Stofflet.

El 14 de marzo, la pequeña partida armada que capitaneaban estos oscuros guerrilleros, se apoderó del castillo de Jallais, que defendían los soldados del regimiento n.º 84 y una sección de guardias nacionales de Charonnes, procedentes del departamento del Sena. Allí fue donde arrebataron a los defensores de la república francesa aquel primer cañón que se hizo célebre en el ejército católico-realista, y al que bautizaron los partidarios de la monarquía con el nombre de *El Misionero*.

—A este principio —dijo Cathelineau dirigiéndose a sus camaradas— es preciso que siga lo demás.

Lo demás fue aquella guerra terrible iniciada por este labriego y que puso en grande aprieto, en más de una ocasión, a las mejores tropas de la república.

Después del famoso golpe de mano del castillo de Jallais, los dos jefes vendeanos se apoderaron de Chollet, ciudad situada en el

departamento de Maine y Loira, e hicieron cartuchos de fusil con la pólvora de los cañones republicanos que encontraron en aquel castillo.

Desde entonces, el movimiento reaccionario de la contrarrevolución creció de manera prodigiosa en las antiguas provincias de Anjou y de Poitou, de suerte que a fines del mes de marzo de aquel mismo año, la capital del partido de Chantonnay en la Vendée pudo ser asaltada y tomada por los insurrectos del país, como lo fue también la población de Saint-Fulgent, cabeza del partido de su nombre.

Pero como se acercaba la solemnidad de la Pascua, los campesinos levantados en armas se separaron para ir para cumplir cada cual en su respectiva parroquia sus deberes de buenos cristianos, y para aprovisionarse al mismo tiempo de pan, mudarse o remendarse los vestidos, y cambiar sus zuecos usados y rotos ya en la persecución de los *azules*, como ellos llamaban a los soldados de la república.

Llegado el mes de abril del mismo año 1793, el levantamiento realista-clerical, como entonces se llamaba, volvió a reproducirse, apareciendo de nuevo las partidas de mozos del *Marais y del Bocage*^[1] que se fueron reuniendo bajo las órdenes de Charette, de Bonchamps, de D'Elbée, de La Rochejaquelein, de Lescure y de Marigny. Muchos jóvenes de la nobleza bretona se unieron al movimiento y entre ellos uno de los más gallardos y valientes, de los más esforzados y mejores, el conde Humberto de Chanteleine, que abandonó su casa y sus estados para reunirse al ejército católico que entonces contaba ya con el respetable número de cien mil hombres.

El conde de Chanteleine, siempre en primera fila, fue desde el principio de la campaña y durante diez meses el verdadero vencedor en todas las victorias obtenidas por los de su bando, en Fontenay, en Thouars, en Saumur y en Bressuire, siendo sólo vencido en el sitio de Nantes, donde pereció el valiente Cathelineau. Las provincias occidentales de Francia no tardaron en sublevarse.

Entonces fue cuando se vio a los *blancos*, o realistas, caminar de victoria en victoria, y ni la pericia militar del general republicano Aubert Dubayet, ni el valor heroico del entusiasta Cléber, con los terribles soldados que había traído del sitio de Maguncia, ni las tropas del general Canclaux, pudieron resistir a su indomable ardor.

La Convención, espantada, ordenó arrasar y destruir el territorio vendeano, y expulsar su población.

El general Santerre pidió que se minara todo el país para hacerlo saltar entero, y que se hiciesen fumigaciones soporíferas con el objeto de asfixiar a todos los habitantes de aquella región.

Los soldados de Maguncia fueron los encargados de convertir en un desierto todo aquel territorio, según lo había decretado el Comité de Salvación Pública.

Cuando las tropas realistas tuvieron noticia de tan terrible resolución, se convirtieron en fieras: el conde de Chanteleine, que a la sazón se hallaba al frente de una división de 5000 hombres, se batió como un héroe en Doué, en el puente de Cé, en Torfou, y en Montaigu; pero al fin, sonó la hora de los reveses para su causa.

Lescure fue vencido, el día 9 de octubre, en Châtillon, y el día 15 del mismo mes, las tropas republicanas arrojaban a los vendeanos de la ciudad de Chollet y de las orillas del Maine. Algunos días después, el bravo Bonchamps y el terrible D'Elbée caían heridos de muerte; en vano fue que el entusiasta Marigny y el indomable Chanteleine hicieran prodigios de valor; pues las formidables columnas republicanas les seguían muy de cerca y los acosaban tenazmente; entonces no hubo más remedio que repasar el Loira, con un ejército fugitivo que aún contaba cuarenta mil hombres en bastante buen estado y dispuesto todavía a combatir.



Sin embargo, el río fue vadeado por los realistas con el mayor desorden y en medio de una gran confusión.

Chanteleine y los suyos consiguieron rehacer algún tanto, con su presencia, el ejército realista que a cuyo frente se hallaba La Rochejaquelein, que acababa de ser nombrado generalísimo; volvieron de nuevo contra los republicanos, que, a pesar de tener a su frente a un hombre como Kléber, no pudieron evitar que los *blancos* alcanzasen una gran victoria delante de la ciudad de Laval, en cuyo distrito habían nacido los cuatro hermanos Chuanes, que dieron nombre a la *chuanería* de la Vendée. Aquella victoria fue, no

obstante, la última que tuvieron los realistas en tan sangrienta campaña.

Los *blancos* se hallaban desorganizados, y en vano Chanteleine empleó los más supremos esfuerzos para rehacer de nuevo el ejército realista; pero ni tenía el tiempo necesario, ni medios hábiles para ello.

El Comité de Salvación Pública de París acababa de nombrar general en jefe de las tropas republicanas del ejército de operaciones de la Vendée al enérgico Marceau, y este general perseguía a los realistas con tanta pericia y actividad. Que no tardó en obligar a La Rochejaquelein, a Marigny y a Chanteleine a replegarse sobre la ciudad de Mans, desde donde tuvieron que huir también para buscar un refugio en Lava, cuyo punto se vieron obligados a abandonar, encaminándose hacia la ciudad de Ancenis con el propósito de repasar el caudaloso Loira; pero desgraciadamente para ellos, no encontraron ningún puente, ni una sola barca que auxiliase su designio; de suerte que la masa fugitiva de paisanos se vio obligada a descender por la orilla derecha del río, y no pudiendo penetrar en la Vendée ni refugiarse en sus casas, no tuvo más remedio que arrojar a la desesperada sobre la Bretaña.

Su retaguardia pudo alcanzar algunas ligeras ventajas sobre las tropas republicanas que iban en su persecución, muy de cerca; ventajas que fueron las últimas de esta campaña, pues los realistas tuvieron al fin que diseminarse, rotos y dispersos, en el territorio de Savenay por las orillas del Loira.

Considerándose Chanteleine irremediablemente perdido, exclamó con resignación:

—¡Aquí es donde debemos morir! —Y se emboscó con un puñado de vendeanos, entre ellos Marigny, en dos bosquecillos próximos a Savenay.

A las pocas horas apareció Kléber al frente de la vanguardia del ejército republicano, y dispuso que tres compañías atacasen a los voluntarios que capitaneaban Marigny y Chanteleine, los cuales, a

pesar de sus esfuerzos sobrehumanos, se vieron obligados a abandonar los puestos que defendían y a encerrarse en la ciudad.

Entonces Kléber mandó hacer alto a su división, sin consentir que diese un paso hacia delante. En vano los jefes republicanos Marceau y Westerman trataron de obligarle a que atacase a los realistas: aquel célebre general quería dar tiempo al ejército enemigo para que se concentrase en Savenay, y por eso no se movió.

Colocó las tropas republicanas que mandaba en forma de media luna, y ocupando las alturas circunvecinas aguardó con calma la hora oportuna para acabar de una vez con el ejército de los *blancos*, destruyéndolos de un solo golpe.

La noche que siguió a aquel día terrible fue triste y siniestra. El desenlace fatal de aquella guerra fratricida se veía próximo.

Los jefes de los vendeanos se reunieron en concejo supremo. Ya nada había que esperar sino un postrer arranque de desesperación: sabían que no habían de obtener cuartel de sus implacables enemigos, y que sería en vano intentar una capitulación para salvar sus vidas: la fuga era imposible. No había, pues, más remedio que batirse, y en esta situación resolvieron tomar la ofensiva.

Al día siguiente, 23 de diciembre, señalado en el calendario republicano con el nombre de 3 nivoso del año 2.^o de la República Francesa, al sonar en los relojes de la ciudad las ocho de la mañana, los *blancos* se arrojaron denuedo sobre los *azules*, es decir, los realistas embistieron a los republicanos.

El tiempo era horroroso: una lluvia glacial caía a torrentes, una espesa niebla cubría aquellos pantanosos terrenos; el río Loira desaparecía bajo una densa bruma: el combate iba a tener lugar sobre charcos de lodo y en medio de la tormenta. Los vendeanos, aunque inferiores en número, atacaron desordenadamente a los republicanos, al grito de ¡Viva el Rey!

Los *azules* resistieron impávidos tan terrible acometida gritando ¡Viva la república!

El choque fue terrible: la vanguardia republicana retrocedió, después de un momento de combate, introduciendo el desorden de las primeras filas del ejército, desorden que llegó hasta el cuartel general. Las municiones empezaron a escasear; unos soldados republicanos gritaron, dirigiéndose a su general:

—¡Nos faltan cartuchos!

—¿Y qué importa? —contestó Cléber, blandiendo con decisión su espada—; cargad a la bayoneta y a culatazos.

Y lanzó contra el enemigo el batallón n.º 31, que obedeció sin titubear siquiera, la orden de su jefe.

La caballería se hallaba en su mayor parte desmontada, por carecer de caballos, como la infantería carecía de municiones; pero el general republicano improvisó con su Estado Mayor un escuadrón formidable, y poniéndose a su cabeza cargó a los vendeanos con tal denuedo, que nada podía detener a su arremetida.

Los *blancos* empezaron a vacilar, y pocos momentos después tuvieron que retroceder, ya destrozados, y replegarse de nuevo en torno de la ciudad, en donde lucharon aún con indecible denuedo.

Piron y Lyrot fueron muertos con las armas en la mano, y defendiéndose hasta exhalar el último aliento, como héroes.

Fleuriot, después de haber intentado en vano reunir sus dispersas bandas, se vio forzado a romper por entre el ejército enemigo, con un puñado de valientes que le seguían, para refugiarse en los bosques inmediatos a Savenay.

Entre tanto, Marigny y Chanteleine luchaban con desesperación; pero las filas de sus bravos campesinos iban aclarándose de minuto en minuto, pues los muertos y los fugitivos dejaban en ellas grandes vacíos, que no era posible llenar.

Marigny, viendo la situación a que habían llegado, se volvió al conde de Chanteleine que combatía su lado como un héroe, y le dijo en voz baja:

—¡Todo se ha perdido!

El conde, que en aquel momento acababa de llegar junto a su amigo, después de haber abierto una brecha en el campo enemigo,

era un hombre de más de cuarenta y cinco años de edad, de elevada estatura y gallardo continente; su aspecto, melancólico de ordinario, aparecía terrible en aquel momento; llevaba su rico traje roto y enlodado; con la mano izquierda empuñaba una pistola descargada, y con la diestra blandía un sable ensangrentado.

Al oír las palabras de Marigny, frunció el ceño y exclamó con energía:

—¿Y qué quieres decir con eso?

—Que ya no hay medio de defendernos —contestó Marigny.

—Demasiado lo sé, pero ¿y esas pobres mujeres, esos tiernos niños, esos débiles ancianos que pululan por las calles de la ciudad? ¿Qué suerte les espera?... ¿Queréis que los abandonemos a la ferocidad de los enemigos?

—De ninguna manera; pero ¿qué vamos a hacer con ellos? ¿A dónde llevarlos?

—Hacia Guérande —exclamó Chanteleine con resolución.

—Ve pues —dijo Marigny— y llévalos contigo.

—¿Y tú? —preguntó el conde.

—Yo me quedo para proteger vuestra retirada, y para retener a los republicanos con mis últimos disparos de cañón. Hasta la vista pues, Chanteleine.

—Adiós, Marigny.

Ambos jefes se estrecharon mutuamente las manos.

El conde corrió hacia la ciudad, y pocos momentos después salió por el lado opuesto, seguido de un largo cordón de gentes que huían de Savenay, y siguiendo la ribera del río.

Entre tanto, Marigny, encarándose con un grupo de campesinos que había quedado a su lado, gritó con energía:

—¡A mí los valientes!

La mayor parte de aquellos denodados partidarios le rodearon pronto a obedecer sus órdenes: Entonces, mandó que, arrastrando dos cañones de a ocho, de que aún disponían, los condujesen a una altura donde podía cubrir la retirada de los fugitivos, reuniendo allí los restos de su ejército.

Apenas llegarían a dos mil los bravos que habían sobrevivido a la matanza de los días anteriores; pero todos ellos se hallaban dispuestos a morir también, al lado de su jefe.

Sin embargo, sus desesperados esfuerzos fueron inútiles, y no pudieron resistir mucho tiempo las reiteradas acometidas a los republicanos que arrojaban sobre ellos masas imponentes de hombres.

Después de dos horas de lucha desigual y desesperada, en que hicieron esfuerzos sobrehumanos, los últimos restos de los *blancos* abandonaron su trinchera y se diseminaron por los campos.

En aquel terrible día, 23 de diciembre de 1793, dejó de existir el gran ejército realista de los vendeanos.

Capítulo II

EL CAMINO DE GUÉRANDE

Una inmensa muchedumbre de hombres, mujeres y niños, sobrecogida de pánico, huía aceleradamente en dirección a la antigua ciudad de Guérande, como un torrente desbordado, por los pendientes senderos que conducen desde la ciudad de Laval a los valles, resbalando en los taludes de la carretera y avanzando con gran dificultad. Los heridos que acababan de combatir contra los republicanos dificultaban el paso de los últimos que habían abandonado sus hogares, entre los cuales iban algunos infelices horriblemente mutilados que dejaban de existir en medio del camino.

La confusión era espantosa; sin embargo, la ciudad quedó completamente evacuada en menos de una hora.

La resistencia que había puesto Marigny al violento ataque del ejército de la Convención, dio a los fugitivos el tiempo suficiente para recoger a los ancianos, mujeres y niños, y conducirlos al camino real, desde donde oían perfectamente el estampido del cañón que tronaba sobre sus cabezas, protegiendo su retirada.

Pero cuando cesaron los disparos de artillería, los *blancos* acogieron aquel desconsolador silencio con un verdadero espanto,

pues supusieron que, no encontrando ya resistencia, los *azules* no tardarían en lanzarse sobre ellos para destruirlos.

Pronto se realizó tan triste augurio: pocos momentos después de haber callado los cañones de Marigny, se divisaron a corta distancia las avanzadas republicanas, que no tardaron en alcanzar a los fugitivos y dispararon sobre ellos sus fusiles.

Muchos de aquellos infelices, inermes en su inmensa mayoría, caían atravesados por el plomo enemigo.

La pluma se resiste a pintar aquel cuadro desolador. La lluvia seguía cayendo a torrentes, en medio de una oscura niebla, iluminada a intervalos por la claridad de los relámpagos o de los fogonazos del cañón y de la fusilería republicana; el estampido del trueno se mezclaba con las detonaciones de la artillería: profundos charcos de lodo, enrojecidos por la sangre de los que caían heridos o sin vida, cortaban a trechos la vía pública.

Pero los fugitivos no tenían más remedio que seguir la carretera, pues la única manera de salvarse era continuar su marcha sin volver el rostro atrás: si se desviaban a la derecha, tropezaban con pantanos intransitables; por la izquierda les cerraba el paso el río, engrosado a la sazón por la lluvia y completamente desbordado.

No había, pues, más remedio que seguir la línea recta; y si algún realista desesperado hubiese tenido la intención, de perder la vida arrojándose al Loira, habría encontrado sus orillas cubiertas de cadáveres, procedentes de las ejecuciones en masa dispuestas en Nantes por el sanguinario Carrier.



Entre tanto, los republicanos acosaban de cerca de los fugitivos, cuya situación era más angustiosa a cada momento. Los heridos, los ancianos, las mujeres y los niños dificultaban su marcha. Los enfermos, así como los recién nacidos, sufrían el rigor de la tormenta.

El hambre y el frío aumentaban el rigor de sus sufrimientos.

Los animales domésticos, esto es, los carneros y las vacas que los *blancos* habían sacado de sus establos para llevarlos consigo, redoblaban aquella espantosa confusión, mezclando con el fragor del trueno y de la lluvia sus balidos y sus mugidos.

A veces se espantaban de los relámpagos, y, lanzándose a la carrera, atropellaban a las personas, abriendo brechas a través de los grupos, hiriendo a muchos de los que los componían y aumentando la confusión y el pánico.

En medio de aquella inmensa masa de gente, se confundían las clases y las edades; jóvenes señoritas de la rancia nobleza de la Vendée, de Anjou, de Poitou y de Bretaña, que habían seguido constantemente a sus padres y a sus hermanos en aquella guerra fratricida, compartían su peligro con valor heroico y, colocándose al lado de los escasos combatientes que protegían con las armas en la mano aquella funesta retirada, alentaban con su ejemplo a los *blancos*, y gritando de vez en cuando: ¡Fuego, vendeanos!, se ocultaban detrás de los jarales del camino y cruzaban el fuego de sus fusiles con las descargas de los republicanos.

Entre tanto se aproximaba la noche, aumentando con sus sombras el horror de aquellas escenas desconsoladoras.

El conde de Chanteleine, sin cuidarse de sí mismo para nada, acudía a todas partes, animando a los que empezaban a desfallecer; ayudando a salir del lodo a los que se habían metido en él; ofreciendo su apoyo a los heridos o a los que iban perdiendo sus fuerzas y comunicando su aliento a los que todavía empuñaban su fusil.

Temía que cerrase la noche, y, sin embargo, confiaba en que sus protectoras sombras harían desistir a los soldados republicanos de tan enconada persecución.

Pero al paso que obraba así, su corazón se desgarraba de dolor, viendo el cuadro que se ofrecía a sus ojos, a pesar que había tenido ocasión de contemplar muchos semejantes, en aquella guerra de diez meses en que había combatido sin descansar un solo día.

Al resonar el primer grito de insurrección en Saint-Florent, abandonó su castillo de Chanteleine, dejando en él a su esposa, a su hija, a sus deudos, a cuanto amaba en el mundo, y voló a la defensa del trono y del altar, lleno de fe y de entusiasmo por su causa.

Audaz, decidido, heroico siempre, era el primero cuando había que entrar en fuego, y el último que dejaba el combate, su carácter, entero y caballeresco, era uno de aquellos que hicieron exclamar al general Beaupuy:

—Los soldados que han vencido a tales héroes pueden gloriarse de rechazar a todos los pueblos de Europa, aunque se reúnan para atacar a Francia.

Resuelto a no abandonar la empresa que con tal decisión había acometido, comprendía perfectamente que su misión no había terminado al ser vencido en Savenay, y se mantenía impertérrito a retaguardia de aquel pueblo fugitivo, protegiendo la retirada con el puñado de valientes que todavía conservaban sus armas.

Multiplicándose con una actividad inconcebible, ora activaba la marcha de la muchedumbre que le precedía, ora hacía frente a sus perseguidores quemando sus últimos cartuchos en refriegas desiguales; ora contenía a sablazos a los *azules* que, separándose del ejército republicano, se aproximaban demasiado a su ya diezmada columna.

Sus esfuerzos titánicos iban, no obstante, a ser infructuosos dentro de breves momentos: sus últimos compañeros de armas caían poco a poco detrás de él atravesados por el plomo enemigo: la inmensa turba que le precedía marchaba más lentamente al paso que la noche iba aproximándose; en vano empujaba abriendo los brazos a los rezagados; en vano les gritaba con energía y con acento afectuoso:

—¡Adelante, hijos míos, andad sin deteneros, pues sólo así podremos salvarnos!...

Uno respondía con voz apagada:

—¡No puedo más, estoy desfallecido!

Otro exclamaba con desesperación:

—¡Me muero!

—¡Socorro! —gritaba una mujer, a quien una bala acababa de atravesar el pecho.

—¡Mi hija, mi hija! —decía otra, separada de una niña que llevaba de la mano y que había perdido en medio de la oscuridad...

El conde de Chanteleine procuraba consolar a los unos, auxiliar a los otros y ayudar a todos; pero las fuerzas empezaban a faltarle,

cuando de improviso se acercó a él un campesino a quien reconoció a pesar de la oscuridad de la noche, anticipada por la niebla.

—¡Kernan! —exclamó con sorpresa—, ¡eres tú!

—Yo soy, señor.

—Tú, Kernan, ¿conque vives todavía?

—Sí vivo; pero marchemos de aquí; corramos sin detenernos un solo instante.

—¡Qué dices de marchar! Y esos infelices —preguntó el conde señalando los grupos de dispersos a quienes sólo su presencia podía prestar aliento— ¿crees tú que podemos dejarlos abandonados a su horrible destino?

—Señor —repuso el labriego—, ni vuestros nobles deseos, ni vuestro valor pueden hacer ya nada a favor suyo; venid, pues, conmigo, venid...

—¿Qué es lo que exiges de mí, Kernan?

—Vengo a decirle que hay seres más dignos de compasión que os aguardan.

—¿A mí?

—A usted, mi amo: la señora condesa... mi sobrina María...

—¡Mi esposa! ¡Mi hija!... —exclamó el conde estremeciéndose y cogiendo convulsivamente el brazo de Kernan.

—He visto a Karval.

—¿A Karval?... —gritó Chanteleine, arrastrando tras de sí al labriego, lejos de un grupo de fugitivos que les rodeaba a la sazón.

Aquel hombre era un campesino, que llevaba la cabeza cubierta con un gorro de lana parda, sobre el cual se encasquetaba un sombrero de anchas alas, rodeado de un rosario de cuentas gordas, su rostro era varonil, enérgico y rudo, una larga cabellera manchada de sangre, le bajaba hasta los hombros, y un ropón de tela burda, que le llegaba a las rodillas desnudas y enrojecidas por el frío, cubría su cuerpo; unas polainas de paño gris ceñían sus piernas, ajustadas con cintas de colores, y llevaba los pies metidos en unos gruesos zuecos de madera medios destrozados y sucios de sangriento lodo; finalmente una piel de cabra que llevaba sobre los

hombres a guisa de manto completaba su traje de bretón. Entre los pliegues de su túnica, asomaba el mango de un largo cuchillo sujeto a la cintura por una correa de piel de caballo, y en la mano derecha llevaba un fusil cogido por la mitad del cañón.

Aquel hombre parecía ser muy vigoroso, y, en efecto, en su país pasaba por tener unas fuerzas sobrehumanas; se contaban de él rasgos portentosos, y jamás aquel terrible luchador había encontrado quien le venciera en las romerías de Bretaña, a las que solían asistir los mozos más hercúleos del país.

Sus vestidos rotos, enlodados y cubiertos de sangre, demostraban claramente la parte activa que había tomado en los últimos combates del ejército realista.

Este personaje siguió a grandes pasos al conde de Chanteleine, que abandonando de pronto la retaguardia de los fugitivos, y queriendo adelantar su marcha, dejó el camino real, precipitándose por medio de pantanos llenos de lodo y de agua.

Las palabras del campesino le habían sobrecogido llenándole de terror, y cuando, gracias a su voluntad de hierro y a su vigorosa energía, consiguió alcanzar la vanguardia de su columna, se encontró cerca de un pequeño soto, entre cuyos árboles hizo penetrar al bretón, a quien preguntó nuevamente con voz entrecortada por el sobresalto y la fatiga:

—¿Con que has visto a Karval?

—Sí, señor.

—¿Y en dónde?

—En el último combate, entre los *azules*.

—¿Y él te ha reconocido?

—Sí, señor, en el acto.

—¿Y te ha hablado?

—Sí; después de haber disparado sobre mí sus dos pistolas.

—¿Luego, estás herido?... —exclamó el conde con el más vivo interés.

—Todavía no —repuso Kernan, con melancólica sonrisa.

—¿Y qué te ha dicho ese miserable?

—«Se te aguarda en el castillo de Chanteleine», me gritó, y después desapareció en medio de la humareda del combate; yo quise alcanzarle, pero me fue imposible.

—¡«Se te aguarda en el castillo de Chanteleine»! —repitió el conde—. ¿Qué habrá querido dar a entender con esas palabras?

—Nada bueno, señor.

—Lo creo, pero ¿qué hacía ese miserable entre los *azules*?

—Capitaneaba un grupo de tunantes de su misma ralea.

—He aquí un digno oficial de las tropas republicanas, a quien arrojé de mi castillo por ladrón —dijo el conde con desdeñoso acento.

—Es verdad —repuso Kernan—, en los tiempos que corremos les es fácil a los bribones hacer fortuna. Pero, señor, no olvidéis las palabras de ese infame, que no por ser tuyas me parecen menos terribles: en el castillo de Chanteleine te esperan, dijo, y creo que debemos correr al castillo.

—Sí, sí, vamos —dijo el conde, haciendo un movimiento para marchar.

Mas deteniéndose de nuevo, añadió:

—Pero ¿y esos infelices confiados a mi custodia? ¿Y la causa de nuestra religión y nuestro rey?

—Señor —repuso con gravedad el campesino—, antes que a la patria, antes que a todo lo del mundo nos debemos a nuestra familia. ¿Qué sería sin nuestra protección, de mi señora la condesa, de vuestra querida hija? Ya habéis cumplido con vuestro deber de caballero, combatiendo como un héroe por vuestra patria y por vuestro rey. Volvamos, pues, sin escrúpulo al castillo, y cuando los nuestros hayan llegado a Guérande, volveremos a unirnos con ellos. El ejército católico ha sido destrozado y se halla deshecho, pero aún no ha terminado todo. Créame, señor; yo conozco allá en la baja Bretaña, en Morbihan, a cierto sujeto, llamado Jean Cottureau, que todavía ha de dar mucha calentura a los republicanos, haciéndoles hilar más de lo que ellos imaginan; dejémosle hacer y luego le ayudaremos nosotros a enredar a la madeja.

—Vamos, pues —dijo el conde—; tienes razón, buen Kernan; las palabras de ese infame Karval encierran sin duda, alguna siniestra amenaza; ante todo debo sacar de Francia a mi esposa y a mi hija; cuando las dejemos en lugar seguro, volveremos a nuestra patria, haciéndonos matar, en nuestro suelo.

—Sí, mi querido amo —exclamó el labriego con alegría—, volveremos juntos y juntos moriremos si es preciso. Pero partamos ahora.

—Partamos, pero ¿cómo llegar al castillo?

—Si queréis creerme, encaminémonos hacia Guérande, desde allí seguiremos a lo largo de la ribera hasta el puerto de Croisic, o hasta el de Piriac, en donde podremos embarcarnos para llegar por mar a una de las bahías de Finisterre.

—Pero ¿dónde podremos hallar una barca que nos conduzca? —objetó el conde.

—¿Llevas dinero?

—Sí, unas mil quinientas libras.

—Pues bien, con eso sobra para comprar una barca de pescar, y si es necesario también a los pescadores.

—Sin embargo...

—No estamos en situación de escoger, señor; si fuésemos por tierra no tardaríamos en caer en manos de alguna partida de esos perros republicanos, que no nos darían cuartel; o tendríamos que marchar a salto de mata, evitando el camino real, tomando sendas tortuosas y ocultándonos a cada paso, lo cual nos haría perder un tiempo precioso en marchas y contramarchas, y nos expondríamos a llegar demasiado tarde.

—Entonces, ¡en marcha! —dijo el conde dejando de titubear.

—En marcha —repuso Kernan, tomando la dirección que había indicado.

Chanteleine tenía puesta toda su confianza en aquel bravo campesino, que era su hermano de leche, como se complacía en repetir a cada momento; el valiente bretón formaba parte de la

familia del conde; llamaba sobrina a María, la hija de su señor, y la tierna joven solía también llamarle a él mi buen tío Kernan.

Desde la más tierna infancia, amo y criado habían vivido juntos, sin separarse un solo día. El honrado campesino, por la educación que había recibido en casa de sus amos, se consideraba superior a las gentes de su clase; durante su infancia disfrutó en compañía de su señorito los placeres de la niñez; cuando joven, corrió con él las aventuras propias de la edad, y ya de hombre, le siguió a la guerra, compartiendo sus fatigas y reveses.

Al partir el conde a reunirse con Cathelineau, quiso dejar a Kernan en su castillo; pero le fue imposible separarse del que se había acostumbrado a mirar como a un hermano; además junto a la condesa y a su hija, quedaban otros servidores, tan adictos a ellas como el bravo bretón, al paso que la situación del castillo de Chanteleine, escondido en el fondo de Finisterre, y lejos de Quimper y de Brest, en donde se agitaban los clubs republicanos, ofrecía a sus habitantes la seguridad suficiente, lo cual decidió al conde a toma parte en el movimiento realista, sin temer nada por su familia; pero el encuentro de Karval, antiguo servidor del castillo a quien había sido necesario expulsar de él un año antes por ladrón, y las fatídicas palabras de aquel miserable, despertaron los recelos del conde, y le decidieron volver a sus estados.

Después de haber caminado silenciosamente un largo trecho, a través de escabrosos senderos, Chanteleine y Kernan volvieron los ojos al camino que habían abandonado, y a través de la bruma de la noche divisaron confusamente el largo cordón de fugitivos, cuyos clamores llegaban todavía a sus oídos como un sordo murmullo, que iba perdiéndose en el espacio.

Por fin, a las ocho de la noche llegaron a Guérande, llevando a lo sumo media hora de ventaja a los vendeanos, de quienes se habían separado para caminar más deprisa.

Las puertas de la ciudad estaban ya cerradas y sus rastrillos levantados; pero pudieron penetrar en ella por unas de sus poternas.

Las calles se hallaban completamente desiertas. Aquella sombría tranquilidad, aquel sepulcral silencio, formaban un triste contraste con el horrible estruendo que había reinado poco antes en la próxima ciudad de Savenay.

Ni una sola luz brillaba en las ventanas; ni un solo transeúnte cruzaba las calles. El terror había hecho cerrar todas las puertas y balcones de aquellas casas oscuras, cuyos habitantes permanecían encastillados en ellas después de haber pasado por dentro los cerrojos.

Aquella mañana habían oído el estampido de los cañones y el estruendo de la batalla trabada entre republicanos y realistas, y cualquiera que fuese el resultado del combate, tenían igualmente la llegada de los vencidos o de los vencedores, pues estaban seguros de ser víctimas de la desesperación de los unos o de la arrogante soberbia de los otros.

Los dos recién llegados caminaban a paso largo, y, pisando fuertemente sobre el desigual empedrado de las calles, despertaban los ecos de la noche. No tardaron mucho tiempo en llegar a la plaza de la iglesia, y poco después ya se hallaban junto a los muros exteriores de la población y en el lado opuesto de la portena por donde habían entrado.

Allí se pararon a respirar un momento, y pudieron percibir todavía el confuso rumor de la muchedumbre que, perseguida por los republicanos, caminaba hacia la ciudad. De vez en cuando llegaban a sus oídos voces lastimeras y gritos de amenaza, dominados por algunas descargas de fusilería.

Había cesado de llover; la luna asomaba a intervalos por el horizonte, a través de negros nubarrones, que ora la envolvían en una densa oscuridad, ora dejaban descubierto su hermoso disco, impelidos por las violentas ráfagas de un viento del oeste que silbaba enfurecido. Por efecto de una ilusión óptica, parecía que el astro de la noche recorría el espacio con movimiento vertiginoso a impulso de un poder oculto que le hacía huir con rapidez, despidiendo ráfagas de luz eléctrica que iluminaban con vivo fulgor

los campos, empapados por la lluvia, y dejando ver los más insignificantes surcos, al paso que se dibujaban en el suelo anchas fajas de sombra, que contrastaban de una manera extraña con la claridad fosfórica que llenaba el espacio.

El conde y Kernan, apenas asomó la luz de la luna, dirigieron sus miradas hacia el mar.

La bahía de Guérande apareció ante ellos, más allá de la sabana de arena que se extendía a lo largo de la vecina playa.

A su izquierda, el campanario de la aldea de Batz parecía salir de entre los amarillos muros del contorno, más lejos asomaba la aguda flecha que corona el faro de Croisic, y en el fondo de tan pintoresco paisaje se elevaba aquel gigantesco promontorio que va perderse en el océano Atlántico.

A su derecha, los ojos de Kernan, acostumbrados a penetrar las sombras de la noche, divisaron el campanario de la pequeña aldea de Piriac, destacándose sobre el mar en que rielaba la luna, cuya dudosa claridad hacía que allá a lo lejos se confundiese en el horizonte el azul de las aguas con el azul del cielo.

El viento seguía soplando con violencia; los árboles, despojados de hojas, agitaban sus ramas, y de vez en cuando se desprendían de lo alto de la desmesurada muralla algunas piedras que rodaban hasta perderse entre el lodo del foso que rodea la ciudad.

El conde de Cnateleine, después de haber estado reflexionando un largo rato, dirigió al fin la palabra a Kernan, para preguntarle:

—¿Qué hacemos? Allá abajo está la ciudad de Croisic, más allá se divisa la aldea de Piriac. ¿Dónde debemos dirigirnos?

—En la ciudad tendríamos sin duda algunas probabilidades más de hallar un barco; pero para llegar ahí sería necesario que retrocediésemos en nuestro camino, y una vez internados en esa lengua de tierra, nos exponemos a que nuestros enemigos nos corten la retirada.

—Decide, pues, lo que hayamos de hacer, Kernan; desde este momento me someto en absoluto a tus órdenes.

—Yo creo que debemos doblar por la bahía y dirigirnos desde luego a la aldea de Piriac. El camino no es largo; tres leguas escasas que a buen paso pueden andarse en dos horas.

—En marcha, pues —dijo el conde; y ambos se alejaron de la ciudad, precisamente en el momento en que los fugitivos vendeanos penetraban en ella por el lado opuesto, destrozando sus puertas, atravesando los fosos escalando las murallas, dando, en fin, un verdadero asalto a la población.

De repente, aparecieron luces en todas las ventanas; los pacíficos habitantes de Guérande se estremecieron de terror al ver aquella repentina invasión; algunas detonaciones de cañón hicieron temblar las vetustas murallas, y las campanas de la iglesia empezaron a herir los aires con el terrible toque de rebato.

Al oír Chanteleine aquel confuso rumor, sintió que el corazón se le oprimía, su mano apretó convulsivamente el fusil que empuñaba y volvió hacia la ciudad su afligido semblante, en cuya vehemente expresión se traslucía el deseo de volar en socorro de sus infortunados compañeros. Adivinó Kernan su pensamiento, y mirándole, le dijo con un tono lleno de cariñosa reconvención:

—Señor, señor, ¿y vuestra esposa, y vuestra hija?...

—¡Vamos, pues!... —repuso el conde, bajando con paso rápido el talud que conducía desde la ciudad hasta la llanura.

Un momento después ya se hallaban en el campo, desde donde se encaminó seguido de Kernan hacia la costa, evitando la vía pública y apartándose del paso ordinario de las gentes, para lo cual tuvieron que dar un largo rodeo por la orilla de las salinas, al borde de cuyas lagunas se veían cristalizados conos de sal en que se reflejaban los rayos de la luna.

Largo rato anduvieron a través de los árboles raquíticos cuyo ramaje destrozaba el viento, que soplaba con violencia, trayendo desde la ciudad siniestros murmullos, que se confundían con el sordo rumor producido por la subida de la marea.

De vez en cuando llegaban hasta aquel sitio gritos dolorosos, y algunas balas perdidas venían a estrellarse en las rocas de la costa.

Las llamas de un incendio iluminaron de improviso el horizonte con su sangriento resplandor, y las manadas de hambrientos lobos que siguen a los ejércitos lanzaban siniestros aullidos, oliendo de cerca la carne viva.

Chanteleine y Kernan caminaban deprisa y sin cambiar una sola palabra; pero los mismos pensamientos agitaban sus almas, por cuya razón no necesitaban hablar para entenderse.

Algunas veces se detenían para mirar hacia atrás y examinar el campo, y cuando se cercioraban que no eran seguidos, continuaban su marcha, siempre redoblando el paso.

Antes de las diez de la noche llegaron a la aldea de Piriac; pero no queriendo exponerse a penetrar en ella, por temor a encontrar algún obstáculo, se fueron directamente a la punta de Castelli, y desde allí dirigieron sus miradas hacia el mar.

A la derecha se elevaban las rocas de la isla Dumet; a la izquierda, el faro de Tour, que dirigía su luz intermitente hacia todos los puntos del horizonte, y en el centro se divisaba la sombría masa de Belle-Île.

El conde y su compañero, no descubriendo en aquel lugar ninguna barca de pescadores, tuvieron que volver a Piriac; allí, varios barquichuelos amarrados a la orilla se balanceaban a impulso de los vaivenes de la marea creciente.

Kernan se fijó en uno de ellos, que un pescador se disponía a abandonar, después de haber plegado cuidadosamente sus velas.

—¡Hola! ¡Eh!... ¡Amigo!... —le gritó.

El interpelado saltó a tierra aproximándose con recelo al que le llamaba.

—¿Qué se le ofrece?

—¡Ven aquí! —le dijo el conde.

—¿Qué se le ofrece? No es de este país por lo que veo, —añadió aproximándose algunos pasos—. ¿Qué es lo que quiere de mí?

—¿Podrías hacerte a la mar esta misma noche llevándonos a bordo? —preguntó Kernan...

—¿A dónde quiere ir? —replicó el pescador.

—A donde te diremos después de habernos embarcado —contestó Chanteleine.

—La mar no está muy buena, y el viento sudoeste es muy peligroso.

—¿Pero, y si se te paga bien? —dijo Kernan.

—Nunca podrán pagarme bien mi pellejo —contestó el pescador, que trataba de averiguar el objeto de aquel viaje y de conocer a sus interlocutores... pero después de vacilar un momento añadió—: ¿Vienen del lado de Savenay? Saben que por allá se bate bien el cobre...

—¡Y a ti qué te importa! —exclamó Kernan impacientándose—. ¿Quieres embarcarnos, sí o no?...

—Por vida mía, no; ya lo saben.

—Entonces ¿podrás decirnos si en el lugar habrá algún otro marinero más atrevido que tú? —preguntó el conde.

—Creo que no —repuso el pescador—; pero dígame —añadió guiñando un ojo—, hasta ahora no me ha hablado de lo principal: ¿Cuánto piensa ofrecerme?

—Mil libras —respondió el conde.

—¿En papel?

—En oro —dijo Kernan.

—¿En oro? ¿En oro de buena ley? Veamos, veamos cómo es eso.

El conde se desciñó el cinto, y sacando 50 luses se los presentó al pescador, diciéndole:

—Tu barca apenas vale la cuarta parte de esta suma.

—Es verdad —respondió el marino, cuyos ojos centellaron de codicia al ver tanto oro—, pero mi pellejo bien vale el resto.

—Vamos ¿qué decides?

—Pasemos a bordo —exclamó aquel pobre hombre, tomando la suma que el conde le había presentado; y dirigiéndose de nuevo a su pequeña embarcación la aproximó todo lo posible a la orilla, tirando de la cuerda que le sujetaba.

El conde y Kernan se metieron en el agua hasta la rodilla, entrando en la barca de un salto.

Mientras el pescador levaba el ancla, arrancándola con trabajo de la arena, Kernan izó las vergas y desplegó al viento la vela de mesana; mas cuando aquél terminó su maniobra y trató de embarcarse, el valiente bretón le rechazó bruscamente con el botador.

—¿Qué haces? —gritó el pescador con sorpresa.

—Guarda tu pellejo —le dijo Kernan con ironía—, por lo que a nosotros toca para nada te necesitamos, y tu barca ha sido bien pagada.

—¿Qué haces? —le preguntó Chanteleine.

—Esto me toca a mí —contestó Kernan, y entregando las velas al viento, empuñó el timón y se hizo a la mar bordeando la costa.

El pescador quedó por un momento estupefacto y silencioso; y cuando recobró la palabra, pasada la primera sorpresa, gritó con desesperación:

—¡Republicanos ladrones!...

Pero su voz se perdió en los rugidos del mar, mientras su barca se alejaba rápidamente desapareciendo a su vista en la oscuridad de la noche y la espuma de las olas.

Capítulo III

LA TRAVESÍA

Kernan, como acababa él mismo de indicarlo, no hallaba la menor dificultad en dirigir una chalupa; había hecho su aprendizaje, como pescador, en su juventud, y le era muy familiar la costa de Bretaña desde el cabo de Croisic hasta el de Finisterre. No había siquiera una roca, una ensenada, una bahía que le fuera desconocida, sabía las horas en que la marea subía o bajaba en todos los puntos, y no temía los escollos ni los bajíos.

La barca que tripulaban los dos fugitivos era una chalupa de pescar, fina y chata de popa, pero alta de proa, muy marinera y perfectamente dispuesta para resistir los embates del mar en una tempestad.

El puente, corrido en toda su longitud, no tenía más abertura que la destinada al que debía de guiar el timón, y llevaba dos largas velas de color encarnado, una mesana y otra cangreja, de suerte que podía surcar impunemente las olas embravecidas, lo cual sucedía con frecuencia, cuando su dueño iba a pescar sardina por la barra de Belle-Île, y cuando volvía para tomar la embocadura del Loira y remontarse hasta Nantes.

Verdad es que Kernan y el conde sólo eran dos para atender a las maniobras, pero una vez cargadas las velas, la barca se engolfó

en alta mar, impelida por el viento sudoeste que soplabá con violencia y hacía que se deslizase sobre las olas con gran rapidez.

Aunque el viento era duro, el atrevido bretón no quiso tomar ni un solo rizo a sus velas, que se inclinaban a veces hasta mojar sus relingas en el agua; pero ora virando a babor o estribor, ora ciando un instante, ora en fin dando la popa al viento, Kernan enderezaba la barca, que seguía avanzando como un saeta a través de las embravecidas olas.

Serían las cinco de la mañana cuando la chalupa pasaba entre Belle-Île y aquella pequeña península de Quiberon que algunos meses más tarde había de ser inundada de sangre francesa con deshonor de Inglaterra.

Las provisiones de la embarcación consistían en algunos trozos de pescado ahumado, que el pescador dejó en ella, de suerte que los fugitivos tuvieron que contentarse con tan frugal refrigerio, después de haber pasado quince horas sin tomar ningún alimento.

En los primeros instantes de aquella arriesgada travesía, Chanteleine se mantuvo silencioso y taciturno.

Una fuerte emoción le dominaba, su espíritu confundía de una manera extraña las escenas pasadas y las que preveía pudieran sobrevenir en lo sucesivo.

En aquel momento en que corría a socorrer a su esposa y a su hija, la imaginación se las presentaba más amenazadas a cada instante de peligros desconocidos, pero horrorosos.

Reflexionaba, discutiendo mentalmente consigo mismo, si en efecto era posible que les ocurriese alguna desgracia durante su ausencia; procuraba traer a la memoria las últimas noticias que había recibido del castillo, para deducir por ellas si eran fundados sus temores; y se perdía en un mar de conjeturas y recelos.

Por fin, dirigiendo la palabra a Kernan, le dijo:

—Oye, ese Karval del que me has hablado, es bastante conocido en nuestro país, y supongo que los habitantes de mi castillo no lo recibirían muy bien si se atreviese a presentarse allí. ¿Qué opinas de esto?

—En efecto —contestó Kernan—, estoy seguro de que vuestros servidores habrían de hacerle una desagradable acogida; pero es el caso que si ese infame se decide a ir a Chanteleine no irá solo; además con una simple delación puede perder a la señora condesa, y a vuestra inocente hija. ¡Dios mío, Dios mío, en qué tiempos vivimos!

—Tiempos horribles —repuso Chanteleine con amargura—, tiempos desastrosos en que el cielo no perdona a nadie; pero debemos resignarnos con nuestra suerte y someternos a la voluntad divina. ¡Felices aquellos que no teniendo familia sólo deben temer por sí mismos! Nosotros, Kernan, luchamos, nos batimos en defensa de nuestra santa causa, y entre tanto nuestras madres, nuestras hermanas, nuestras esposas, nuestras hijas, que no hacen más que llorar y rogar a Dios para que nos saque con bien de nuestra empresa, se hallan también expuestas a las iras de nuestro enemigo.

—Felizmente aquí estamos nosotros para defenderlas —dijo Kernan—, y antes de llegar a ellas será necesario que pasen por nuestros cadáveres. De todos modos hicisteis bien en ir solo a la guerra, oponiéndose a que la señora condesa y María le acompañasen como lo deseaban animosamente, y como lo han hecho la señora de Lescure, la de Donnissant y algunas otras, exponiéndose a sufrir las mayores privaciones y las más horribles miserias. ¡Cuántos padecimientos se han ahorrado permaneciendo en Chanteleine!

—Sin embargo —replicó el conde—, en este momento quisiera tenerlas a mi lado; aunque hasta aquí he abrigado el convencimiento de que se hallaban seguras en el castillo, desde que ese canalla de Karval te ha hablado, desde que me comunicaste su amenaza, tengo miedo.

—Tranquilícese, señor —dijo Kernan—; si el viento sigue protegiéndonos como hasta aquí, mañana temprano descubriremos la costa de Finisterre, y suceda lo que quiera nos hallaremos en breve cerca del castillo.

—¡Cuánto van a sorprenderse la condesa y mi hija al vernos regresar tan de improviso! —murmuró el conde sonriendo tristemente.

—¡Orzad... orzad a la izquierda!... —exclamó Kernan—. ¡Oh, ya estoy viendo cómo la señorita María abraza a su padre, saltando a su cuello y estrechándole contra su corazón, y cómo tenderá también los brazos a su tío, como me llama siempre!... Pero es necesario no perder tiempo y ponerlas en lugar seguro.

—Sí, tienes razón; los *azules* no pueden tardar ya en visitar mi castillo; pues la municipalidad de Quimper les hará pensar en ello muy pronto.

—Entonces, señor, ya sabe lo que debemos hacer al llegar a Chanteleine.

—Sí —contestó el conde, exhalando un suspiro.

—No tenemos muchos partidos en que escoger, pues sólo nos resta uno.

—¿Y cuál es? —preguntó el conde.

—Reunir todo el dinero que posea, todo el mío; buscar un buque, cueste lo que cueste, y trasladarnos a Inglaterra.

—¡Emigrar!... —dijo el conde con acento dolorido.

—No hay otro remedio; nuestro país ya no ofrece seguridad ni para vos, ni para los vuestros.

—Tienes razón, Kernan, el comité de Salvación Pública de París va a llevar a cabo las más terribles represalias en Bretaña y en la Vendée. Después de habernos vencido va a asesinarnos.

—Así es, señor; ya ha enviado sus agentes más crueles a Nantes, y no hay duda que enviará otros a Quimper, otros a Brest, y las riberas del Finisterre no tardarán en verse teñidas de sangre y cubiertas de cadáveres, como ha sucedido en las orillas del Loira.

—Sí; dices bien, amigo mío; ante todo debemos salvar a mi esposa y a mi hija, pobres y dulces criaturas del alma mía; pero si partimos, tú nos seguirás también, Kernan.

—Yo... yo ya iré a reunirme con usted, señor.

—Pues qué ¿acaso no piensas venir con nosotros?

—Ahora no; pues tengo necesidad de verme con alguno a quien deseo decir dos palabras antes de abandonar Bretaña.

—¿Será acaso Karval?

—Precisamente; lo habéis adivinado, señor.

—¡Bah!, déjale estar, Kernan. Ese miserable no se libraré de la justicia divina.

—Y creo, señor, que tampoco de la humana.

Chanteleine conocía demasiado la tenacidad de su servidor, y sabía cuán difícil hubiera sido disuadirle de sus ideas de venganza; callóse, pues, y sus pensamientos volvieron a fijarse en su esposa y su hija; así es que dirigió sus miradas hacia la costa con tal tenacidad que parecían querer devorarlas. Contaba con ansiedad las horas, los cuartos, los minutos que transcurrían, sin pensar siquiera en la posibilidad de tener que arrostrar los peligros de una tormenta.

Mil siniestros pensamientos se agolpaban a su imaginación y traían a la memoria todas las desdichas y atrocidades de aquella guerra fratricida, en que no se daba cuartel, en que por una y otra parte se cometían los mayores horrores, las crueldades más espantosas. Nunca se habían ofrecido a su mente los peligros que corrían su esposa y su hija, como en aquel momento; su imaginación, exaltada, se las hacía ver perseguidas, prisioneras u ocultas entre las rocas de la ribera, y aguardando su salvación de un socorro inesperado; de vez en cuando alargaba el cuello para escuchar mejor, creyendo percibir una voz que le llamaba desde la orilla. Entonces preguntaba con ansiedad:

—¿Has oído, Kernan?...

—Nada, señor, no haga caso; eso es el graznido de alguna gaviota empujada hacia la costa por la tempestad.

Las diez de la noche, más o menos, serían, cuando Kernan reconoció la rada de la antigua ciudad de Lorient y el fuerte de Port-Louis, cuyas luces brillaban a través de la oscuridad; se aproximó a ella, y tomando por entre la costa y la isla de Croix, se lanzó a alta mar internándose en ella con valentía.

El viento seguía siendo favorable; pero soplaba ya con tanta violencia, que el atrevido bretón, a pesar de su prisa y de la impaciencia del conde, se vio obligado a tomar todos los rizos de la mesana y de la cangreja, teniendo el mismo Chanteleine que ayudarle en la maniobra. La proa de la barca, sin que se notase que se habían recogido las velas, cortaba con velocidad las embravecidas olas, que saltaban rugiendo sobre cubierta y llenaban el puente con sus espumas.

Quince largas horas duraba ya aquella peligrosa navegación; la noche se iba haciendo más espantosa, al paso que se desencadenaba la tormenta. La proximidad de las rocas hacia las cuales atraía la resaca al pequeño buque, era capaz de intimidar a los más experimentados marinos. Kernan hizo virar de lado su chalupa para evitar los arrecifes que hacen tan peligrosa la navegación en las costas de Bretaña.

Los fugitivos no podían ni siquiera entregarse a un momento de reposo, pues el más leve descuido, la más insignificante equivocación en la maniobra hubiera bastado para hacer zozobrar su pequeño buque. Ambos luchaban con heroísmo, y cuando el cansancio parecía frustrar sus fuerzas, el recuerdo de los seres queridos a quienes iban a proteger, les infundía nuevo ánimo.

Sobre las cuatro de la madrugada, el huracán comenzó a calmar un tanto, y a la luz de un relámpago descubrió Kernan, por la parte del este, las torres de Trévignon.

Apenas podía hablar; pero alargando la mano, mostró con el dedo al conde la luz vacilante del faro.

El conde juntó sus manos, como si murmurase una plegaria.

En aquel momento la chalupa pasaba por delante de la bahía de Forêt, que se extiende entre las aldeas de Concarneau y de Fouesnant.

El mar se hallaba relativamente más en calma, y menos combatido por el viento, de suerte que eran mucho menores las rompientes de las olas. Una hora después de haber entrado en la bahía la pequeña embarcación, y cuando iban sus tripulantes a

tocar el término de su viaje, un golpe de mar la arrojó de improviso contra una roca del cabo de Coz, a pesar de navegar a palo seco, siendo tan espantosa la violencia del choque, que el casco se abrió, yéndose a pique.



Chanteleine y Kernan cayeron al agua; pero haciendo esfuerzos supremos y nadando con desesperación consiguieron ganar la orilla, desde donde pudieron ver cómo su desfondada chalupa acababa de sumergirse.

—Ya no queda ni rastro de nuestro buque —dijo Kernan.

—Ya lo veo —añadió el conde.

—Y ahora, al castillo —gritó el valiente bretón como si la fatiga no hubiese podido postrar sus fuerzas.

Veintiséis horas habían invertido en su penosa travesía.

Capítulo IV

EL CASTILLO DE CHANTELEINE

El castillo de Chanteleine se hallaba situado a tres leguas poco más o menos de la pequeña aldea de Fouesnant, en un lugar pintoresco, entre Pont-Abeé y Plougastel, a poco menos de una legua de la costa de Bretaña.

Los cuantiosos feudos y pingües tierras que constituían la propiedad de Chanteleine pertenecían desde tiempo inmemorial a la noble familia del conde, que era de las más antiguas e ilustres de la vieja Bretaña.

El castillo, no obstante, sólo databa del tiempo de Luis XIII, y presentaba un aspecto de rudeza campestre, si bien sus robustos muros de granito le daban un carácter imponente y le hacían tan sólido e indestructible como las rocas de la costa.

No se veían en él ni torres almenadas, ni saeteras en los muros, ni poternas, ni garitas suspendidas en sus ángulos, como nidos de águila, de suerte que su vista no despertaba en la imaginación la idea de una fortaleza de la Edad Media, en las pacíficas tierras de Bretaña, si bien es verdad que sus señores jamás tuvieron que defenderse de ninguna agresión, ni siquiera de sus vasallos.

Desde tiempo inmemorial, la familia del conde ejercía en el país una influencia feudal casi ilimitada, tanto por sus riquezas como por

sus costumbres.

Los Chanteleine fueron siempre muy poco cortesanos a pesar de su rancia nobleza; no eran de carácter flexible, repugnaban las rígidas prescripciones de la etiqueta, y apenas en el transcurso de tres siglos habían ido a París a hacer la corte a sus reyes.

Ante todo, se apreciaban de buenos bretones, y vivían contentos lejos de las intrigas áulicas y completamente separados del resto de la nación francesa.

Para ellos el casamiento de Luis XII con Ana de Bretaña no fue legítimo, no tuvo lugar, y siempre guardaron rencor a aquella altiva y soberbia duquesa, por haber hecho lo que no titubeaban en calificar en alta voz de «innoble enlace», o lo que es peor, de traición.

Esto no obstante, aunque los Chanteleine se contentaban con ser los señores de su casa y de sus feudos, podían presentarse a los reyes de Francia como modelos, y muy capaces de darles lecciones de gobierno, como lo probaba el que, a pesar de ser dueños casi absolutos de sus estados, habían sido siempre queridos de sus vasallos.

Esta noble familia, tan estimable por su carácter apacible y bondadoso, produjo pocos capitanes ilustres. Los Chanteleine no habían nacido soldados, y aún en las épocas en que el ejercicio de las armas parecía ser la única ocupación de los nobles, se mantuvieron pacíficamente en su territorio, gozando de una verdadera felicidad y haciendo la de todos los que lo rodeaban.

Desde los antiguos tiempos de Felipe Augusto, allá en el siglo XII, en que las cruzadas arrastraron a sus antepasados a Tierra Santa en defensa de la religión, ni un solo Chanteleine abandonó sus patriarcales costumbres, ni quiso vestir el arnés militar, ni ceñir espada. Con esto se comprenderá fácilmente que fuesen poco conocidos en la corte, a la cual tampoco pedían jamás favor alguno, pues no anhelaban obtenerlos.

Su patrimonio, gracias a una prudente y sabia administración, había adquirido gran importancia.

Así es que las propiedades de los Chanteleine consistentes en praderas, salinas, pantanos y tierras de labor, eran tenidas por las más considerables del país, aún cuando no fuesen conocidas más allá de un radio de seis leguas.

Gracias a estas circunstancias, y aunque las comarcas vecinas de Fouesnant, Concarneau y Pon-Abeé hubiesen ya recibido las sangrientas visitas de los republicanos de Brest y de Finisterre, el castillo de Chanteleine había escapado milagrosamente a las miradas de aquellas suspicaces municipalidades, cuando el conde salió por primera vez de él.

Poco guerrero, por su carácter y por sus hábitos, el conde desplegó, no obstante, grandes dotes militares en aquella terrible campaña de la Vendée.

Con entusiasmo, fe y valor se es siempre un buen soldado. El conde se portó como un verdadero héroe en esos momentos de prueba, a pesar de su carácter apacible y bondadoso.

Sus primeras tendencias reinclinaron, desde la infancia, a la carrera eclesiástica, y pasó dos años de su juventud en el seminario de Rennes; pero aunque, mostraba gran afición a los estudios teológicos, la necesidad de contraer, como primogénito de la familia, matrimonio con su prima la señorita de Contrae, le hizo seguir distinto estado.

Verdad es que el conde no hubiera podido encontrar más digna compañera de su vida.

Esta noble doncella, tan modesta como hermosa, llegó a ser una mujer modelo y una esposa tiernísima, que hizo la felicidad del conde por sus relevantes y bellas cualidades.

Los primeros años de su matrimonio se deslizaron dulcemente, y los amenizaron educando con esmero a su hija María, en el viejo castillo de sus antepasados, y teniendo a todas horas en torno suyo gran número de fieles seguidores, encanecidos en el servicio de los Chanteleine, los cuales completaban en su adhesión y cuidados la felicidad de ambos esposos; felicidad que se transmitía a toda la comarca, cuyos habitantes veneraban a su señor, a quien

bendecían a todas horas por sus bondades, y de quien se consideraban más súbditos que del rey de Francia.

Esto se comprende fácilmente, con el rey no tenían más que relaciones desagradables, al paso que con el conde hallaban a todas horas y en todos los azares de la vida socorros y consuelo; de suerte que en toda la comarca apenas se hallaba ni un verdadero desgraciado ni un mendigo.

Desde tiempo inmemorial no se tenía noticia de que se hubiese cometido un crimen en aquel remoto y escondido rincón de Bretaña.

Esto hará comprender fácilmente el efecto que produjo el robo llevado por Karval en el castillo de Chanteleine, tanto más cuanto que aquel miserable era también bretón y hacía dos años habían entrado al servicio del conde, el cual se vio obligado a despedirle de su casa, no sólo para castigar su falta, sino también para prevenir la indignación de los habitantes del país, que tal vez hubieran querido tomarse justicia por sus manos, y que de ninguna manera habrían consentido que permaneciese entre ellos un ladrón.

Karval, era en efecto bretón, pero también es cierto que había salido muy joven de su pacífica comarca y que había viajado mucho recorriendo varios países, en donde sin duda alguna tuvo ocasión de ver malos ejemplos, y de adquirir vicios que corrompieron su corazón y le arrojaron en la carrera del crimen.

El robo cometido por Karval, que tanto escándalo produjo en la comarca, había tenido efecto dos años antes, y aquel miserable salió del país profiriendo palabras amenazadoras que respiraban saña y revelaban deseos de venganza; pero en aquel entonces le oyeron con desdén y se encogieron de hombres sin hacer caso de él.

Sin embargo, lo que pudo mirarse con desprecio en un miserable ladrón, oscuro, sin prestigio y sin apoyo de nadie, variaba completamente de aspecto, y adquiriría una verdadera importancia, al convertirse en uno de aquellos agentes feroces y sanguinarios del Comité de Salvación Pública.

Así es que cuando el conde tuvo noticia de las amenazadoras palabras de Karval, empezó a temer su venganza y apresuró su regreso al castillo, a pesar de que se suponía que la notoria bondad de su esposa debía ser el mejor salvoconducto para ella y para su hija.

En efecto, la condesa de Chanteleine se había consagrado por espacio de veinte años, desde 1773, a hacer la felicidad de todos los que la rodeaban y de cuantos recurrían a ella en cualquier ocasión.

No ignoraba tan excelente señora que daba gusto a su esposo haciendo todo el bien que podía: así es que se la veía de continuo, ora a la cabecera de los pobres enfermos prodigándoles los más exquisitos cuidados; ora acogiendo bajo su amparo a los ancianos, con caridad evangélica; ora haciendo instruir a los niños del contorno, para lo cual creaba escuelas y pensionaba maestros.

Más tarde, cuando al llegar María a los quince años dejó de ser una niña adorable para convertirse en una joven encantadora, la condesa la asoció a todas sus buenas obras. Así es que unidas la madre y la hija por el sublime lazo de la caridad cristiana, y acompañadas constantemente por el abate Fermont, virtuoso capellán del castillo, eran una verdadera providencia para su país, recorriendo casi todos los días los lugares, las aldeas y los caseríos de la comarca, desde la bahía de Forét hasta la punta del Raz, en donde repartía sus limosnas con singular delicadeza, entre las familias más necesitadas de los pescadores, a quienes con tanta frecuencia reducían a la miseria las borrascas del mar, arrebatándoles su barca o sus redes.

Los labriegos y los marinos llamaban a la condesa *nuestra ama*.

Las campesinas y las pescadoras, *nuestra buena señora*.

Los niños y las niñas, *nuestra buena madre*.

Ahora se comprenderá cuánto envidiarían todas aquellas pobres gentes la suerte de Kernan, a quien María, la señorita María, la hija de la condesa, llamaba *mi buen tío*, al paso que el señor de Chanteleine le trataba como a un verdadero hermano.

Cuando el conde dejó el castillo al saber el levantamiento de Saint-Florent, para ir a ofrecer su sangre en aras de sus opiniones, que para él eran un verdadero culto, fue la primera vez que se ausentó de su hogar; la primera vez que se apartaba de su esposa y de su hija; la separación fue terrible, dolorosa, pero Humberto de Chanteleine no podía dejar de acudir a la llamada del deber.

Su valiente esposa, aunque sintió que el corazón se le desgarraba al llegar el momento de la separación, aplaudió su marcha y le despidió con la entereza de las antiguas matronas romanas.

En los primeros meses de la guerra ambos esposos tenían con frecuencia noticia el uno del otro, por medio de emisarios que les eran muy adictos; pero el conde no pudo abandonar ni un solo día el ejército realista, donde su presencia era muy necesaria, para ir a dar un abrazo a los suyos que le esperaban en vano, rogando por él a todas horas.

Imperiosos deberes, graves acontecimientos, le retenían en su puesto, como si una cadena de hierro le hubiese atado allí.

Diez meses, diez largos meses hacía ya que no había visto a su idolatrada familia. En los tres últimos, y desde que las armas realistas habían experimentado los horrorosos desastres de Grandville, de Mans y de Chollet, no recibió tampoco noticia alguna de su castillo. Júzguese, pues, cuál sería la ansiedad que experimentaba su tierno corazón al regresar, acompañado de su fiel Kernan, a la mansión de sus antepasados; júzguese cuál sería su emoción al poner el pie en la costa de Fouesnant.

Sólo dos leguas de camino le separaban de su mujer y de su hija; sólo dos horas necesitaba ya para recibir los abrazos y los besos de aquellos seres idolatrados.

—Vamos, Kernan, ¡en marcha!... —exclamó lleno de risueñas esperanzas.

—¡En marcha! —repuso el valiente bretón con regocijo—. Caminemos deprisa, pues esto nos hará entrar en calor.

Un cuarto de hora después amo y criado atravesaron la aldea de Fouesnant, cuyos habitantes se hallaban todavía profundamente dormidos, y se dirigieron rápidamente hacía el término de su viaje a lo largo de las tapias del cementerio devastadas completamente durante la última visita que hicieron los azules a aquella población, cuyos valientes habitantes fueron los primeros en pronunciarse contra la Revolución, no queriendo admitir los clérigos juramentados que les enviaron las municipalidades el 17 de julio de 1792.

En este día, trescientos de aquellos habitantes, conducidos por su juez de paz Alain Nedelec, se batieron denodadamente en las mismas calles del pueblo con los guardias nacionales de Quimper.

Después de una larga refriega fueron al fin arrollados, teniendo que Ceder al número. Los vencedores apacentaron sus caballos en el cementerio y vivaquearon en la nave de la iglesia.

Al día siguiente entraron en Quimper tres carretas cargadas de campesinos. Aquellos infelices paisanos fueron los primeros mártires de su causa en la vieja Bretaña.

Alain Nedelec fue el que estrenó en aquel país el nuevo instrumento de muerte que las autoridades bretonas llamaban *la máquina decapitadora*, y acerca de cuyo uso les daba lecciones con sus propias manos el síndico procurador general, descendiendo hasta los más minuciosos detalles, a fin de que pudiesen servirse de ella con facilidad.

Después de aquel horrible desastre, la aldea de Fouesnant no había podido reponerse de sus pérdidas.

—Bien se ve —dijo Kernan— que los *azules* han pasado por aquí, pues no se observan más que ruinas y rastros de devastación.

El conde no respondió ni una palabra y continuó su camino a través de aquella vasta llanura que termina en la orilla del mar.

Eran ya las seis de la mañana; a la copiosa lluvia que había caído la noche anterior, sucedió un frío glacial: la tierra estaba endurecida; la oscuridad no se había aún disipado completamente en aquellas landas desiertas y en los extensos campos rebeldes a toda clase de cultivos y en los que sólo crecían áridos juncos. El frío

había congelado las gotas de agua suspendidas en los espinos y abrojos que parecían petrificados por la blanca escarcha que los envolvía.

A medida que los fugitivos iban alejándose de la orilla del mar, e internándose en el territorio, veían a lo lejos y de trecho en trecho árboles despojados de sus hojas por el invierno, que tenían el aspecto de esqueletos y que doblegaban sus ramas como si fuesen débiles cañas.

A las áridas llanuras sucedieron en breve hermosos campos cultivados, con sus bancales sembrados de trigo y avena, cercados de sotos, de empaladizas y de fosos, separados unos de otros por largas hileras de espesos carrascales.

Para caminar por aquellos campos era necesario ir a través de ellos, y venciendo las dificultades que a cada paso oponían las gruesas raíces de árboles centenarios que salían de la tierra, en un suelo desigual y que enredándose con gruesas piedras entre las que brotaban secos espinos y entrelazados matorrales, formaban una verdadera red que casi imposibilitaba el paso.

Kernan iba delante del conde abriendo camino, y al choque de los arbustos que volvían a cerrarse cuando se había pasado entre ellos, las ramas de los árboles soltaban una blanca granizada de escarcha que resonaba al tocar al suelo, saltando sobre el hielo que lo cubría completamente.

De vez en cuando el conde de Chanteleine y su fiel compañero se veían precisados a lanzarse por tortuosos senderos o por estrechas acequias que les conducían a bancales cultivados, de los que salían luego, corriendo siempre como desesperados.

El día empezó a clarear sobre las siete de la mañana; el castillo sólo distaba una media hora escasa del lugar a que habían llegado.

El país parecía tranquilo y solitario, y aun podía decirse que reinaba una calma sospechosa.

El conde no pudo menos que reflexionar acerca de aquel sepulcral e inusitado silencio de los campos que recorría.

—¡Ni siquiera un campesino preparando su yunta, ni una caballería paciendo en los prados!... —murmuró con recelosa sorpresa.

—Aún es muy temprano, señor —repuso Kernan, que, como su amo, se había sorprendido al ver el extraño aspecto de aquellos campos tan risueños y animados otras veces; pero que no quería comunicarle su inquietud y procuraba disuadirle de que pensase nada malo—; en el mes de diciembre todos se levantan tarde por aquí.

En aquel momento penetraron en un gran bosque de frondosos y gigantescos abetos, cuyas copas siempre verdes se veían de muy lejos, distinguiéndose hasta desde mar adentro. Aquel vasto plantel de árboles formaba ya parte de las tierras del conde.

Multitud de pinas secas, parduscas y sin desgranar, cubrían el suelo, obstruido en todas partes por ramas desgajadas y por rugosas cortezas cuyo hacinamiento revelaba claramente que desde muy largo tiempo ningún ser humano había penetrado en aquel lugar, en cuyo suelo no se hallaba la sola huella de un pie.

Sin embargo, los muchachos de las aldeas circunvecinas acostumbraban ir todos los años con el propósito de recoger aquellas pinas y aquellos ramajes, que aprovechaban como leña, y que el conde les permitía utilizar, con su acostumbrada generosidad.

Pero, por lo visto, aquel invierno los pobres aldeanos no habían hecho su habitual recolección, puesto que las pinas y las ramas secas estaban allí sin que nadie las hubiese ni siquiera tocado.

—Mira, mira, Kernan —dijo el conde, señalando el suelo con el dedo a su compañero—, aquí no se han acercado hace mucho tiempo ni los niños ni las mujeres de las cercanías: ¿qué podrá ser esto?

Kernan sacudió la cabeza sin responder ni una sola palabra; notaba en todo lo que veía en torno suyo una cosa que le inquietaba; su corazón latía con violencia, pareciendo quererle saltar del pecho, y a fin de salir de tan angustiosa incertidumbre alargaba el paso cuanto le era posible.

A medida que amo y criado avanzaban a través de aquel bosque solitario, las liebres, los conejos y las perdices saltaban dejándose ver junto a ellos en gran número.

Era, pues, evidente que pocos cazadores habían pasado por allí en muchos meses, a pesar de que cuantos querían cazar tenían abiertos a todas horas los sotos del conde.

Todos aquéllos eran síntomas infalibles del completo abandono y desamparo en que se hallaba aquella vasta posesión.

El rostro del conde palideció a pesar de que el frío de la mañana había enrojecido su semblante.

—¡Por fin, veo el castillo! —exclamó Kernan señalando los capiteles de dos torrecillas que se elevaban sobre aquel edificio de granito, cuya oscura masa se divisaba ya distintamente.

En aquel instante, el conde y su leal compañero de glorias y fatigas se hallaban ya muy cerca de la granja de la Bordière, cuyas tierras cultivaba uno de los antiguos colonos de Chanteleine. Ambos viajeros creían que al salir del bosque iban a hallar a Louis Hégonec, así se llamaba el arrendador, hombre activo, madrugador, bullicioso y alegre, que nunca dejaba de estar entregado a sus faenas.

Sin embargo, ya estaban muy próximos a tocar las tapias de la granja, y no se le oía ni cantar aparejando sus bueyes o sus caballos, ni gritar en el patio de su casa chanceándose con su anciana esposa.

Nada... nada... un silencio sepulcral reinaba en todas partes... El conde, abrumado por un amargo presentimiento, sintió que su espíritu desfallecía y tuvo necesidad de apoyarse en el brazo de su fiel Kernan.

Al salir de entre los últimos árboles del bosque sus miradas se dirigieron con ansiedad hacia la quinta.

Un horrible espectáculo hirió su vista: algunos trozos de paredes derruidas, vigas destrozadas y ennegrecidas, un techo calcinado y hundido en partes, el palomar aislado en lo alto de una pared en que ya no se apoyaban los caballetes del tejado; estrechas y tortuosas

fajas de hollín que serpenteaban en el interior de un muro; puertas hechas pedazos, goznes sacados de su quicio, sillares en equilibrio y próximos a derrumbarse; todas las señales, en fin, de un reciente incendio se ofrecían a la vez.

En efecto, la granja había sido quemada; los árboles que la circundaban, talados; sus puertas, en que todavía se veía balas incrustadas, destruidas a hachazos; los instrumentos de labranza, rotos o abollados; las carretas volcadas, las ruedas arrancadas de sus ejes, los animales domésticos muertos en sus pesebres y en sus establos infestando el aire; todo... todo revelaba que un violento combate había precedido a aquella devastación.

El conde sintió que le flaqueaban las piernas.

—¡Los *azules*, siempre los *azules*...! —murmuró Kernan con reconcentrada ira.

—¡Al castillo!... —gritó el conde con voz de trueno.

Y aquel hombre, que un momento antes apenas podía tenerse en pie, empezó a correr con tal velocidad, que el robusto bretón no podía seguirle.

En todo el espacio que les separaba del castillo no hallaron ni un solo ser humano; el país se había convertido en un desierto.

El conde atravesó la aldea, cuyas casas habían sido casi todas quemadas; las que todavía se mantenían en pie estaban vacías.

Para que aquella pacífica comarca hubiese sido despoblada de una manera tan absoluta, era preciso que un soplo de venganza hubiese pasado sobre ella.

—¡Karval!, ¡Karval! —murmuró el bretón apretando los puños y rechinando los dientes...



Por fin, el conde y Kernan llegaron delante del castillo. El incendio lo había respetado, pero había quedado sombrío y silencioso; ni una sola chimenea lanzaba al aire su penacho de blanco humo.

El conde y Kernan se precipitaron hacia la puerta; pero al llegar delante de ella se detuvieron espantados.

—¡Mira!... ¡mira!... —dijo el conde.

Un cartel enorme estaba pegado en una de las hojas de la puerta; tenía el sello oficial del gobierno de la república, esto es, las haces de varas sobre los lictores coronadas con ramas de laurel, sobre las cuales campeaba un gorro frigio, y el ojo de la ley.

A un lado se habían inscrito detalladamente todas las fincas de que se componían los dominios anejos al castillo de Chanteleine; a otro lado su valuación con la suma a que ascendía.

Los bienes del conde habían sido, pues, confiscados por la república.

—¡Miserables!... —exclamó Kernan, y arrojándose contra la puerta la empujó y sacudió con violencia, queriendo abrirla; pero su intento fue vano; a pesar de su fuerza prodigiosa y de su tenaz empeño.

La puerta resistió a sus desesperados esfuerzos, y el conde de Chanteleine ni siquiera pudo reposar un instante en el hogar de sus abuelos.

¡Hasta su misma puerta se le cerraba de una manera inexorable! La más horrible desesperación se había apoderado de su alma.

—¡Mi esposa!... ¡Mi hija!... —exclamaba con un acento imposible de describir. ¿Dónde está mi esposa? ¿Dónde está mi hija? ¿Qué ha sido de ellas? ¿Las han asesinado?... ¡Dios mío, Dios mío!...

Gruesas lágrimas corrían por las anchas mejillas del buen Kernan, que en vano quería esforzarse para consolar a su señor.

Por último, dominando su emoción, dijo con acento entrecortado por los sollozos:

—Es inútil que nos obstinemos en permanecer aquí, delante de esta maldita puerta que no quiere abrirse. ¿Pero ellas dónde estarán? ¿Dónde las encontraremos? ¿Qué será de ellas?

En aquel momento, una vieja que se hallaba medio escondida y acurrucada en el foso se levantó de pronto.

Su extraña visión hubiera sin duda asustado y producido un efecto desagradable a espíritus menos afligidos y preocupados que los del conde de Chanteleine y su fiel amigo. La cabeza de aquella especie de idiota se movía de una manera estúpida; su mirada vaga revelaba la insensatez. Esto no obstante, el conde se precipitó hacia ella y le preguntó con ansiedad:

—¿Dónde está mi esposa?

Aquella infeliz pareció no entenderle; le miró sonriendo con un gesto horrible, y guardó silencio.

—¿No me oyes? —gritó de nuevo Chanteleine, sacudiéndola con vehemencia.

—¿Dónde está mi esposa? ¿Dónde está la condesa?...

—Murió en el ataque del castillo —dijo la vieja.

—¡Muerta! —exclamó el conde lanzando un rugido de desesperación y mesándose los cabellos.

—¿Y mi sobrina? ¿Y la señorita María? —preguntó a su vez Kernan, apretando con violencia el brazo de la anciana.

—En la cárcel de Quimper... los *azules* se la llevaron... —dijo la idiota sonriendo sin cesar.

—¿Y todo esto quién lo ha hecho? —volvió a preguntar Kernan fuera de sí y atenazando con su mano de hierro el brazo de la infeliz.


—¡Karval..., Karval ha sido! —contestó la idiota bajando la voz y mirando en torno suyo.

—¡Volemos a Quimper! —gritó el conde—; corramos, Kernan, sin perder un momento.

Sin volver la cara atrás, echó a correr, dejando a la infeliz anciana, que sola, abandonada representaba en aquel momento todo lo que quedaba con vida en el castillo de Chanteleine.

Capítulo V

QUIMPER EN 1793

uimper había visto caer la primera cabeza bajo el hacha republicana, y ésta fue la de Alain Nedelec; el clero de Bretaña contó en aquella ciudad su primer mártir en el venerable obispo Conan de Saint Luc.

Desde aquel día, Quimper fue entregado a las iras y al capricho de la municipalidad republicana, cuyos individuos obraron siempre con la más irritante arbitrariedad.

Hay que consignar que los republicanos de las ciudades importantes de la vieja Bretaña se distinguieron por sus exageraciones demagógicas.

Aquellos hombres, dotados de una naturaleza poderosa y de un carácter impresionable y rudo, no hallan términos medios en la manifestación de sus sentimientos o de sus opiniones, y al lanzarse en el torbellino revolucionario fueron los más audaces y decididos. Así sucedió que los verdaderos héroes del día 10 de agosto, los primeros que invadieron las Tullerías y depusieron al rey Luis XVI, fueron los federales de Brest, de Morlaix y de Quimper, después de haberse levantado como un solo hombre a la voz de la Asamblea legislativa, cuando el día 11 de julio de 1792, al recibirse la noticia

de que Prusia, el Piamonte y Austria se habían coligado contra Francia, declaró que la patria estaba en peligro.

Tan relevante servicio fue apreciado en lo que valía por París entero; y el club de los bretones no tardó mucho tiempo en convertirse en núcleo del formidable club de los Jacobinos, y más adelante la sección del barrio de Saint-Marceau tomó en honor de aquéllos el título de Sección de Finisterre.

Quimper fue una de las ciudades más turbulentas durante todo el período revolucionario, cosa que nadie hubiera podido imaginar de aquella población enclavada en el rincón más escondido y pacífico de la baja Bretaña.

Los partidarios de la Constitución se establecieron allí y celebraron sus reuniones en la antigua capilla de los franciscanos, multiplicando rápidamente sus clubs, uno de los cuales se distinguió más tarde al disponer que cuando se destetara a los niños se les había de llevar a los gritos de *Viva la Montaña*, con el propósito de que, acostumbrándose a escuchar aquellas palabras, empezasen a hablar balbuceando la Declaración de los derechos del hombre.

Sin embargo, cuando los hombres influyentes y honrados de Quimper se percibieron del sesgo que iba tomando la cosa pública y de la marcha peligrosa de la Revolución; cuando los excesos de la demagogia empezaron a esparcir el terror por toda Francia, trataron bajo la presidencia de Kergariou de frenar aquellos excesos, prohibiendo la circulación de algunos periódicos, tales como *El Amigo del Pueblo* de Marat.

La Comuna de París envió entonces para hacerles entrar en razón una especie de procónsul; pero al llegar a Quimper aquel representante de la Revolución, los habitantes de la ciudad se rebelaron contra él haciéndole prisionero, le encerraron en el fuerte del Toro y protestaron con más energía que los girondinos de París contra los violentos acuerdos de la Convención, y las despóticas imposiciones de la *Montaña*.

Aún hicieron más; enviaron con los de Nantes doscientos voluntarios a la ciudad de París, para apoyar a mano armada, si era

preciso, sus pretensiones, lo cual dio lugar a la promulgación de un decreto de acusación contra la administración en masa de Bretaña.

Pero algunos meses más tarde, después de la desastrosa muerte de Luis XVI y de la sangrienta ejecución de los girondinos, cuando se apoderó de Francia aquel horrible vértigo que la condujo al borde de un abismo, cuando fue establecido el terror como sistema de gobierno, se vieron desbordados también los republicanos reaccionarios de Bretaña.

Sin embargo, si los habitantes de las ciudades de aquella antigua región se dejaron arrastrar por el vertiginoso movimiento revolucionario, los de los campos y aldeas opusieron desde un principio la más tenaz resistencia a las nuevas instituciones y en particular a la instalación de los clérigos juramentados, a los cuales despedían de sus respectivas feligresías, arrojándolos de ellas ignominiosamente.

Más tarde, cuando se promulgó la ley del reclutamiento general para el ejército, ya se hizo más difícil contener el descontento de los campesinos de Finisterre, de Morbihan, el Loira inferior y de las Costas del Norte; de suerte que el general republicano Canclaux apenas pudo tomarlos con la fuerza de su ejército y de las milicias municipales; viéndose, al fin, obligado a darles una verdadera batalla campal, el 19 de marzo, en la ciudad de Saint-Pol-de-Léon, no lejos de la de Morlaix.

Desde aquel día, el Comité de Salvación Pública resolvió obrar con el mayor rigor tanto en los campos como en las ciudades de Bretaña, y al efecto envió dos delegados con amplias facultades para sujetar aquel país a todo trance. Dichos delegados fueron los furibundos republicanos de Guermeur y Julien, los cuales organizaron el partido de los descamisados de toda la baja Bretaña, y muy especialmente en la ciudad de Quimper.

Con tales auxilios pusieron en práctica aquellos modernos procónsules la tremenda ley de sospechosos, promulgada en el mes de septiembre de 1793, y que había sido redactada por el famoso revolucionario Merlin, de Douai, en estos términos:

«Son considerados como sospechosos:

1. ° Todos aquellos que, ya sea por su conducta, ya por sus relaciones, ya por sus palabras o ya por sus escritos, se hayan mostrado partidarios de la tiranía, del federalismo, y enemigos de la libertad.

2. ° Aquellos que no puedan justificar su manera de vivir o sus derechos cívicos.

3. ° Aquéllos a quienes se les haya negado el certificado de civismo.

4. ° Los funcionarios públicos que hayan sido destituidos de sus empleos, o suspendidos de sus funciones.

5. ° Aquellos exnobles, así como los maridos, mujeres, madres, hijos e hijas, hermanos o hermanas y agentes o emisarios de emigrados que no hayan manifestado constantemente su adhesión a la Revolución».

Armados con esta ley, los delegados del Comité de Salvación Pública eran dueños absolutos del departamento.

¿Quién podía lisonjearse de escapar al rigor de tan inicuas disposiciones? Nadie, pues no era posible hallar un solo individuo que no pudiese ser comprendido en tan terribles artículos.

Nadie, pues, podía jactarse de que no estaba expuesto a caer bajo la cuchilla revolucionaria a la menor indicación del delator más miserable y vil.

Esto hizo que hubiere a cada momento represalias de una manera más o menos cruel, y que toda la comarca de Finisterre fuese víctima del terror más exagerado.

Un subagente del Comité revolucionario, aquel miserable Karval que había amenazado con su venganza al valeroso Kernan, por el agravio que recibió de ser arrojado por ladrón del castillo de Chanteleine, era el que acompañaba constantemente a los comisarios del gobierno revolucionario, Guermeur y Julien.

Aquel miserable se había trasladado a París, y haciéndose oír en los clubs por sus continuas denuncias, no tardó en introducirse en

las filas de los terroristas, de donde salió para acompañar en Bretaña a los delegados del Comité de Salvación Pública, en calidad de práctico en el país de Finisterre, en donde conocía perfectamente a todo el mundo; pero su principal objeto al emprender aquel viaje era satisfacer la sed de venganza que le devoraba.

Al amparo de la ley de sospechosos le era muy fácil ejercer impunemente su venganza contra la poderosa familia de Chanteleine, acusándola de contrarrevolucionaria. Así es que al día siguiente de haber llegado a la ciudad de Quimper, se impuso a sí mismo el odioso deber de obrar en aquel sentido.

Karval era un hombre de mediana estatura y desproporcionados miembros, que mostraba en toda su persona esa fealdad que generalmente revela un mal corazón; en su fisonomía se veía el sello del odio, de la bajeza y de todas las malas pasiones.

No carecía aquel hombre de inteligencia; pero al mirarle se adivinaba fácilmente a un ser cobarde y degradado que, como muchos de los héroes de aquella revolución, era sanguinario por miedo; pero si el miedo le hacía sanguinario y feroz, le hacía también tenaz e inflexible hasta el extremo de que nada era capaz de conmovérle en el mundo.

Al día siguiente de haber llegado a su país, que era el 14 de septiembre, sin perder un solo instante fue a ver a Guermeur, que tenía en él gran confianza.

—Ciudadano —le dijo—, necesito cien hombres de la milicia.

—¿Y para qué? —preguntó Guermeur.

—Tengo que dar una vuelta por mi tierra.

—¿Hacia qué punto? ¿De dónde eres tú?...

—Hacia el castillo de Chanteleine, entre la aldea de Plougastel y Pont l'Abbé. Allí conozco yo un nido de vendeanos.

—¿Estás seguro de lo que dices?

—Muy seguro, y mañana mismo te traeré al padre y a la madre.

—No dejes tampoco escapar a los polluelos —repuso el feroz procónsul, soltando una carcajada.

—Tranquilízate; eso corre de mi cuenta; ya en otra ocasión saqué de ese nido unos mirlos, y quiero ahora enseñarles a cantar el *Qa ira*.

—Ve, pues —dijo Guermeur firmando la orden que Karval le había pedido.

—Salud y fraternidad —dijo aquel miserable, y se retiró.

Al día siguiente, se puso en marcha con su destacamento, compuesto de los revolucionarios más furiosos de la ciudad, y algunas horas después llegaron a Chanteleine.

Los campesinos de las cercanías, al ver a Karval, a quien conocían perfectamente, se aprestaron a la defensa y le dieron una reñida batalla, pues adivinaron desde luego que no tenían más remedio que vencer o morir; pero tuvieron la desgracia de ser vencidos después de haber hecho prodigios de valor para salvar a su buena señora.

La condesa de Chanteleine, entre su hija y el abate Fermont, aguardaba rodeada de sus criados y en medio de la mayor angustia, el resultado de aquel tremendo combate.

No tardó, para su mal, en conocerlo; los milicianos de Quimper, después de una lucha terrible, pero corta, se apoderaron del castillo, llevando a su cabeza al infame Karval, que blandiendo un sable ensangrentado se lanzó en las habitaciones gritando como un energúmeno:

—¡Mueran los nobles!... ¡mueran los *blancos*...! ¡Mueran los vendeanos!...

La condesa quiso huir llena de espanto; pero ya no tuvo tiempo para ello. Aquellos furiosos la persiguieron guiados por Karval, y la alcanzaron al fin en la capilla del castillo, en la que se había refugiado.

—Prended a esa mujer y a su hija, que son la mujer y la hija de un tunante —gritó aquel miserable, ebrio de sangre y de alegría.

Y señalando después al abate Fermont, añadió riendo de una manera feroz:

—Prended también a ese *solideo*.

María cayó desmayada en brazos de su madre al ver penetrar en la capilla a aquellos hombres sanguinarios, cuyo aspecto era en efecto aterrador, y que sin respetar la agonía de la condesa, se la arrebataron con brutal violencia.

—¿Dónde está el conde tu marido? —preguntó Karval con cínica insolencia.

La condesa le miró con dignidad sin responderle.

—¿Y Kernan? —volvió a preguntar.

El mismo silencio siguió a su segunda pregunta.

Entonces su rabia llegó al extremo, comprendiendo que se le habían escapado los dos hombres que buscaba, y ciego de furor descargó sobre la noble condesa un golpe mortal. La desdichada señora dirigió una última mirada de agonía a su hija, y cayó exánime a los pies de su asesino.

Entonces aquel ser execrable buscó al conde y a Kernan por todas partes, escudriñó todos los rincones del castillo; pero sus pesquisas fueron vanas.

—Está bien —exclamó con ira reconcentrada—; sin duda se hallan en el ejército de esos bandidos, pero yo los sabré encontrar. Llevaos esa muchacha —les dijo con desdén—; al menos esto es algo.

La desventurada María, desmayada como estaba, fue arrastrada con violencia en compañía del abate Fermont, y sacándola del castillo se la llevaron en medio de los que habían sido hechos prisioneros, y a quienes ataron de dos en dos con fuertes ligaduras, empujándolos sin piedad para hacerles andar en vanguardia de los milicianos de Quimper.

Al día siguiente, Karval presentó sus prisioneros al comisario Guermeur.

—¿Y el macho? —preguntó aquel personaje sonriendo cínicamente.

—Voló; pero tranquilízate, yo sabré echarle la garra —repuso Karval sonriendo a su vez con expresión diabólica.

María Chanteleine y sus compañeros de infortunio fueron encerrados en la cárcel de la ciudad, todos mezclados entre sí. Aquella desventurada joven no recobró el sentido hasta mucho después de hallarse en un fétido calabozo.

Las cárceles eran ya estrechas para contener tantos prisioneros como aglomeraban en ellas; pero los delegados del Comité de Salvación Pública se dieron prisa en vaciarlas, y el instrumento de muerte que se acababa de inventar trabajaba sin descanso en medio de la plaza mayor de Quimper.

Hubo, sin embargo, quien creyó que funcionaba lentamente, y propuso que se llevase al pretorio del tribunal para ir más deprisa.

Ya se sabe cómo procedía en aquel tiempo de terror la justicia revolucionaria, cuáles eran las formalidades que se observaban para quitar la vida, y de qué clase de garantías se rodeaba a los acusados.

No era, pues, posible que tardase mucho en llegar su turno a la infeliz María.

Tales eran los deplorables sucesos que habían tenido lugar durante los tres meses en que el conde de Chanteleine no había recibido noticias de su esposa y de su hija. Tales las sangrientas escenas habidas en su castillo.

Al tener conocimiento Kernan de tantos desastres, comprendió perfectamente lo que significaba el aire de venganza satisfecha que traslució en el rostro del repugnante Karval, cuando le dirigió aquellas terribles palabras, en medio del combate:

—¡Se te espera en el castillo de Chanteleine!...

Por eso cuando se apartaba del castillo sosteniendo a su amo a quien había quitado las fuerzas la enormidad de su desventura, murmuró, rechinando los dientes y levantando los ojos al cielo, como para tomarle por testigo de lo que decía:

—¡Ah, Karval, Karval! ¡Cuando te encuentre en mi camino, no habrá piedad para ti, no la habrá, yo lo juro!...

Serían cerca de las ocho de la mañana cuando el conde y Kernan se apartaron del castillo, para encaminarse a Quimper, sin

que el hambre ni la fatiga fuesen bastantes para detener su marcha ni un solo momento.

Se internaron en los campos vecinos caminando a través de ellos. Kernan volvió el rostro por última vez, y todavía divisó entre los árboles deshojados los sombríos muros del castillo de sus señores.

Desde aquel momento, el fiel servidor sólo pensó en sostener y guiar al conde, que se hallaba completamente trastornado y medio loco de dolor, comprendiendo que se veía precisado a tener valor y precaución por los dos.

Con el propósito de evitar un mal encuentro, tomó algunos atajos que le eran conocidos, y bien pronto volvió a encontrarse en el camino real de Concarneau a Quimper, que conduce también a la aldea de Kerroland.

Ambos viajeros se hallaban ya a dos horas y media de Quimper, y al paso que llevaban debían llegar a aquella ciudad a las diez de la mañana.

—¿Dónde está ella?... ¿Dónde está mi hija? —murmuraba de vez en cuando el conde, con un tono que hubiera enternecido el corazón más duro—. ¡Muerta, muerta como su pobre madre!...

Siniestras visiones perturbaban su espíritu; su imaginación extraviada evocaba fantasmas horrorosos, cuyo aspecto le impelía a correr huyendo de ellos; mas ¡ay!, aquellas visiones, aquellos fantasmas existían sólo en su mente y le perseguían por donde quiera que fuese.

Kernan no le dejaba un solo instante; le seguía por todas partes sosteniéndole una veces con robusto brazo, deteniéndole otras en mitad de su carrera, y obligándole a arrojarse al suelo y a ocultarse entre las malezas cuando divisaba a lo lejos en el camino alguna persona de aspecto sospechoso; pues el estado de exaltación febril en que se hallaba el conde le hubiese denunciado sin duda alguna al primer agente de la autoridad con que hubiese tropezado.

El valeroso bretón sufría indudablemente tanto como su amo; pero conservaba serena la razón, pues en medio de la pena que

desgarraba el alma, le sostenían sus deseos de venganza, en la que el conde no pensaba, y la cólera mitigaba su dolor; así es que al paso que caminaba iba reflexionando y se hacía preguntas a las cuales no sabía qué responder.

¿Qué iba a hacer el conde en la ciudad? Si su hija se hallaba en efecto presa, ¿lograría rescatarla? Si se daba a conocer, ¿qué sería de él? La justicia republicana era inexorable, y Chanteleine sería indudablemente preso, sentenciado y decapitado...

Al paso que hacía estas reflexiones seguían los dos marchando, como a la ventura, sin plan preconcebido y empujados por un poder desconocido e irresistible.

Según lo había previsto Kernan, a las diez de la mañana llegaron a los arrabales de Quimper.

Las calles estaban desiertas; pero en medio del silencio que reinaba en aquellos lugares solitarios, se oía a lo lejos un murmullo siniestro.

Toda la población parecía haberse aglomerado en el centro de la ciudad.

Kernan se decidió al fin a internarse en las calles; pero procurando siempre contener al conde, que repetía sin cesar:

—¡Hija mía!... ¡Hija mía!

El sufrimiento del padre era mayor en él que el del esposo, cuyo dolor no tenía ya remedio.

Diez minutos después de haberse decidido Kernan a penetrar en la ciudad, llevando siempre al conde junto a sí, llegaron a una calle cerca de la catedral, en donde tuvo necesidad de detenerse, pues le cerró el paso una inmensa y agitada muchedumbre.

Los unos vociferaban lanzando imprecaciones y amenazas; otros prorrumpían en acentos de terror, y corrían a ocultarse en sus casas con espanto, cerrando puertas y ventanas. Allí se veían rostros cubiertos de palidez, y semblantes descompuestos por la ira... Algo siniestro planeaba por el aire...

En medio de tan espantosa confusión y de tan atronador ruido, resonaron al fin estas palabras en miles de labios:

—¡Ahí están!... ¡Ahí están! ¡Miradlos!...

Pero ni el conde ni Kernan podían distinguir desde donde ellos estaban lo que excitaba la curiosidad de las turbas.

A las anteriores palabras siguieron inmediatamente desaforados gritos que decían:

—¡Mueran los *blancos*! ¡Abajo los aristócratas!... ¡Viva la república!...



Indudablemente, en la plaza inmediata pasaba alguna cosa horrible; desde el extremo de la calle todos los ojos se dirigían a un mismo punto, y, fuerza es confesarlo, la mayor parte de aquellas fisonomías agitadas revelaban pasiones inhumanas que iban a buscar en aquel espectáculo una bárbara satisfacción.

De vez en cuando se oían murmullos más violentos, y en ciertos instantes parecía que en la plaza estaba sucediendo algo extraordinario; pues las palabras «¡Fuera, nada de gracia!... ¡Nada de perdón!...» llegaban hasta las últimas filas de espectadores, pronunciadas por voces enronquecidas que se asemejaban a los rugidos de las fieras.

Un sudor frío bañaba el rostro del conde de Chanteleine.

—¿Qué es lo que sucede?... ¿Qué ocurre? —preguntaba con ansiedad a los que estaban junto a él, repitiendo aquella pregunta con tenaz insistencia.

—¡No hay perdón!... ¡No hay perdón!... —seguía gritando la multitud.

Kernan y el conde quisieron abrirse paso a través de las turbas, a todo trance; pero les fue imposible conseguirlo; además, desde pocos momentos después de su llegada, aquel aterrador espectáculo parecía haber terminado, pues el populacho retrocedió de improviso, los brazos de la multitud dejaron de agitarse en alto y los gritos se fueron sofocando poco a poco.

Entonces se hicieron lugar los pregoneros entre las masas, anunciando al público los nombres de las víctimas, en esta forma:

—Ejecuciones del día 6 del mes de nivoso, año segundo de la República. ¿Quién quiere leer la lista de los condenados?

El conde miró a Kernan con ojos extraviados. Los pregoneros continuaron diciendo:

—«¡La lista... la lista... el abate Fermont!...».

Chanteleine apretó con mano convulsiva el brazo de Kernan, como si quisiera hacerlo pedazos.

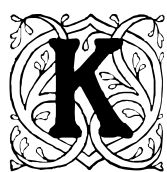
—¡La señorita de Chanteleine! —añadieron los pregoneros.

—¡Ah! —exclamó el conde dando un grito aterrador; pero Kernan le puso la mano en la boca y le sostuvo en sus brazos, cuando enseguida se desmayó, y antes de que los que presenciaban aquella escena tuviesen tiempo de comprenderlo, arrastró a su amo con sus hercúleas fuerzas llevándolo a una calle solitaria.

Entre tanto continuaban los pregoneros dando al aire el nombre de los condenados a la última pena, y se oía por todas partes el grito aterrador de «¡Mueran los aristócratas!... ¡Viva la república!...».

Capítulo VI

TRIÁNGULO NIVELADOR



Kernan se hallaba en una situación terrible y peligrosa; le era indispensable apartar al conde de aquellos lugares, y esconderlo, antes de que terminase su desmayo, para evitar las fatales consecuencias que pudiera acarrearles cualquier mirada enemiga o imprudente que se fijase en Chanteleine antes de que volviese en sí, pues era evidente que las primeras palabras que se le escaparían al recobrar la razón habían de comprometerle denunciando quién era.

Corriendo, pues, Kernan con el conde en brazos, por las calles más solitarias, distinguió en una de ellas una especie de taberna en cuya puerta se detuvo jadeante.

Ostentaba aquel figón o posada una muestra en que se veían pintadas todas las lindezas de la época, esto es, lanzas cruzadas y haces de lictores romanos con esta enfática inscripción:

*AL TRIÁNGULO NIVELADOR
CASA DE MUCIO SCÉVOLA,
SE ADMITEN HUÉSPEDES DE A PIE Y DE A
CABALLO.*

—Una posada de bandidos —dijo Kernan entre sí—, muy bien, en ella estaremos más seguros; bien es verdad que no tengo dónde escoger.

En efecto, había muy poco para elegir, y de seguro no hubiera encontrado en toda la ciudad una taberna que no ostentase en su muestra algunas señales del más ardiente civismo.

Entró, pues, en la sala baja, depositó su carga inerte en una silla y pidió un cuarto.

El posadero Mucio Scévola en persona acudió a su llamamiento.

—¿Qué se ofrece? —preguntó con aire algo brusco al bretón.

—Un cuarto.

—Supongo que lo pagarás.

—Pardiez —contestó Kernan sin desconcertarse—, para algo hemos desvalijado a los *chuanes*. Toma —añadió, arrojando sobre la mesa algunas monedas—, cóbrate por adelantado.

—¡Dinero!... —dijo el posadero con aire de admiración, pues estaba acostumbrado a recibir más papel moneda que metálico.

—Y del bueno; con la cara de la república en su reverso.

—Está bien; voy a disponer que te sirvan al instante. Pero ¿qué es lo que tiene tu amigo?

—Mi hermano, dirás... si no lo llevas a mal. No es nada; al azotar nuestra jaca para obligarla a andar más deprisa, con el propósito de llegar a tiempo...

—¿De presenciar la ejecución de los brigantes? —preguntó el posadero, interrumpiendo a su interlocutor y frotándose las manos en demostración de regocijo.

—Tú lo has dicho —contestó Kernan, mirándole sin pestañear—; hemos querido saltar un foso; la caballería ha medido mal la distancia; ha caído quedando muerta en el acto, y a éste le ha faltado poco para que le sucediera lo mismo... Pero ya hemos hablado bastante; estoy perdiendo un tiempo precioso; te he pagado y tengo prisa. ¡Ea, pues, pronto, mi cuarto!

—Allá voy, allá voy; en el acto haré que te sirvan; pero no tienes razón para enojarte conmigo; no tengo yo la culpa de que hayas

llegado demasiado tarde para ver decapitar a los brigantes, y si lo deseas te daré cuantos detalles desees.

—¿Qué? ¿Tú has presenciado?...

—¡Vaya que sí! ¡Voto a!... Y casi al lado del ciudadano Guermeur, el cual se hallaba a dos pasos de mí.

—Buen lebrél es ese Guermeur —dijo Kernan, que ni siquiera había oído aquel nombre en toda su vida.

—Yo te lo aseguro —repuso el posadero.

—Pero, ciudadano Scévola, ¿vamos a ese cuarto?...

—Al punto —contestó Scévola, conduciendo al segundo piso al bretón, que había vuelto a tomar entre sus brazos al conde, desmayado todavía.

—¿Me necesitas para algo? —preguntó el posadero cuando llegaron a la habitación.

—No —dijo Kernan—, ni a ti ni a nadie.

—No es muy cortés que digamos, pero en cambio paga bien —murmuró Scévola entre dientes.

Un momento después Kernan se encontraba enteramente solo, en presencia de su amo, que seguía aletargado; y no pudiendo ya contener la pena que desgarraba su corazón, dejó correr un torrente de lágrimas que le ahogaba, y que había conseguido contener hasta aquel momento gracias a su indomable carácter y a su prodigiosa fuerza de voluntad. Pero al paso que se entregaba libremente a los más expresivos transportes de dolor, se esforzaba en volver el conocimiento al conde, prodigándole los más exquisitos cuidados, con la solicitud de un hermano tiernísimo, y con la prudencia que su estado exigía.

Humedeciendo su frente con agua fría, y haciéndole respirar vinagre, consiguió al fin reanimarle y hacerle recobrar el sentido; pero al verle entreabrir los ojos, tuvo la precaución de ponerle la mano en la boca, para contener su primera explosión de dolor.

—Mi querido amo —le dijo mirándole con indecible ternura, y vertiendo copiosas lágrimas—, lloremos, sí, lloremos sin tregua,

¡pero que no se oigan nuestros sollozos, pues por ahora no es dado llorar aquí!...

—¡Esposa mía!... ¡Hija de mi alma!... —exclamó el conde, al abrir los ojos, lanzando gemidos desgarradores—. ¿Conque no es un sueño horrible mi desventura?... ¡Muertas!... ¡Asesinadas!... ¡Y yo estaba allí!... Y no he podido... ¡Ah, yo sabré encontrar a vuestros asesinos!...

Hablando así se agitaba el conde Chanteleine en violentas convulsiones, y gesticulaba como si se hubiese vuelto loco.

Kernan, a pesar de sus fuerzas hercúleas, apenas podía sujetarle; y se veía muy apurado para sofocar su voz y contener sus violentos arrebatos.

—¡Vais a perderos! —decía el fiel criado con angustiada voz—, vais a hacer que os prendan.

—¿Y qué me importa perder la libertad?...

—¡Es que os guillotinarán!...

—¡Tanto mejor!... ¡Tanto mejor!...

—¡Y también me degollarán a mí!... —dijo Kernan queriendo excitar por este lado su sensibilidad y su prudencia.

—¿A ti?... A ti, ¿y por qué?... —preguntó el conde, calmándose algún tanto y cayendo de nuevo en una especie de postración que le obligó a sentarse.

Permaneció algunos momentos guardando profundo silencio y mirando fijamente al suelo; sollozos entrecortados sacudían su pecho; por fin se calmó algún tanto, una lágrima corrió lentamente por su mejilla, y arrodillándose sobre los fríos ladrillos de la habitación, rezó fervorosamente por aquellos seres a quienes tanto había amado y que ya no existían.

Kernan se arrodilló a su lado, y dejando correr sus lágrimas a la par de las de su amo, elevó también al cielo una larga y sentida plegaria.

Después se levantó, y dirigiéndose a Chanteleine le dijo con afectuoso acento:

—Ahora, amo, permitidme ir a la ciudad; es indispensable que yo la recorra, que averigüe lo que ha ocurrido, que lo sepa todo.

—Kernan, mi buen Kernan, ¿y me lo dirás todo? —preguntó el conde estrechando con vehemencia las manos de su fiel servidor.

—Todo; os lo juro, amo; pero prometedme no salir de esta habitación.

—¡Te lo prometo!... Ve, Kernan, ve; pero no tardes.

El conde escondió de nuevo el rostro entre sus manos, dejando deslizarse entre sus dedos un torrente de silenciosas lágrimas.

Kernan descendió al piso bajo de la posada, y halló a Scévola en la puerta con los brazos cruzados a la espalda, aguardando sin duda a que entrase en su establecimiento algún otro parroquiano.

—¿Y qué tal? ¿Cómo se encuentra tu hermano? —preguntó al ver al bretón.

—Algo más aliviado, y creo que esto no será nada; ahora se ha quedado dormido; procura, pues, que no lo incomoden, y que nadie vaya a interrumpir su sueño. ¿Me entiendes?

—No tengas cuidado, ve tranquilo.

—Antes quiero que cumplas tu promesa; conque te escucho.

—¡Ah! ¿Conque deseas que te cuente el drama de hoy?... Ya comprendo; es muy natural. Has llegado demasiado tarde para penetrar en el teatro, y te has quedado a la cola de los espectadores, que eran muchos —dijo el posadero patriota sol tanto una carcajada cruel.

—En efecto, eso me ha ocurrido.

—Pero ¿qué es eso? ¿Acaso quieres oír mi relato sin beber un trago? Pues yo, ciudadano, no sé hablar si no remojo el gaznate.

—Tienes razón; lo había olvidado; trae, pues, una botella y, si te parece, trae también un pedazo de pan y alguna otra friolera, y te escucharé tomando un bocado.

—Esto está hecho —dijo Mucio Scévola.

Y un momento después, aquellos hombres se hallaban sentados frente a frente delante de una mesa, sobre la cual apoyaban los codos.



El posadero, que era el que hacía los honores en provecho propio, después de haber apurado un vaso de vino de un solo trago...

—Pues verás cómo ha ocurrido la cosa —dijo con reposado acento—. De dos meses a esta parte, las cárceles de la ciudad se hallaban completamente llenas de presos, pues los fugitivos de la Vendée abarrotaban sus calabozos; se hacía indispensable vaciarlas, desocupándolas más deprisa de lo que se venía haciendo. Desgraciadamente, el ciudadano Guermeur, aunque es un buen patriota, no tiene ni la imaginación ni la fibra de Carrier, ni la energía de Lebon, y se empeñaba en proceder con arreglo a las fórmulas legales para deshacerse de los *blancos*.

A Kernan se le contraían los músculos y apretaba los puños con violentas crispaciones por debajo de la mesa, al oír aquellas palabras; pero tuvo la suficiente fuerza de voluntad y bastante dominio sobre sí mismo, no sólo para contenerse, sino también para decir con mucha naturalidad.

—¡Carrier!... ¡Oh! ¡Ése sí que es de lo buenos!...

—Ya lo creo —prosiguió Scévola apurando otro vaso—, como que a él se le ocurrió el magnífico pensamiento de sumergir en

masa a los más realistas en el agua para deshacerse de ellos más rápida y cómodamente; y como tiene a su disposición un río tan hermoso, no le ha sido difícil poner en práctica su idea. En fin, hemos hecho lo que se ha podido en estos dos últimos meses. En una palabra, lo hemos hecho tan bien, que casi hemos conseguido vaciar las cárceles y los calabozos; pero ya se está tratando de llenarlos de nuevo.

—Dime —preguntó Kernan—, ¿esta mañana no han guillotinado a una señorita de Chanteleine?

—Sí, en verdad, y a fe que era una real moza; y con ella han descabezado también a un abate, ¡para que le enseñara el camino!... Karval, el famoso Karval es el que hizo tan buena presa.

—¡Ah, conque Karval! —murmuró Kernan estremeciéndose imperceptiblemente.

—El mismo. ¡Ahí tienes un muchacho que vale un mundo! ¿Le conoces?

—¡Vaya si le conozco! Como que somos muy amigos —repuso Kernan con la mayor naturalidad—, carne y uña, como suele decirse. Y dime, ¿se encuentra aún aquí?

—No; hace ocho días que marchó para girar una visita por el país. Es fuerza confesar que, cuando hace quince días dio su último golpe, no consiguió todo su objeto, pues al dirigir su puntería al castillo de Chanteleine, esperaba cazar al exconde, en quien había puesto principalmente sus miras; pero el pájaro había volado.

—¿Y entonces qué hizo? —preguntó Kernan.

—Entonces fue a reunirse con el ejército de Kleber, con el propósito de atrapar a su hombre, y no será extraño que en la derrota de Savenay haya conseguido su objeto.

—Es muy posible, pues allí han destrozado completamente a los *blancos* —añadió el bretón—; pero dime algo más de la muchacha.

—¿De qué muchacha?

—De la que han guillotinado esta mañana; ¿qué tal se ha portado en su último trance?

—¡Psih! Bastante mal —contestó el posadero, llevando el vaso a sus labios—, y nos ha dado poco gusto, pues estaba medio muerta de miedo.

—¿Es seguro —dijo Kernan, conteniéndose a duras penas— que está completamente muerta?

—¡Cáscaras! ¡A no ser que tuviese algún amuleto!... —dijo el posadero riendo brutalmente—. Pero a propósito, durante la ejecución de esta mañana ha ocurrido un suceso muy curioso.

—¿Y qué suceso es ése, amigo Scévola? Sigue, sigue, pues me va interesando tu relato.

—Pues oye —continuó con énfasis el posadero—. Oye lo que ha ocurrido, aunque preferiría no referirte lo que voy a decir.

—¿Por qué?

—Porque no favorece mucho al Comité de Salvación Pública.

—¿Que no favorece al Comité?

—No, por cierto, pues uno de sus individuos ha tenido la debilidad de conceder un perdón.

—¿Y cuál de ellos?

—¿Cuál ha de ser? Couthon.

—Eso no es posible.

—¿Que no?... Vas a juzgarlo por ti mismo. Esta mañana, la guillotina funcionaba perfectamente y con la regularidad de costumbre; los nobles, los campesinos, los clérigos... todos iban siendo descabezados con igualdad republicana. La chiquilla de Chanteleine estaba en fila y sólo quedaban dos o tres condenados esperando su ejecución, cuando de improvisto estalló entre la multitud un verdadero tumulto: un joven, con los cabellos desordenados y montado en un jaco que respiraba apenas, atravesó como un rayo por entre la muchedumbre y fue a caer con su cabalgadura en medio de la plaza, gritando con todas sus fuerzas: «¡Perdón, perdón para mi hermana!...». Acto seguido se puso en pie, y apartando con desesperación a cuantos le estorbaban el paso, llegó a donde estaba el ciudadano Guermeur, y le entregó un

papel firmado por Couthon, en el que estaba escrito el perdón de su hermana.

—¿Y qué?

—¿Qué? Que no había medio de desobedecer aquel mandato, a pesar de que el que lo traía era un aristócrata.

—¿Cómo se llamaba?

—El caballero de Trégolan, según me han dicho.

—¿Trégolan?... no le conozco —murmuró Kernan.

—Aquel joven, después de haber entregado la orden de perdón, se precipitó hacia la guillotina haciendo esfuerzos sobrehumanos para no desmayarse, pues las fuerzas le abandonaban; y a fe que hizo bien en no detenerse, pues cuando llegó junto al cadalso, ya subía sus escalones su hermana casi desfallecida y apoyándose en los brazos del ciudadano verdugo.

—¡Hermana mía!... ¡hermana!... gritó el joven apoderándose con frenesí de la condenada; y no hubo más remedio que devolvérsela, cuando ya se hallaba a un solo paso de la cuchilla: de suerte que si el caballo del mancebo hubiese dado un tropezón en el camino, cuando hubiera llegado habría sido demasiado tarde.

—¿Y eso fue lo que ocasionó el tumulto de las masas?

—Precisamente. Al ver el pueblo que le arrancaban una presa, gritó: «¡No, no hay perdón!... ¡que muera, que muera!...». Pero Guermeur se veía obligado a inclinar la cabeza ante la firma de Couthon, y dio orden para hacer despejar a los amotinados... Como ves, esto no deja de ser un borrón para el Comité de Salvación Pública.

—Es decir, que ese Trégolan consiguió su objeto... ¿Y después?...

—Después se llevó a su hermana, y la guillotina continuó trabajando.

—Perfectamente —dijo Kernan; y levantando el vaso, añadió—: ¡A tu salud, amigo Scévola!

—A la tuya —repuso el posadero, apurando el suyo, después de haberlo chocado con el de su interlocutor—: Y ahora, ¿qué vas a

hacer? —preguntó el posadero.

—Voy a ver si mi hermano duerme todavía; después iré a dar una vuelta por la ciudad; por mí no te incomodes más, y vuelve a tus ocupaciones.

—Tú no me incomodas —dijo Scévola apurando el último vaso—, ¿y piensas permanecer mucho tiempo aquí?

—Deseaba ver a Karval, para estrecharle la mano —repuso Kernan con desenfado.

—Pues es probable que vuelva a Quimper de un día a otro.

—Si estuviese seguro de ello, le aguardaría —dijo el bretón.

—¡Qué diablo! No puedo decirte nada más.

—Lo comprendo; en fin, estoy seguro de hallarlo un día u otro.

—Seguramente.

—Pero dime, ¿él se aloja aquí en tu posada?

—No; se hospeda en el obispado, en casa del ciudadano Guermeur.

—Tanto mejor; iré a verle allí —dijo Kernan separándose de Scévola para volver a su cuarto.

El supremo esfuerzo que había tenido que hacer para contenerse durante su conversación, le había quebrantado de tal suerte que apenas podía subir la escalera.

—¡Sí, Karval —repitió al verse solo—, yo te encontraré!...

El tono con que pronunció estas palabras fue tal, que sería imposible explicarlo.

Un momento después, y cuando ya se había serenado algún tanto, entró de nuevo en la habitación en que le aguardaba el conde.

Al verse solo con él, miró en torno suyo de una manera investigadora; golpeó las paredes para cerciorarse de cuál era su espesor, y cuando se convenció de que no podía ser oído de nadie, se acercó a su amo y, sentándose junto a él, le hizo en voz baja una dolorosa relación de todo lo que acababa de averiguar, durante la cual no dejaron de correr las lágrimas por el rostro de Chanteleine.

Al terminar el relato, consultó Kernan lo que deberían hacer.

—¡Ya no tengo esposa!... ¡Ya no tengo hija!... —exclamó el conde con acento desgarrador—. Sólo me resta morir, y moriré defendiendo nuestra santa causa.

—Sí —dijo Kernan con exaltación—, iremos a Anjou, a reunimos con los bravos chuanes que se disponen a empuñar las armas.

—Sí, ¡allá iremos!...

—Hoy mismo —añadió Kernan.

—No, mañana; yo tengo esta noche que cumplir con un sagrado deber.

—¿Y qué deber es ése, señor?...

—Esta noche quiero ir al cementerio a rezar sobre la fosa común, donde habrán arrojado sin duda el cuerpo de mi querida hija.

—Pero ¡pensad!...

—Basta; lo he resuelto —dijo el conde con voz dulce, pero con tono decidido.

—Está bien, rezaremos juntos —añadió Kernan a media voz.



El resto del día lo pasaron aquellos hombres vertiendo silencioso llanto, y estrechándose mutuamente las manos.

De improviso interrumpió el silencio que reinaba en la estancia un griterío de voces y cantares que resonaba en la calle. El conde ni siquiera hizo ademán de haberlo oído; pero Kernan se levantó, corriendo a la ventana, para ver lo que ocurría.

Al asomar la cabeza, se estremeció, y tuvo que hacer un esfuerzo supremo para contener un terrible grito de indignación; pero dominando su emoción ni siquiera dio a entender al conde lo que había visto.

Karval, el infame Karval, que acababa de volver a la ciudad, pasaba por la calle al frente de su horda sanguinaria. Su aspecto era horroroso: ebrio, con el traje ensangrentado y el cabello descompuesto, empujaba delante de sí gran número de ancianos, mujeres y niños, procedentes todos de la Vendée y hechos prisioneros después de la gran derrota que había experimentado el ejército realista en la última batalla. Aquellos infelices estaban destinados al cadalso.

Karval iba montado, y toda la chusma de la ciudad le seguía vitoreándole con estrepitosas aclamaciones. Aquel miserable había llegado a ser un personaje importante de la Revolución. Cuando hubo pasado tan ruidosa comitiva, se apartó Kernan de la ventana, y llegando junto a su amo, le dijo en voz baja...

—Teníais razón, señor, no debemos partir hoy.

Capítulo VII

EL CEMENTERIO

La noche llegó por fin; el tiempo había variado completamente: grandes copos de nieve caían cubriendo el suelo con un inmenso sudario; al sonar las ocho en una iglesia próxima, el conde se levantó y dijo:

—Ya es hora; partamos.

Kernan, sin responder una sola palabra, se levantó y abrió la puerta, bajando delante de su amo. Trataba de evitar el encuentro de Scévola, pero éste les salió al encuentro al oír sus pisadas, y con ese instinto natural de los posaderos, preguntó el bretón:

—¿Qué es eso, ciudadano, te marchas?

—Sí, amigo mío, mi hermano se encuentra mejor; pásalo bien.

—Mira que hace muy mal tiempo para ponerse en camino; ¿no podrías aguardar hasta mañana?

—No —contestó secamente Kernan, que ya no sabía qué decir.

—A propósito —dijo el posadero—, ¿sabes que el valiente Karval ha vuelto a Quimper?

—Precisamente nos dirigimos al obispado para verle —contestó el bretón.

Al pronunciar estas palabras se volvió a mirar al conde, que felizmente no había oído aquel nombre fatal.

—¡Ah!... ¿conque vais a verle al palacio del obispo? Mucho se alegrará de encontrar a un antiguo amigo.

—En efecto, te aseguro que nuestra visita no ha de desagradarle...

—¡Ya, ya! —repuso Scévola, guiñando el ojo y sonriendo groseramente—. Se trata de alguna denuncia de clérigos o de emigrados.

—Tal vez —dijo Kernan, cogiendo del brazo a su amo y llevándole hacia la puerta.

—¡Ea, pues, buena suerte, ciudadano!

—Gracias, y hasta la vista —contestó el bretón saliendo al fin de la posada.

La ciudad parecía hallarse desierta: un silencio profundo reinaba en las calles, en donde ni siquiera retumbaban las pisadas sobre la capa de nieve que cubría el pavimento.

El conde y Kernan caminaban, rozando las paredes para no ser vistos, y el primero se dejaba guiar por su criado sin que al parecer notara siquiera el intenso frío que atería sus miembros.

Desde que había resuelto ir a rezar sobre el sepulcro de su hija, no había vuelto a pronunciar ni una sola palabra, absorbiéndose completamente en su dolor.

Kernan respetaba aquel silencio.

Al cabo de veinte minutos, las tapias del cementerio aparecieron ante sus ojos en medio de la oscuridad. A aquella hora, las puertas se hallaban cerradas; pero esto le importó poco al bretón, que por otra parte no había pensado penetrar en el campo santo por donde pudiera verle el guarda.

Dio, pues, la vuelta y se deslizó junto al muro buscando un lugar a propósito para escalarlo. El conde le seguía como un niño obediente o como un ciego.

Después de haber caminado un buen trecho examinando detenidamente la cerca, llegó Kernan a un punto en que se hallaba derruida en parte y por donde podía escalarlo con facilidad; esto era lo que el bretón buscaba, y con una agilidad asombrosa trepó por

las piedras apenas retenidas por una mezcla de nieve y de barro; una vez allí alargó la mano al conde y le ayudó a subir, hecho lo cual penetraron ambos en el cementerio.



La brillante capa de nieve que cubría el suelo, daba a aquel recinto mayor melancolía de la que encerraba ordinariamente. Las tumbas, las cruces que se elevaban en distintos puntos estaban envueltas en un triste sudario, y se asemejaban a blancos fantasmas que permanecían inmóviles como si estuviesen velando el sueño eterno de los muertos.

Solemne era el espectáculo que allí se ofrecía a las miradas de los recién llegados: la primera idea que debió ocurrírseles fue que los que yacían debajo de aquel helado suelo debían sentir mucho

frío, y más todavía aquéllos a quienes la mano indiferente de los sepultureros acababa de arrojar en la fosa común obedeciendo las órdenes de una municipalidad inhumana.

Después de haber recorrido algunas de aquellas desiertas calles, llegaron Kernan y el conde al borde de un hoyo profundo, recientemente cubierto de tierra, que presentaba ciertas desigualdades en la superficie, perfectamente delineadas por la nieve.

En el momento de aproximarse Kernan a aquella fosa, creyó ver una forma humana encorvada sobre la tierra, que al percibir sus pisadas, se levantaba súbitamente y trataba de ocultarse entre el espeso ramaje de un ciprés inmediato.

Al pronto pensó que era víctima de una alucinación fantástica y que sus ojos le habían engañado.

—¡Bah!, es una ilusión —dijo entre sí—; sin duda me he equivocado; no es posible que a estas horas se halle en este sitio ningún ser humano.

Sin embargo, al mirar con más atención, vio agitarse una sombra entre los árboles, y observó unas huellas recientemente impresas en el suelo.

Alguien acababa de huir de allí; ¿sería algún sepulturero, un guarda del campo santo o algún sacrílego que iba a despojar a los muertos de sus vestidos?...

Kernan detuvo al conde cogiéndole por la mano, y mirando en torno suyo; aguardó algunos momentos, y no viendo reaparecer su extraña visión, se encaminó a la fosa común.

—Aquí es, sin duda, señor, en donde reposa.

El conde se arrodilló sobre la tierra helada: se quitó el sombrero, cruzó las manos, y en aquella actitud sublime se puso a rezar, dejando correr sus lágrimas, que rodaban hasta el suelo, derritiendo la nieve con su ardiente contacto.

Kernan, arrodillado también, rezaba como su amo, pero sin dejar de observar atentamente en torno suyo.

¡Pobre conde de Chanteleine! En medio de su amargura hubiera querido socavar con sus manos aquella tierra que envolvía a su hija; verla por última vez, contemplar sus facciones queridas, besar su casta frente y transportar luego a más digna tumba sus restos amados.

Sus manos ahondaban en la nieve, buscando trémulas el cuerpo de María; su corazón latía queriéndosele salir del pecho, y apenas podía contener sus sollozos.

Un cuarto de hora hacía ya que se hallaba así: Kernan no osaba interrumpir su oración ni distraer su dolor; pero temía que sus mal comprimidos suspiros fuesen oídos por algún espía de los republicanos.



De improviso creyó oír pasos cercanos; volvió el rostro con inquietud, y, en efecto, distinguió claramente una forma humana que, separándose de un grupo de cipreses, se dirigía hacia la fosa.

—¡Ah! —murmuró poniéndose en pie—; si fuese un espía, caro había de pagar su espionaje.

Y desenvainando su cuchillo se precipitó sobre el desconocido, que no parecía dispuesto a huir, puesto que le aguardó impasible.

Un momento después ya se hallaban aquellos dos hombres a tres pasos de distancia uno de otro y mirándose con aspecto amenazador.

Kernan fue el primero que rompió el silencio.

—¿Qué venís a hacer aquí? —preguntó con tono imperioso.

El desconocido, que era un joven de unos veinticinco años, de gallarda presencia y vestido de labrador:

—Lo mismo que vos —repuso con calma.

—¿A rezar?

—¡A rezar!

—¡Ah! —exclamó Kernan—. ¿Tenéis algún pariente aquí?

—Sí —respondió el joven tristemente.

El bretón le miró con fijeza, y vio lágrimas en sus ojos.

—Perdonad —dijo entonces—, os había tomado por un espía o por un delator, pero veo que me he equivocado; venid conmigo.

El joven le siguió sin replicar, y bien pronto llegaron ambos junto al conde, el cual, saliendo de improviso de su marasmo, trató de levantarse.

—¿Venís a rezar también? —preguntó el conde; en ese caso, acercaos; aquí hay lugar para los dos; yo soy un padre que vierte llanto por su hija; me la han asesinado esta mañana y la han arrojado aquí.

—¡Pobre padre! —exclamó el joven.

—¿Pero vos quién sois? —preguntó Kernan.

—El caballero de Trégolan —repuso el recién llegado sin vacilar.

—¡El caballero de Trégolan!... —murmuró el bretón, poniéndose nuevamente en guardia.

Aquel nombre volvió a despertar sus recelos, pues le trajo a la memoria la escena que había tenido lugar aquella mañana en la plaza de Quimper, y no comprendía por qué se hallaba aquel caballero en el cementerio.

—Sí; el caballero de Trégolan. ¿Por qué os sorprendéis?

—Decidme: ¿no sois el que esta mañana obtuvo el perdón de vuestra hermana y el que consiguió salvarla, arrancándola de las manos del verdugo?...

—¡Salvarla!... —exclamó el caballero, juntando las manos de dolor.

—Luego ¿es por ella por quien venís a rezar?... —dijo el conde, que ya no dudaba de las palabras de aquel joven—. ¡Ah, caballero! Vos sois más venturoso que yo, pues al menos habéis podido verla, mientras a mí me ha sido imposible, pues he llegado demasiado tarde para conseguir abrazar a mi hija.

—¿Quién sois, pues? —preguntó el joven.

Kernan quiso arrojarse sobre su amo para taponarle la boca, a fin de que no pronunciase su nombre; pero antes de que tuviese tiempo de realizar su propósito...

—¡Soy el conde de Chanteleine! —dijo aquél rápidamente.

—¿Vos?... ¿Vos el conde de Chanteleine?... —exclamó el joven con un verdadero asombro.

—Yo, yo mismo.

—¡Dios mío!..., ¡Dios mío!... —añadió el caballero, cogiendo al conde por ambas manos y aproximándose a él para verle el rostro.

—Bien, ¿y qué?... —preguntó Kernan siempre receloso.

—¡Venid, venid! —Dijo el desconocido con vehemencia extraordinaria—; venid al instante, sin perder un minuto.

—¡Alto ahí!... —gritó Kernan cerrándole el paso—. ¿Qué es lo que queréis? ¿A dónde pensáis llevar a mi amo?

—¡Oh, venid, venid, por favor! —repitió el joven arrastrando al conde y tratando de apartar a Kernan con violencia.

Pero éste, tomando una actitud amenazadora, gritó de nuevo.

—¡Alto ahí!... —Y ya iba a precipitarse sobre el joven, que no soltaba el brazo del conde, cuando éste le contuvo diciendo:

—¡Calma, Kernan, calma! Sigamos a este caballero, que es un hombre de honor: el corazón me lo dice.

Al oír las palabras de su amo, el bretón no osó replicar, y fue tras él, pero colocándose cerca del caballero de Trégolan, dispuesto a

darle un golpe mortal al menor indicio de traición que observase en él.

En esta disposición, salieron los tres del cementerio, escalando nuevamente la brecha que les había servido para entrar, y dieron la vuelta a la tapia. El caballero de Trégolan guardaba silencio; pero su mano derecha se hallaba crispada y asida al brazo del conde.

De esta manera entraron en la ciudad, y evitando las calles principales se metieron por las callejuelas más estrechas a fin de esquivar encuentros peligrosos; precaución inútil, pues a aquellas horas se hallaban completamente solas; esto no obstante, Kernan no dejaba de mirar en torno suyo con recelosa atención.

El silencio era sepulcral en todos los ángulos de la ciudad; sólo al pasar junto al palacio episcopal, vieron los tres compañeros profusamente iluminadas las ventanas del edificio, y oyeron el rumor estrepitoso de una orgía. En aquel momento se estaba celebrando la llegada del infame Karval con un sarao en el que bailaban unidos los jueces y los verdugos.

Kernan sintió que la sangre se le subía a la cabeza, y empuñando el mango de su cuchillo, miró a las ventanas del palacio arrojando llamas por los ojos; pero no queriendo separarse de su amo, siguió tras él.

Por fin, el joven caballero se paró delante de una casa silenciosa y aislada en la extremidad de uno de los barrios menos bulliciosos de la ciudad.

—Aquí es —dijo, y dio un paso hacia adelante para llamar a la puerta.

—¡Aguardad!... —dijo Kernan, asiéndole el brazo en el momento en que iba a coger el aldabón.

—Déjale llamar —dijo el conde dirigiéndose al bretón.

—De ningún modo, señor; en este tiempo de miserias, toda casa es sospechosa, y es necesario saber a dónde se va. Decidnos, pues, caballero; ¿por qué tratáis de introducirnos en esa casa? —preguntó fijando en el joven una mirada escudriñadora.

—Para mostraros a mi hermana —contestó el caballero sonriendo tristemente; y llamó con precaución a la puerta.

Un momento después se oyeron por dentro pasos medidos que se aproximaban al cancel, y que se detuvieron de repente.

El caballero llamó de nuevo de una manera particular, diciendo a la vez en voz baja:

—¡Dios y el Rey!

Entonces la puerta se abrió con lentitud, dejando ver a una señora anciana, que no pudo menos de manifestar cierto recelo al ver que acompañaban al caballero dos desconocidos.

—No temáis —dijo el joven—, son amigos.

La puerta volvió a cerrarse inmediatamente. A la luz de una vela que llevaba la señora en la mano, vio Kernan una escalerilla de madera, que arrancaba de un ángulo del portal.

El caballero subió por ella seguido del conde y del bretón, que no soltaba el mango de su cuchillo.

Sin embargo, se tranquilizó algo al oír el corto diálogo que se entabló, mientras subían la escalera, entre la señora que les había abierto la puerta y el joven que les guiaba.

—¿Sabéis que vuestra ausencia empezaba a inquietarme? ¿Habéis tenido algún mal tropiezo?

—No; pero decidme, y ella, ¿cómo sigue?... ¿qué hace?

—Llora, que da compasión, señor.

—Está bien, dejadnos —dijo el caballero, tomando la luz de las manos de su interlocutora; y dirigiéndose enseguida al conde añadió —: Seguidme.

Al fin de aquella empinada escalera había una puerta por debajo de la cual se veía una tenue claridad. El caballero la abrió de par en par y dijo con melancólico acento:

—Ahí tenéis a mi hermana, señor conde de Chanteleine.

Kernan, que había dirigido al interior de la habitación una rápida mirada, antes que su amo, exclamó con un grito que le salía del fondo del alma:

—¡María!... ¡mi sobrina!...

En efecto, María de Chanteleine se hallaba tendida sobre un lecho, pero viva, viva, aunque sumida en el más profundo dolor.

—¡Hija mía! —gritó a su vez el conde precipitándose hacia la hermosa joven.

—¡Padre! ¡Padre! —exclamó ella saltando del lecho y arrojándose en brazos de Chanteleine.

Aquella fue una escena indescriptible. ¿Cómo describir los sollozos, las caricias, los transportes de purísimo afecto y los éxtasis de melancólica alegría de aquellos seres tan nobles?

Kernan lloraba detrás de sus amos, retirado en un ángulo de la habitación, después de abrazar a María con delirante arrebató de contento.

El caballero de Trégolan contemplaba aquel cuadro conmovedor, silencioso y con las manos cruzadas en actitud de profundo enternecimiento.

De improviso exhaló María un grito desgarrador. Un pensamiento horrible había cruzado por su mente:

—¡Madre!... ¡Mi madre! —gritó—. ¿Qué ha sido de mi madre?...

Aquella infeliz ignoraba que la condesa había muerto asesinada durante el saqueo del castillo, pero temió que hubiese sido guillotinado en Quimper.

El conde no tuvo fuerzas para contestarle, pero señaló el cielo con un dedo, dejando correr por sus mejillas un raudal de lágrimas.

María exhaló un nuevo grito y se dejó caer casi desmayada sobre el lecho.

—¡Hija mía, hija mía! —gritó el conde, corriendo hacia ella y cubriéndola de besos.

—No temáis nada, señor —dijo Reman sosteniendo la cabeza de la joven—, ésta es una crisis que pasará pronto.

En efecto, un momento después recobró María el sentido, y abrió sus hermosos ojos derramando abundantes lágrimas. Cuando su llanto mitigó la acerba pena que sentía, se tranquilizó al parecer, y entonces pudo el conde interrogarla:

—Pero ¿qué milagro ha podido arrancarte de las garras de la muerte? —preguntó Chanteleine, no pudiendo dar crédito a lo que le estaba pasando.

—Lo ignoro, padre mío; sólo recuerdo que fui arrastrada hacia el cadalso; que vi delante de mis ojos aquel horrible instrumento de muerte; después, un denso velo cubrió mis ojos; caí desfallecida, y desde entonces dejé de ver y de oír; más tarde recobré los sentidos, y, sin saber cómo, me hallé en este sitio.

Al oír aquellas palabras se volvió Chanteleine al dueño de la casa, y le dijo:

—Hablad, señor de Trégolan; referidnos por piedad cómo ha ocurrido todo esto.

—Señor conde —repuso el caballero—, mi hermana había sido encerrada lo mismo que vuestra hija en la cárcel pública para ser guillotizada, como todos los nuestros. Al tener noticia de tan infame resolución, corrí desesperado a París, y después de vencer mil dificultades, obtuve al fin su perdón de Couthon, a quien mi familia había prestado servicios de gran importancia en otro tiempo. Volví volando a Quimper con la orden de libertad; pero a pesar de mi diligencia y de los esfuerzos inauditos que hice, llegué demasiado tarde.

—¿Demasiado tarde? —dijo el conde.

—Sí, la cabeza de mi pobre hermana cayó precisamente en el momento en que yo llegaba a la plaza, y rodó sobre el cadalso ante mis propios ojos.

—¡Oh!... pobre amigo mío —exclamó el conde estrechándole afectuosamente las manos.

—No puedo decir cómo no caí muerto en el acto; cómo no descubrí por mi dolor, que había sucumbido aquélla cuyo perdón tenía en mis manos; pero el cielo, sin duda, me inspiró un pensamiento de caridad sublime, por lo que doy las gracias sin cesar. Todas las víctimas que aquel día habían sido conducidas al cadalso aguardaban allí confusamente mezcladas su último instante, y cuando yo llegaba al pie de la guillotina, vi a una joven

bellísima que subía casi sin sentido las gradas del patíbulo, apoyada en el brazo del verdugo: entonces, sin pensar siquiera lo que hacía, me precipité hacia ella gritando con todas mis fuerzas: —¡Perdón, perdón para mi hermana; para mi hermana que es ésa; aquí está la orden del perdón!—. En los primeros momentos reinó gran confusión en torno mío; unos gritaban: «¡A la guillotina! ¡A la guillotina!...». Otros aullaban: «No hay perdón»; pero el documento que yo exhibía era una orden terminante, y aquellos furiosos se vieron precisados a soltar su presa y a devolverme a aquella desventurada joven que era vuestra hija y a quien traje a casa de esta excelente señora. El cadáver de mi hermana ya estaba frío, y por ella me habéis hallado rezando hace pocos momentos en la fosa común del cementerio, pues ya no existe aquella prenda de mi corazón.

El conde estrechó entre sus brazos al caballero de Trégolan, y le dijo con indecible ternura:

—¡Hijo mío, permitidme que una mi oración a la vuestra!

Kernan, postrado de hinojos ante el caballero, bañaba con sus lágrimas los pies de tan digno joven, expresando de aquel modo su inmensa gratitud.

Capítulo VIII

LA HUÍDA

Fácil es de imaginar la noche que pasaría el conde al lado de su hija, salvada de la muerte de una manera tan milagrosa.

Mil recuerdos horrorosos se agolpaban en su mente: la muerte de su esposa, de aquella santa mujer, de aquella mártir infamemente asesinada, despertaba su dolor, que era más intenso al considerar a su idolatrada María huérfana de madre. Sin embargo, en medio de la amargura que sentía al evocar tan triste memoria, y al paso que elevaba al cielo fervorosas oraciones por el descanso de la que tanto había amado, por la vida de su hija y por el generoso libertador de ésta, iba experimentando un dulce consuelo y hasta una melancólica alegría.

Kernan por su parte, pasada la primera sorpresa, se dirigió al caballero de Trégolan, y con el acento conmovido todavía, pero lleno de noble franqueza, le dijo:

—Señor, desde hoy tendréis en mí un siervo tan leal como un perro, podréis disponer de mi vida como y cuando os plazca; lo que habéis hecho por mi amo no puede pagarse con nada en el mundo, pero permitidme, al menos, que yo os sacrifique mi existencia si algún día podéis necesitar de ella.

Estas palabras generosas y sinceras conmovieron al caballero, que al contemplar los transportes de alegría de aquéllos a quienes había devuelto en parte la felicidad, no pudo menos de pensar que tan inmenso servicio se debía al perdón de su pobre hermana, a quien no había podido salvar de una muerte horrorosa.

A la mañana siguiente, Kernan pensó en que lo más urgente era salir de Quimper, pues su presencia en aquella casa podría comprometer a la noble anciana que les había dado tan generosa hospitalidad. Verdad es que tenía que renunciar por entonces a su venganza contra Karval, pero la vida de María era para él lo primero, y por eso se resolvió a comunicar su pensamiento al conde y al caballero de Trégolan.

Su indicación fue aceptada en el acto, y se discutió con detenimiento el partido que sería prudente tomar.

—Señor conde —dijo el joven caballero—, yo lo tenía dispuesto para el caso en que me hubiese sido posible salvar a mi pobre hermana, y había preparado un asilo seguro para esconderla en una cabaña de pescadores situada en la bahía de Douarnenez. ¿Queréis venir conmigo a esperar allí mejores días, o una ocasión oportuna para abandonar Francia?

Chanteleine se volvió a Kernan, interrogándole con los ojos.

—¿En Douarnenez? —dijo el bretón—. Perfectamente, me parece un lugar seguro y excelente para nuestros propósitos.

—Entonces creo que debemos partir esta misma mañana —añadió Trégolan—, pues no hay un minuto que perder, y lo primero es que pongamos a salvo a esta señorita.

—¿Pero en Douarnenez tendremos medio de vivir sin levantar sospechas?

—Sí, señor; allí tengo un antiguo criado de mi familia que ejerce el oficio de pescador, llamado Locmaillé; es un hombre honrado y leal que nos recibirá perfectamente y podremos permanecer en su casa hasta que se nos proporcione ocasión de salir de Francia.

—¡Ea, pues! —dijo Kernan—. En marcha, y cuanto antes mejor; sólo nos hallamos a cinco leguas de Douarnenez y podemos llegar

allá esta misma tarde.

El conde aprobó desde luego aquella resolución, pues sentía un ansia vivísima por devolver a su hija la tranquilidad que había perdido, y de que tanta necesidad tenía, pero al verla tan débil, temía que no pudiera soportar las fatigas de aquel corto viaje.

La pobre María, desde la horrible escena del cadalso, había quedado tan quebrantada de cuerpo y de alma, que apenas podía sostenerse en pie, y a cada instante parecía que iba a perder el sentido. El menor ruido la hacía estremecerse, lo cual no tenía nada de extraño, sabiendo que sus verdugos no estaban lejos.

Sin embargo, las caricias de su padre y los exquisitos cuidados de Kernan habían conseguido reanimar algún tanto su espíritu, y cuando le indicaron la conveniencia de ponerse en camino, se manifestó pronta a arrostrarlo todo para salir cuanto antes de aquella ciudad de la que llevaba tan espantosos recuerdos.

Se trató entonces de proporcionarle un traje que le sirviese de disfraz; el caballero Trégolan llamó a la señora que les hospedaba, a la cual dio el conde las más expresivas gracias por el importante servicio que les había hecho; y aquella noble anciana proporcionó a María un traje de campesina del país.

Entraron ambas en una habitación inmediata, y al hallarse solas, María se vistió, ayudada por su huéspeda, el zagalejo y el corpiño que ésta había buscado, y quedó trasformada en una linda labradora en quien hubiera sido difícil reconocer a la elegante señorita de Chanteleine, viendo sus medias encarnadas de lana usadas, sus gruesos zapatos y su remendado delantal.

María era una joven de diecisiete años de edad, bellísima y distinguida; se parecía mucho al conde; sus ojos, enrojecidos en aquellos momentos por el llanto, eran azules y dulces en extremo; su boca, encantadora; su sonrisa, angelical.

Durante su prisión había sufrido tanto, que sus delicadas facciones estaban algo marchitas; pero un buen observador hubiera adivinado desde luego su belleza a través del velo de melancolía que cubría su semblante.

Los restos de su hermosa cabellera rubia, que había sido cortada por mano del verdugo, los ocultó cuidadosamente debajo de la gorra blanca al estilo bretón que completaba su traje; cubrió su delicada cintura con los pliegues del delantal y manchó sus nacaradas manos con tierra, para que no la denunciase su transparente blancura.

En una palabra, después de un cuarto de hora de tocador, quedó perfectamente disfrazada. Las siete de la mañana sonaron en el reloj de la municipalidad; apenas empezaba a clarear. Los fugitivos, después de haberse despedido afectuosamente de la digna anciana que los había hospedado con grave riesgo de su persona, se pusieron al fin en marcha, y salieron de la ciudad sin llamar la atención de nadie. Una vez en el campo, lo que había que hacer era ganar el camino real de Audierne, que conducía a Douarnenez y su rada.

Kernan conocía perfectamente el país, y poniéndose a la cabeza de la pequeña comitiva tomó por senderos desviados y por ocultos atajos para llegar al término de su viaje lo más pronto posible; pero no podían andar muy deprisa, pues María, a pesar de sus buenos deseos, caminaba penosamente, apoyándose ora en el brazo de su padre, ora en el de Kernan. Los grandes esfuerzos que hacía para seguir marchando revelaban claramente su postración. El aire puro que respiraba después de haber estado muchos días encerrada en un calabozo parecía embriagarla. Al cabo de dos horas de penosa marcha, se vio obligada a detenerse y a pedir algunos instantes de reposo. Los fugitivos hicieron alto.

—Veo que no podremos llegar hoy —dijo Kernan.

—No —repuso el caballero Trégolan—, será preciso que pidamos hospitalidad en la primera cabaña que encontremos.

—Toda casa me parece sospechosa en estos contornos —replicó el bretón—, y si es absolutamente necesario que nos detengamos, preferiría buscar un asilo entre los matorrales contiguos al camino.

—No, amigos míos, no es necesario que os preocupéis por mí; en cuanto haya descansado un cuarto de hora podremos continuar nuestro viaje, y ya os avisaré cuando me sea absolutamente imposible seguir.

Un cuarto de hora después volvieron a ponerse en marcha. Había dejado de nevar, pero hacía mucho frío; Kernan se quitó su piel de cabrito, y cubrió con ella los delicados hombros de la joven.

Ya eran las once de la mañana, y los viajeros, que apenas habían andado dos leguas, aún no divisaban el campanario de Plonéis. El campo parecía un desierto; ni una cabaña ni un redil se columbraba en cuanto podía abarcar la vista.

El suelo desaparecía bajo una espesa capa de nieve; María ya no podía dar un paso, y Kernan se vio obligado a tomarla en brazos; pero la pobre niña, a quien el movimiento de la marcha ni siquiera daba calor, se sintió completamente helada al dejar de andar; el conde y Trégolan se quitaron sus capotes y envolvieron con ellos sus pies y sus brazos.

Por fin, y venciendo los rigores de la estación y las dificultades del camino que seguían, llegaron a la aldea de Kermingny; pero todavía quedaba legua y media para llegar a Douarnenez; el frío se había hecho tan intenso que tuvieron que detenerse, y María perdió el conocimiento.

—Es imposible seguir más adelante —exclamó Kernan con angustiado acento y deteniéndose de improviso—. Esta infeliz criatura necesita absolutamente algunas horas de descanso.

El conde tomó a su hija de los brazos del bretón, y apoyándola sobre su pecho, se sentó al borde del camino, tratando de calentar sus manos con su aliento, y sus pálidas mejillas con sus ardientes besos.

—¿Qué haremos?... ¿Qué haremos?... —exclamaba Kernan con desesperación—. Es preciso hallar un asilo; pero no es posible aproximarse a ninguna vivienda humana sin exponerse a una traición.

—¡Cómo! —Dijo el conde con dolorosa extrañeza—. ¿Luego en este país no existe ni siquiera un alma caritativa capaz de darnos hospitalidad?

—Ninguna —repuso el caballero Trégolan—. Dirigirnos a la cabaña de un campesino sería correr a entregarnos a una muerte cierta; los soldados *azules* tratan con tan bárbaro rigor a los que dan asilo a los proscritos, que nadie osaría en estos contornos ocultarnos por todo el oro del mundo, pues al que infringe la bárbara prohibición de los republicanos, le cortan las orejas y le llevan después a la guillotina.

—Este caballero tiene razón —añadió Kernan—, entrar en una casa cualquiera sería no sólo arriesgar nuestra vida, lo cual nada importaría, sino también la de esta pobre niña.

—Pero, Kernan, el caso es que mi hija se muere si no hallamos pronto un abrigo, y su vida es ante todo —exclamó el conde con desesperación.

—Tenéis razón —dijo Trégolan—, aguardad aquí un momento, mientras yo me llevo a las primeras casas del lugar vecino, a ver si el miedo ha dejado algún sentimiento de hospitalidad entre los campesinos de Bretaña.

—Id, amigo mío, id a ver si podéis salvar por segunda vez a mi hija —repuso el conde juntando las manos en actitud suplicante.

El caballero se encaminó precipitadamente hacía el lugar; la noche se había venido encima, y el joven, después de una larga carrera, llegó entre tinieblas a las primeras casas de la población; todas se hallaban cerradas, y ni el menor ruido daba a conocer que estuviesen habitadas; esto no obstante, llamó con precaución a una de ellas; pero viendo que no le contestaban redobló sus golpes... todo inútil, reinaba un silencio sepulcral; ni una sola luz asomaba por los intersticios de las ventanas.

—También se ocultan aquí como en todas partes —dijo el joven entre sí; pero recordando la situación en que había dejado a María, cobró nuevo ánimo y siguió golpeando una tras otra todas las puertas; en un principio llamaba tímidamente, pero al encontrar

sordas todas aquellas viviendas, concluía por descargar golpes formidables; mas todo era en vano: los habitantes de la aldea habían tomado la firme resolución de no responder a nadie, y nada en el mundo hubiera sido capaz de hacerles desistir de ella.

El terror que les habían infundido los *azules* los hacía crueles y despiadados.

Viendo que sus esfuerzos eran vanos para hacerse abrir una sola puerta, Henry de Trégolan comprendió que no le quedaba otro remedio que ir a reunirse con sus compañeros de infortunio.

Volvió, pues, a su lado, llevando la desesperación en el alma y la angustia pintada en el semblante.

Cuando llegó al lugar en que los había dejado, halló al conde y a su hija en la misma posición que tenían al separarse de ellos. El primero seguía sentado en el borde del camino, conservando entre sus brazos a María, yerta y moribunda, a quien trataba en vano de reanimar con el calor de su aliento.

En el momento de llegar el joven, una exclamación de dolor se escapó de los labios de Chanteleine:

—¡Dios mío, Dios mío! ¡Mi hija se muere! —dijo creyendo observar que María había perdido todo movimiento.

—¿Y qué hacemos?... —preguntó con desesperación Trégolan—. Esa aldea es un cementerio.

—¡No os desalentéis! —exclamó Kernan, que, a pesar de la angustia que le henchía el corazón, era el que conservaba más sangre fría—. Echemos por el otro lado del camino; dirijámonos al bosque de Nevet que está a dos pasos, y allí pasaremos la noche en el hueco de algún tronco de encina, y encenderemos una hoguera con ramaje seco para devolver el calor a la señorita.

—No queda, en efecto, otro remedio —dijo Trégolan—. Ea, en marcha cuanto antes.

Entonces se aproximó Kernan al conde, y tomando de nuevo en sus brazos a María, echó a andar seguido de sus compañeros de viaje; atravesó con paso firme y acelerado el camino de Audierne, y algunos minutos después penetraban todos en los matorrales.

Las ramas secas crujían bajo sus pies. Henry se había adelantado para ir separando la maleza, pues a fin de no ser vistos de nadie, convinieron internarse en lo más intrincado del bosque.

Por fin, después de un cuarto de hora de penosa marcha, llegaron a un sitio en que el caballero descubrió una centenaria encina, cuyo socavado tronco ofrecía un hueco suficiente para colocar en él a María. Acostaron allí a la pobre joven perfectamente arropada con los abrigo de todos; y sacando Kernan piedra, eslabón y yesca, encendió en un momento un buen fuego, cuya llama iluminó el contorno chisporroteando.

No bien llegó el calor de la hoguera hasta María, ésta lanzó un suspiro, abrió los ojos y recobró el movimiento. Al instante miró en torno suyo con terror; pero al verse rodeada de aquéllos a quienes tanto amaba, sonrió dulcemente y pudo al fin conciliar un sueño reparador.

El conde, Kernan y Trégolan velaron junto a ella toda la noche. Estaba perfectamente arropada; el tronco de la encina le ofrecía un abrigo templado por el fuego inmediato y pudo descansar apaciblemente algunas horas.

Kernan reanimaba sin cesar la hoguera arrimando hojas y raíces secas, al paso que sus compañeros permanecían sentados o tendidos junto a la lumbre calentándose. En cuanto a dormir, ni siquiera pensaron en ello; se hallaban demasiado preocupados para que pudiesen cerrar los ojos, y pasaron la noche conversando.

El caballero contó al conde de Chanteleine la historia de su familia, historia también muy dolorosa.

Casi todos los señores de Trégolan, originarios de Saint-Pol-de-Léon, habían perecido en las sangrientas batallas de que fue teatro aquella ciudad en 1793.

El señor de Trégolan, padre de Henry, cayó ametrallado por los cañones del general Canclaux cuando éste quiso reconstruir el puente cortado por los insurrectos de Kerguiduff sobre el camino de Lesneven. El joven caballero en vano hizo cuanto pudo para morir al lado de su padre. Las balas republicanas no quisieron herirle, y

cuando volvió a Saint-Pol-de-Léon, encontró su casa presa de las llamas y supo que su hermana había sido arrastrada violentamente a la cárcel de Quimper.

Al pronunciar Henry el nombre de su hermana, no pudo contener sus lágrimas; entonces el conde le estrechó afectuosamente entre sus brazos y a su vez le contó sus propias desventuras; la toma del castillo, la sangrienta muerte de la condesa y la destrucción de sus granjas.

Ambas historias se asemejaban en sus horribles detalles; sus infortunios eran idénticos; sus pérdidas casi las mismas, de suerte que pudieron mezclar sus lágrimas y engrosar con ellas el raudal del llanto que la república hacía derramar.

Así se pasó la noche. Kernan vigilaba sin descanso, y de vez en cuando rondaba por las avenidas del bosque para prevenir toda sorpresa; pero afortunadamente llegó el día sin que hubiese sobrevenido ningún contratiempo.

Aquellas pocas horas de sueño y de reposo habían reanimado algún tanto a la pobre María, la cual se sintió con fuerzas suficientes para emprender de nuevo la marcha. Se apoyó en el brazo de su padre y se pusieron en camino a las ocho de la mañana.

A las nueve, Kernan, que servía de guía a sus amos, se apartó del camino de Audierne al pasar frente a la aldea de Plouaré, y media hora más tarde, la pequeña comitiva llegaba a Douarnenez, desde donde se encaminó directamente Trégolan, seguido de sus amigos, a la cabaña del viejo pescador.

Capítulo IX

DOUARNENEZ

En el segundo año de la república francesa, la pequeña aldea de Douarnenez no contaba en su recinto arriba de veinte familias de pescadores. El conjunto de aquellas chozas, formadas de trozos informes de granito, ofrecía a los que llegaban a ellas por el mar un punto de vista en extremo pintoresco.

La aldea, escondida entre las sinuosidades de la costa, se presentaba de improvisto al viajero, dominada por el aislado campanario de una capilla situada en la cumbre de una pequeña colina, llegando las últimas casas hasta la misma orilla del mar. Los techos de las cabañas estaban contruidos con gran solidez y cubiertos de gruesos pedruscos para poder resistir los fuertes vientos del nordeste.

La costa de Bretaña desde Concarneau a Brest se halla cortada por una serie de bahías de todas dimensiones.

Las más importantes son la de Douarnenez y la de Brest, que cuentan hasta 25 leguas de extensión. Las de Audierne, de los Difuntos, de Camaret y Diñan, no forman más que pequeñas ensenadas; pero la más peligrosa de todas ellas es sin disputa la de Douarnenez, de suerte que los infinitos naufragios ocurridos en ella le dan una funesta celebridad.

Su parte meridional está formada por una lengua de tierra casi recta que se asemeja a una pirámide invertida, y que, recorriendo un espacio de ocho leguas, se interna en el océano, yendo a unirse con la punta del Raz.

Su base tendrá unas cuatro leguas de anchura sobre el meridiano de Douarnenez, y en toda su extensión se encuentran las feligresías de Poullan, Benzec, Cleden, Audierne, Pont-Croix y Plogoff, y algunos caseríos diseminados por el contorno.

La parte norte de aquella bahía la forma una inmensa curva de la costa, que termina en el cabo de la Cabra, donde se encuentran las magníficas grutas de Morgat, y desde donde se divisan las montañas de Aray, veladas casi siempre por la bruma del mar; pero no estando bastante cerrada por la parte de Douarnenez, se halla expuesta de continuo a todas las tempestades, lo cual hace aquel mar peligroso en extremo; tanto, que los pescadores que se aventuran a surcarlo con sus barcas se ven con frecuencia en grave riesgo, y muchas veces tienen que pasar días enteros a corta distancia de sus costas, sin poder entrar en el puerto.

La población se halla situada a la embocadura de un pequeño río, que cuando baja la marea se queda seco, y allí es donde recalaban las barcas de los pescadores para refugiarse de las tormentas y evitar el mal tiempo, pues el dique que en la actualidad defiende aquel pequeño puerto no existía entonces, lo cual hacía que las casas situadas en la ribera fuesen azotadas por las olas.

La extremidad del mencionado riachuelo que corre por el lado del pueblo se llama Guet.

En aquella punta precisamente se hallaba situada la casita del buen Locmaillé.

Desde las ventanas laterales podía verse toda la bahía, desde Douarnenez al cabo de la Cabra, al paso que el pequeño edificio se confundía entre las rocas que lo cercaban, de suerte que se veía muy poco de él aun a bien corta distancia. No era por cierto bonito; pero sí muy sólido y seguro.

Se componía de un piso bajo, con una gran chimenea, junto a la cual se colocaban las redes mojadas y los aparejos de pescar, y de un segundo piso subdividido en tres pequeñas habitaciones con sus ventanas, desde las cuales se veía la barca del pescador, ora varada en el cauce del río, ora flotando sobre las aguas, según el capricho de la marea.

Aquella choza estaba habitada por el buen pescador Locmaillé, hombre de unos sesenta años de edad, afectuoso y adicto servidor de la familia Trégolan; otro Kernan, en fin, aunque menos instruido y enérgico, el cual recibió perfectamente al conde y a su hija, manifestándoles que estaban en su propia casa y que podían disponer de ella a su arbitrio y todo el tiempo que quisieran; de suerte que al entrar allí pudieron exhalar un suspiro de alivio, considerando aquella cabaña como un hospitalario refugio.

Aunque la casa era pequeña, Henry halló medio de preparar una habitación para María, otra para el conde y una especie de gabinete para él.

Según la costumbre del país, estas habitaciones no se comunicaban con el piso bajo por la parte interior del edificio, y se subía a ellas por una escalera de piedra, construida junto a una de las paredes exteriores.

La gran sala del piso bajo era más que suficiente para el viejo Locmaillé y para Kernan, que había resuelto hacerse pescador, hasta que llegasen mejores tiempos.

No tardó cada cual en instalarse en el departamento que se le había asignado. Un buen fuego de sarmientos empezó a chisporrotear bien pronto en la habitación de María, y media hora después de haber llegado a Douarnenez, se hallaba alojada como si estuviese en su casa.

Entonces fue cuando, por primera vez después de tan azarosos días, pudieron quedar solos el padre y la hija, habiéndose retirado los demás a sus respectivos aposentos, respetando su mutuo dolor y aquel aislamiento tan necesario a entrambos.

Kernan empezó, ayudado por el buen Locmaillé, a preparar un frugal almuerzo, compuesto de pescado fresco, y de algunos huevos; de suerte que cuando el conde y su hija volvieron a bajar al piso inferior y se instalaron en él, pudieron sentarse a una mesa tosca, miserable y sin manteles, y comer en vasijas de madera ennegrecidas por el humo, es verdad, pero con el espíritu tranquilo.

—Amigos míos —dijo el caballero Trégolan—, el cielo nos ha protegido conduciéndonos hasta aquí sin el menor tropiezo; pero es preciso que ahora nos ayudemos nosotros: hablemos, pues, de nuestros planes para el porvenir.

—Hijo mío —repuso el conde—, nosotros nos sometemos gustosos a cuanto dispongáis: desde este momento pongo en vuestras manos mi vida y la de mi hija.

—Señor conde, yo creo que ya debe haber pasado la hora de vuestros grandes sufrimientos y que podemos esperar días más felices para el porvenir.

—Y yo también —añadió Kernan—. Vos, señor de Trégolan, sois todo un hombre, y mal será que no podamos, entre todos, arreglarlo de modo que salgamos con bien del conflicto en que nos hallamos. Pero decidme, nuestra llegada a este país, ¿no llamará la atención de sus habitantes?

—No; Locmaillé venía diciendo hace muchos días a todos sus vecinos, que estaba esperando de un momento a otro a unos parientes que debían pasar una larga temporada en Douarnenez.

—Bien —replicó el bretón—, pero ¿no podría extrañar este excesivo aumento de familia...?

—No; el señor conde de Chanteleine es mi tío, y la señorita María mi prima.

—Decid más bien vuestra hermana, Henry, vuestra hermana —exclamó la noble doncella con melancolía—. ¿No he sido yo la destinada por la Providencia a ocupar el lugar de aquella noble mártir?

—¡Señorita!... —repuso Trégolan con acento conmovido.

—Bien, bien, todo puede arreglarse —dijo Kernan— como habéis indicado; y yo seré primo del amigo Locmaillé, si esto no le desagrada.

—Yo me tendré por muy honrado —contestó el viejo pescador.

—Perfectamente; así se completará la familia, una familia de pescadores; no será ésta la primera que vez que mi amo y yo hayamos hecho este oficio; en nuestra juventud manejábamos los remos y los arreos de pesca bastante bien, y no creo que se nos haya olvidado la manera de conducir una barca.

—Magnífico —exclamó el caballero—; siendo así, desde mañana empezaremos a recorrer la bahía de Douarnenez; supongo que la barca está dispuesta para ello, ¿no es así, amigo Locmaillé?

—En efecto —contestó el pescador—, aparejada la tenéis y nada falta en ella.

—Amigos míos —dijo entonces el conde—, si debemos permanecer en este país; si hemos de seguir afrontando la tormenta revolucionaria que ruge en torno nuestro; si no podemos huir, para alejarnos lo más que nos sea posible de nuestros implacables enemigos, apruebo vuestro plan; pero ¿hemos de renunciar acaso a la esperanza de pasar al extranjero?

—Señor conde —contestó Henry—, si semejante proyecto fuese realizable, creed que hubiese sido el primero en proponéroslo; pero por ahora la fuga es imposible, yo mismo he intentado, hace mucho tiempo, trasladarme a Inglaterra y no me ha sido posible hallar el medio de conseguirlo. Lo único que puedo prometeros es que si se presenta ocasión propicia no la dejaremos escapar. ¡Quién sabe! Tal vez a peso de oro podamos hallarla.

—Desgraciadamente, me quedan muy pocos recursos —dijo Chanteleine con tristeza.

—Y yo no tengo más que mis brazos y mi barca que poder ofrecer —añadió el honrado pescador.

—¡Bueno, bueno! —interrumpió Kernan—. Ya pensaremos en eso más tarde; lo que es hoy, aunque fueseis diez veces más rico que en otros tiempos, y aunque tuviésemos a nuestra disposición el

mejor bergantín, no os aconsejaría que os embarcaseis. Nos hallamos en el peor mes del año, y la mar es terrible y dura al salir de la bahía; la tempestad nos arrojaría bien pronto sobre algún cabo de la costa en donde podríamos ser muy mal acogidos, y no debemos exponer a mi sobrina María a tan grave peligro. En los serenos días de la primavera, si para entonces Dios no se ha apiadado aún de Francia, pensaremos lo que conviene; pero entre tanto, no tenemos más remedio que pescar, puesto que somos pescadores, y vivir tranquilamente en esta tierra.

—Tenéis razón, amigo mío —dijo Henry— y apruebo vuestro plan.

—Yo también —añadió el conde—; tienes razón, mi buen Kernan; es fuerza que sepamos resignarnos, y que sin pedir imposibles nos contentemos con lo que Dios nos da.

—Amigos míos —exclamó entonces María—, cuando mi buen tío Kernan habla, debemos oírle y seguir sus consejos, pues es hombre de gran prudencia y cordura; bien sabe él que a mí no me hubieran arredrado los peligros del mar; pero puesto que la travesía le parece impracticable, debemos considerarnos como arribados al puerto y esperar aquí. No somos ricos, ¿y qué?... trabajaremos para atender a nuestra subsistencia, y yo por mi parte quiero también ofrecer mi contingente a la sociedad.

—¡Oh, señorita! —se apresuró a decir el caballero Trégolan—. El oficio que vamos a ejercer es muy duro, y no habéis sido educada como las mujeres y las hijas de los pobres pescadores; por cuya razón no podemos ni debemos exponeros a semejantes trabajos y a tan rudas fatigas. Además, nosotros somos bastantes para ganarnos el pan cada día.

—Y, ¿por qué no he de ayudaros, Henry, si puedo proporcionarme trabajo que esté al alcance de mis fuerzas?... ¿Creéis que si es necesario no podré coser y repasar la ropa?

—¡Ya lo creo! —interrumpió Kernan—. Como que mi sobrina trabaja como un hada; yo la he visto bordar paños de altar para la

iglesia del Palud, de los cuales se mostraría orgullosa la misma santa Ana.

—Pero ahora no se trata de paños de altar ni de ornamentos de iglesia, querido tío —dijo María—, sino de trabajos menos delicados, aunque más lucrativos.

—¡Por vida mía! —repuso Henry, que no quería de ningún modo que la joven trabajase—. Creo que os será difícil hallar labores de esa especie en este país.

—A menos que cosáis camisas gruesas para los pescadores, o para los *azules* de Quimper —se aventuró a decir Locmaillé.

—¡Oh! —exclamó el caballero.

—¡Acepto gustosa!...

—Pero, señorita, ¿seríais capaz?

—¿Por qué no? —le interrumpió Kernan—. Estoy seguro de que mi sobrina sabrá cumplir con su cometido a las mil maravillas.

—En este caso no será difícil hallar trabajo —añadió el pescador—, pero a ocho cuartos la pieza.

—¡A ocho cuartos la pieza... magnífico! —exclamó Kernan riendo—. Es decir, que mi sobrina será una verdadera costurera.

—Ése era el oficio de las señoritas de Sapinaud y de Lézardiére cuando emigraron de Mans —dijo María—, y bien puedo yo hacer lo que ellas hicieron.

—Convenido; Locmaillé te buscará trabajo.

—Bien está.

—Entre tanto —añadió Kernan—, señor conde, descansad con María lo que queda de día, mientras yo voy a visitar nuestra barca con el señor Trégolan, y mañana nos haremos a la mar.

Dicho esto, Kernan y Henry salieron encaminándose a la playa; Locmaillé se fue a la aldea, y María se quedó con su padre y se puso a arreglar el pobre ajuar de la casa.

El caballero Trégolan y el valiente bretón llegaron entre tanto a la punta de Guet, y allí hallaron la barca de Locmaillé, que estaba perfectamente aparejada; con dos largas velas, excelentes vergas y

suficientes remos; su casco era sólido y dispuesto para resistir los embates de la gruesa mar.

Algunos pescadores que se hallaban allí recomponiendo sus redes, se aproximaron a los recién llegados, y les hicieron varias preguntas con el solo propósito de entablar conversación con ellos; pero Kernan, que adivinó su objeto, les contestó como pudiera hacerlo un marino consumado, y se acreditó de perito en su oficio, dando su parecer acerca de una nubécula negra que se presentó en el horizonte y que según dijo no presagiaba nada bueno; esto no obstante, siguió haciendo sus preparativos de viaje, como hombre que lo entendía, y al día siguiente se hizo a la mar acompañado del caballero Trégolan, a quien había tomado mucho afecto.

Aquel joven era en verdad digno de ser querido por su excelente carácter y por su gran corazón; se había resignado con entereza varonil a la triste situación en que el sacudimiento revolucionario colocó a las gentes de su rango, y a pesar de sus pocos años, pues apenas contaba veinticinco, la desgracia maduró su espíritu y fijó sus ideas sin despertar en él malas pasiones.

Después de haberlo perdido todo y al verse en el mundo sin familia, solo enteramente, era natural que reconcentrase su afecto en el conde y en María, a quienes había encontrado en su camino de una manera tan extraordinaria.

Kernan lo conoció, y adivinando lo que podría sobrevenir de aquel inocente y noble afecto, se regocijó sobremanera.

En la sangre fría que mostró al adoptar la sublime decisión de salvar a María de las manos del verdugo, haciéndola pasar por su hermana, cuya cabeza había visto rodar por el cadalso; en la prudencia que demostró en su huida de Quimper; en el valor que desplegó al decidirse a tomar el rudo oficio de pescador, adivinó Kernan un carácter elevado, cuerdo y resuelto, y comprendió que Henry, que era todo un hombre, podría ser un excelente apoyo para sus amos, apoyo que no era de despreciar en aquellos momentos de trastorno social.

Cuando Kernan amaba a alguien, le amaba de veras, y no podía tener oculto su afecto; así es que se complacía en manifestar lo que opinaba acerca de Henry, en presencia del conde y sin recatarse de María.

Algunos días después de su llegada a Douarnenez, quiso Chanteleine ayudar a sus compañeros de infortunio en su penosa tarea de pescadores, y se embarcó con ellos. Su profunda tristeza no le abandonaba jamás; pero los incidentes de la pesca solían distraerle algunos instantes, lo cual dulcificaba algún tanto su pena.

Aunque de ocho días cinco se presentaban tan borrascosos que les era imposible botar al agua su barca, no dejaban de hacer buenas expediciones, pues Kernan era destrísimo en la pesca.

Vendían el pescado en la misma orilla del mar, a los expendedores de oficio, que lo enviaban después a Quimper o a Brest, quedándose siempre el que necesitaban para el consumo de la familia, de suerte que con esto y con lo que ganaba María en su trabajo de costurera, tenían lo suficiente para mantenerse muy bien y casi para considerarse felices en medio de su desgracia.

Kernan no quería que se tocara el dinero que conservaba el conde; las circunstancias podían cambiar o agravarse, y era indispensable tener un fondo de reserva, por si llegaba el caso en que fuese necesario huir de aquel asilo, o abandonar Francia.

Por lo que a él hacía, estaba firmemente decidido a no separarse de sus amos; pero si le era forzoso salir de Bretaña, lo haría a condición de volver a ella, para cumplir cierta solemne promesa de venganza que se había hecho a sí mismo, y que estaba resuelto a llevar a cabo, aunque nunca hablaba de ello, absteniéndose hasta de pronunciar el nombre de Karval para que no pudiesen sospecharse sus intenciones.

Mientras duraba la pesca, se habían combinado de modo que nunca se quedaba sola María, pues la acompañaban siempre, o bien su padre, o bien el viejo pescador, que ya le profesaba el más respetuoso cariño.

La llegada de aquella simpática familia, ni sorprendió ni extrañó a nadie en el país; la consideraron desde luego unida por lazos de parentesco con el honrado Locmaillé, y al verla tan laboriosa y tan amable acabaron por apreciarla todos. Además, todos sus individuos vivían sumamente retirados y ocupándose de continuo en su trabajo, sin tener relaciones fuera del país; así si el ruido de la Revolución llegaba alguna vez a aquellas costas, se estrellaba en la puerta de su cabaña.

El día 1 de enero de 1794, se presentó Henry a María, que se hallaba con el conde y Kernan, y le ofreció una sortija muy sencilla, como presente de Año nuevo.

—Se lo suplico, señorita —le dijo con voz conmovida—, que aceptéis esta sortija como recuerdo de mi pobre hermana.

—¡Ah, Henry!... —exclamó la joven; y deteniéndose al pronunciar estas palabras, miró alternativamente a Kernan y al conde, arrojándose en brazos de éste y vertiendo sobre su pecho un raudal de lágrimas. Después levantó la cabeza, y dirigiéndose ruborosa al caballero, le dijo, presentándole la mejilla con timidez:

—Henry, no tengo otra cosa que poderos ofrecer a cambio de vuestro delicado regalo.



El joven rozó castamente con sus labios aquella fresca y purísima mejilla; pero sintió latir su corazón con tal fuerza que parecía quererle salir del pecho.

Kernan sonrió con satisfacción, y el conde unió involuntariamente en su pensamiento los nombres de Henry de Trégolan y de María de Chanteleine.

Capítulo X

LA ISLA TRISTÁN

El mes de enero se deslizó apaciblemente para los huéspedes del viejo Locmaillé, los cuales empezaban a abrigar en sus pechos la esperanza de ser menos desgraciados.

Trégolan se sentía cada vez más atraído por la hermosa María; pero ella, comprendiendo su situación, se esforzaba en ocultar sus sentimientos, y ponía tanto empeño en disimular su amor como otra hubiera puesto en darlo a conocer; así es que nadie se apercibió de aquella tierna pasión, más que Kernan, el cual tenía muy buen ojo y se decía a sí mismo:

—Esto marcha, y al fin se hará... ¡y a fe que nada puede suceder que fuese mejor!...

La aldea de Douarnenez disfrutaba entre tanto de una completa tranquilidad, la cual no se turbó más que una sola vez, y fue de este modo:

Frente a la casita de Locmaillé, al otro lado del río y a menos de medio cuarto de hora de distancia, casi tocando a la costa había un islote formado de un solo peñasco, árido e inculto, en cuya cúspide ardía por las noches una hoguera que iluminaba con sus reflejos, en medio de la oscuridad, la entrada del puerto.

Llamaban los naturales del país a aquel peñasco la isla *Tristán*, y su nombre estaba bien justificado por su aspecto melancólico y sombrío.

Kernan había observado que los pescadores miraban con horror aquel promontorio y que evitaban con cuidado aproximarse a él; algunos de ellos cuando pasaban a corta distancia de sus rocas, levantaban los puños en señal de amenaza; otros se santiguaban con recelo, y las mujeres asustaban a los niños revoltosos nombrándoles la *isla maldita*.

Se hubiera creído que encerraba un depósito de leprosos o que en ella existía un lazareto.

Era, en fin, un lugar de maldición, del que todos tenían miedo.

Muchas veces decían los pescadores:

—El viento sopla del lado de la isla Tristán... mala mar tendremos y alguno se quedará en ella.

Estos temores eran infundados a todas luces; pero con todo, aquel lugar pasaba como siniestro en toda la costa, no obstante lo cual estaba habitado, pues de vez en cuando se distinguía un hombre vestido de negro vagando por la roca, a quien las pobres gentes de Douarnenez señalaban con el dedo gritando:

—¡Hele allí!... ¡miradle!... ¡miradle!...

Muchas veces aquellas indicaciones iban acompañadas de amenazas, pues gritaban todos a una voz:

—¡Muera!... ¡Muera!...

Entonces el hombre vestido de negro se ocultaba en una especie de choza medio derruida que descollaba en la cumbre del islote.

Aquel incidente solía repetirse de vez en cuando, y Kernan, que se lo había hecho notar al conde, acabó por interrogar acerca de él al buen Locmaillé.

—¡Ah!... ¿Conque lo habéis visto también?...

—Sí —contestó el conde—. ¿Y decidme, amigo mío, podríais explicarnos quién es ese infeliz que parece hallarse proscrito de la sociedad de los hombres?

—Ése es el *Maldito* —dijo el pescador, con aire rencoroso.

—Pero ¿qué Maldito es ése? —preguntó Kernan.

—Yvenat, el *jurador*.

—¿Quién es ese Yvenat?

—Mejor es que no hablemos de él —contestó Locmaillé, y procuró mudar de conversación.

Nada, pues, pudieron sacar en limpio de las respuestas del pescador, ni Kernan ni su amo; pero algunos días después, hallándose reunidos todos los habitantes de la cabaña en una de las primeras tardes del mes de febrero, el mismo Locmaillé hizo recaer la conversación sobre aquel asunto.

Estaban todos sus huéspedes en derredor de un gran fuego que ardía en la chimenea del piso bajo de la casa; el tiempo era crudísimo; la lluvia caía a torrentes, y el viento silbaba con violencia en el exterior, estremeciendo a su impulso las puertas y las ventanas, cuyas tablas rechinaban al resistir sus embates; por el largo cañón de la chimenea penetraban torbellinos de aire que agitaban la llama del hogar y esparcían el humo por todos los ámbitos de la cocina.

Toda la familia guardaba silencio, pues cada uno de sus individuos se hallaba absorto en sus reflexiones, oyendo con cierta melancolía el rumor de la tempestad, cuando el buen Locmaillé levantó de improviso la voz, diciendo como si hablase consigo mismo:

—Buen tiempo y buena noche para el *jurador*, a fe que no se podrían escoger otros mejores...

—¿Acaso te refieres a ese Yvenat de la isla? —preguntó Henry.

—En efecto, a ese maldito me refiero; pero aunque sigamos oyendo hablar de él, ya no le volveremos a ver.

—¿Y cómo es eso? —pregunto Kernan.

—¡Yo me entiendo! —murmuró el pescador y volvió a guardar silencio, entregándose de nuevo a sus reflexiones; pero de vez en cuando prestaba atento oído como si esperase algún rumor que no fuese el de la tempestad.

Entonces, dirigiéndose Chanteleine a Henry le preguntó:

—Según parece, amigo mío, vos conocéis la historia de este desgraciado; decidme, pues, ¿podrías contarnos quién es ese Yvenat a quien todos maldicen?

—Sí, Henry, hablarnos de él —añadió María—; muchas cosas he oído de ese infeliz, e incluso le he visto alguna vez vagar por la isla Tristán, pero nunca he podido saber su historia.

—María, ese Yvenat —contestó Henry—, es un clérigo constitucional de los juramentados, un *jurador* como dicen aquí; la municipalidad de Quimper le impuso a la fuerza a esta feligresía; pues no bien se retiraron los *azules* que le habían acompañado hasta aquí, cuando empezó a demostrarse el descontento popular en tales términos, que para evitar los efectos de la pública indignación, se vio obligado a refugiarse en ese islote.

—¡Ah!... Ya lo comprendo —repuso el conde—; ¿conque Yvenat es uno de esos clérigos que jurando la Constitución se han adherido a la ley civil que se relaciona con las sagradas instituciones de la Iglesia?

—En efecto, así es —dijo Henry—, de modo que en cuanto se quedó solo en el país, y sin el apoyo de los que vinieron a instalarle violentamente en él, ya veis la triste situación a que ha quedado reducido; tuvo necesidad de apelar a la fuga, y entrando en la primera barca que encontró a mano, se trasladó a la cumbre de ese islote, en donde se alimenta de ostras y cangrejos.

—¿Y cómo es que no se escapa? —preguntó Kernan.

—Porque los pescadores no permiten que se aproxime chalupa alguna a la isla; de suerte que ese infortunado acabará por perecer de hambre y de miseria.

—Ya lo creo —murmuró Locmaillé—, y a fe que eso no puede tardar.

—¡Desventurado! —exclamó el conde exhalando un suspiro—; ¡he aquí lo que ha ganado con adherirse a la organización civil del clero! No ha comprendido el sublime papel que hace el sacerdote en estos tiempos de trastornos políticos y de terror.

—En efecto, su misión es muy noble —dijo Trégolan.

—Más noble —añadió el conde con entusiasmo— que la de los vendeanos y los bretones que hemos corrido a empuñar las armas en defensa de la santa causa. Yo he visto muy de cerca a esos ministros del Altísimo; los he visto bendiciendo y absolviendo a un ejército entero postrado de rodillas antes de dar una batalla; los he visto celebrando el santo oficio de la misa, en una colina sin más altar que una piedra con una tosca cruz de leño, sin más cáliz que un vaso de barro y sin más ornamentos que un trozo de tela grosera. Después los he visto arrojar en medio de la pelea, con un crucifijo en la mano, socorriendo, consolando y absolviendo a los heridos y a los moribundos, hasta debajo del fuego de los cañones republicanos; y allí me han parecido más venerables que en medio de las pomposas ceremonias de una catedral.

Hablando así, el conde parecía hallarse animado por el sagrado fuego de los mártires, su mirada brillaba con el fulgor del entusiasmo católico, y su acento revelaba tan profunda convicción, que era fácil reconocer en él uno de aquellos héroes dispuestos siempre a sacrificar su existencia en defensa de la fe.

—Al contemplar la sublime figura de aquellos sacerdotes —añadió el conde—, si no hubiese sido esposo y padre, hubiera querido ser clérigo.

Todos los que se hallaban presentes miraron al conde con admiración; en aquel momento su semblante resplandecía con el fuego del entusiasmo.

Pero de improvisto se percibió, en medio del fragor de la tormenta, un rumor sordo e inusitado. Gritos de amenaza humana se mezclaban con los amenazadores rugidos de los desencadenados elementos. Aquel ruido era indescriptible para los huéspedes de Locmaillé; pero el viejo pescador debía de saber sin duda lo que significaba, pues levantándose con gran prisa exclamó:

—Bueno. ¡Ya están ahí! ¡Ya están ahí!

—¿Qué es lo que sucede? —preguntó Kernan; y lanzándose hacia la puerta descorrió el pasador. Una ráfaga de viento empujó ambas hojas con violencia; pero gracias a la gran fuerza del bretón,

pudo éste evitar que se abriesen completamente y consiguió cerrarlas de nuevo; mas la rápida ojeada que lanzó al exterior le bastó para ver que a lo largo de la ribera brillaban, en medio de la oscuridad, gran número de teas encendidas, cuyas llamas oscilaban agitadas por el soplo del vendaval.

Al propio tiempo llegaron a su oído gritos amenazadores, que de vez en cuando dominaban el mugido de las olas.

Siniestras escenas iban sin duda a tener lugar aquella noche.

Antes de la Revolución francesa eran mirados los clérigos en toda Bretaña con una verdadera veneración, pues aquellos sacerdotes no se habían contaminado, en tan pacíficas provincias, con el espíritu de intolerancia dominadora, que reinaba en el resto de la nación.

En aquel rincón de Francia, conservaban los sacerdotes el espíritu evangélico; eran humildes, laboriosos y benéficos, pertenecían en general a las mejores familias del país, y aunque era crecido su número, nadie pensó jamás en quejarse de su conducta.

En cada parroquia había por lo menos cinco de ellos, de suerte que sólo en el departamento de Finisterre existían mil quinientos clérigos.

Los curas, o rectores como se les llamaba en Bretaña, ejercían en sus feligresías un poder considerable; ellos nombraban sus acólitos y demás sirvientes de la iglesia; el registro del estado civil les estaba encomendado, como asimismo los contratos públicos y los testamentos; casi todos eran inmuebles y tenían bajo sus órdenes gran número de clérigos jóvenes, que vivían entre las gentes del pueblo, cuidando de instruirlos en sus deberes religiosos.

Cuando se decretó la constitución civil del clero, cuando se exigió a éste que se adhiriese a ella prestándole su juramento, los sacerdotes franceses se dividieron en juramentados e injuramentados, siendo los más estos últimos, a pesar de que se les colocó en la terrible alternativa de jurar o de elegir entre la prisión y el destierro. Con el propósito de que se cumpliera tan dura ley se ofreció la suma de treinta y dos libras a todo delator que presentase

en los distritos un recalcitrante, y como si no bastase, el 26 de agosto de 1792 se promulgó una ley disponiendo la deportación en masa de todos los sacerdotes no juramentados.

Por espacio de algún tiempo pudieron los clérigos refractarios sustraerse a las delaciones y a la persecución de sus enemigos; pero el odio y la malevolencia de éstos iba creciendo de día en día, y al fin fueron aprisionados, desterrados o asesinados todos los sacerdotes que no quisieron jurar, quedando departamentos enteros sin sus directores espirituales.

Esto es lo que había acontecido en Finisterre: la revolución acosó al clero con una tenacidad extrema, le persiguió de muerte y consiguió al fin hacerle abandonar todas las parroquias de aquel departamento, que quedaron sin los auxilios religiosos.

Entonces dispusieron las municipalidades que las ocupasen los clérigos juramentados; pero los feligreses no sólo se negaron a someterse a su dirección, sino también a recibirles en sus aldeas. En más de una población hubo luchas y hasta batallas encarnizadas, después de las cuales los campesinos consiguieron arrojar de sus localidades a los juramentados; y la toma de posesión de algunos curas hizo correr en abundancia la sangre de muchos infelices.

En Douarnenez se presentaron el día 23 de diciembre de 1792 los nacionales de Quimper a dar posesión de su curato al clérigo Yvenat.

Este sacerdote no era por cierto un mal hombre, sino, por el contrario, un clérigo excelente, que antes de haberse suscitado la gravísima cuestión del juramento había cumplido de una manera ejemplar con los deberes de su sagrado ministerio.

Su recta conciencia no le permitió negarse a jurar una constitución, que después de todo había sido sancionada con la firma del rey Luis XVI, y no por haber jurado aquella constitución, dejó de ser un hombre ejemplar.

Pero esto no obstante, a los ojos de los fanáticos habitantes de la costa, se presentaba simplemente como un *jurador*; y no hubo

medio de disuadirles de aquella fatal obcecación.

Desde el primer día de su llegada le recibieron con desdén; era cuestión de sentimiento y ni un solo vecino de Douarnenez se prestó a servirle en el presbiterio; le cortaron las cuerdas de las campanas para que no pudiese convocar a los fieles a los oficios divinos; ni un solo muchacho se prestó a ayudarle en el sacrificio de la misa, pues todas las madres lo habían prohibido severamente a sus hijos; nadie, en fin, quiso facilitarle ni siquiera el vino indispensable para el servicio del altar.

En vano tentó todos los medios posibles para vencer aquella reprobación general; nadie le dirigía la palabra ni le devolvía el saludo; pero no paró aquí tan dura prueba; los primeros que le hablaron fue para injuriarle; de la injuria a los malos tratamientos no había más que un paso, y ese paso se dio: los muchachos llegaron al extremo de arrojarle piedras, obligándole a no salir de casa; entonces vino la calumnia; le acusaron de estar obrando maleficios en su retiro; le hicieron responsable de las tempestades que solían repetirse con frecuencia, y le atribuyeron a él la pérdida de cuantas barcas naufragaron desde su llegada al país. Entonces la ira de aquellas fanáticas gentes llegó a su colmo, y pasando de los insultos a las amenazas, y de las amenazas a las más violentas agresiones, obligaron a aquel infeliz a abandonar el presbiterio, y a refugiarse en el islote Tristán, en donde los pescadores le dejaron abandonado, condenándole a perecer de hambre, pues ya hacía más de un mes que se hallaba allí, sin más alimento que las escasas hierbas que crecían en las rocas y algunos mariscos que solía hallar en el borde de las aguas.

Pero como el fanatismo es tan implacable como ciego, los habitantes de Douarnenez no se contentaron con haber condenado al más horrible ostracismo a aquel sacerdote juramentado.

Los bretones que habían escapado con vida de las últimas batallas, en que los vendeanos fueron vencidos por los soldados de la república, al regresar fugitivos a sus hogares, aumentaron con sus lastimeros relatos el odio que el país sentía contra todo lo que

se relacionaba con la Revolución. La vuelta de aquellos que habían estado combatiendo por espacio de diez meses lejos de sus casas aumentó las necesidades de casi todas las familias; el malestar general crecía a cada instante, y todas aquellas miserias eran atribuidas a la presencia del sacerdote maldito, como llamaban al infeliz Yvenat.

Después de haberse contentado por espacio de muchos días con maldecirle desde lejos, su odio les inspiró un proyecto que revelaba un fondo de crueldad apenas concebible en aquellos rudos, pero sencillos pescadores.

Por fin, el momento en que debía tener lugar la explosión de tantos rencores había llegado, y se manifestaba con los gritos de furor que Kernan oyó entre los rugidos de la tempestad al entreabrir la puerta de la cabaña.

Henry de Trégolan había referido a sus compañeros la historia del clérigo Yvenat, y los odios que había despertado en el país, de suerte que cuando el bretón hizo saber al conde y a María lo que acababa de ver y de oír, todos comprendieron que aquellas voces de amenaza se dirigían contra el infeliz juramentado y que su vida estaba en peligro.

No cabía en los nobles corazones de Chanteleine y de sus amigos la idea de que un hombre pudiese perecer a manos de la muchedumbre, sin darle socorro; así es que el conde, Trégolan y Kernan se dirigieron a la puerta, impulsados por un mismo sentimiento.

—¿A dónde vais, padre? —preguntó María con sobresalto.

—A impedir un crimen, —dijo el conde con entereza.

—Deteneos, señor —añadió Kernan cerrándole el paso—; el caballero Trégolan y yo nos bastamos para impedir ese crimen, y la señorita María no puede quedar aquí sola; permaneced, pues, a su lado; y nosotros marcharemos, pues no hay tiempo que perder.

—Vamos allá —exclamó Henry, y apretando la mano al conde se lanzó fuera de la casa siguiendo los pasos de Kernan, mientras el

viejo Locmaillé movía la cabeza tristemente en muestra de desaprobación.

Trégolan y el bretón se precipitaron hacia el lado de la playa en que se oían distintamente los gritos que el viento llevaba hacia ellos.

A los pocos pasos divisaron ya una confusa muchedumbre de hombres, mujeres y niños, que corrían en medio de la más deshecha tempestad, agitando teas encendidas y lanzando terribles imprecaciones. Allí se habían reunido los habitantes de Douarnenez, de Pont-Croix, de Poullan y de Crozon, y después de una corta conferencia, se pusieron en marcha atravesando la ribera de la Guet, y yendo a parar delante del islote de Tristán.

Kernan y Henry habían maniobrado de tal modo que se hallaban al frente de las turbas cuando éstas hicieron alto.

Pensar siquiera en detener a aquellos furiosos hubiera sido una *locura*; más fácil era arrebatarles su víctima.

En aquel momento, los pescadores más exasperados se arrojaron a sus barcas y remaron con vigor hacia el islote, mientras la multitud quedaba en la ribera lanzando sus gritos de amenaza.



—¡Muera! ¡Muera el *jurador*! —decían unos agitando sus hachones encendidos.

—Rómpanle el cráneo con los remos —añadían otros, cerrando los puños en ademán colérico.

El desventurado sacerdote, a quien habían despertado aquellos inusitados clamores, salió despavorido de su choza, y, adivinando desde luego las intenciones de aquellos fanáticos, comprendió que le amenazaba una muerte horrorosa y trató de huir, con el cabello en desorden y azotado por el vendaval, con el rostro desencajado y la sotana hecha jirones.

Pronto sus encarnizados enemigos abordaron el islote, y saltando a él corrieron en busca del maldito, blandiendo los remos y agitando las teas.

Kernan, que había sido de los primeros en arrojarse a las barcas, saltó también a tierra delante de todos, y, fingiéndose el más furioso de los pescadores, se precipitó en busca del sacerdote sin que nadie pudiese igualarle en velocidad.

El desventurado Yvenat huía entre tanto en dirección al mar, y al fin llegó a una roca en la cual no le quedaba más remedio que perecer a manos de sus perseguidores o morir tragado por las olas.

En tan supremo instante se pintó en su lívido rostro la inmensa angustia de la muerte...

Tres marineros se aproximaban a él con los remos levantados... Todo había terminado para aquel infeliz... entonces levantó los ojos al cielo y cayó de rodillas; pero antes de que pudiesen herirle sus perseguidores, Kernan, que les llevaba algunos pasos de ventaja, se arrojó sobre él y estrechándole con vigor entre sus robustos brazos se lanzó al mar con su presa, perdiéndose entre las negras olas.

—¡Kernan! —exclamó con angustia el caballero Trégolan, que era otro de los que habían saltado en las lanchas, y que acababa de llegar en compañía de los marineros.

—¡Mátale! ¡Mátale! —gritaron éstos inclinándose hacia el mar, y adelantando sus teas para ver si podían distinguir a su víctima.

Kernan apareció en la superficie de las aguas sin que nadie pudiese verle, llevando sobre su espalda al sacerdote, asido por la cintura con la mano izquierda.

—Asíos bien a mí, que voy a salvaros —dijo al subir a flor de agua.

—Gracias —contestó Yvenat, alentando apenas—. ¿Pero cómo?

—Ganando un punto cualquiera de la costa... no temáis y agarraos bien.

El sacerdote, sin poder darse cuenta de lo que le ocurría, ni de dónde le había venido aquel inesperado socorro, sólo comprendió

que podía salvarse, y se abrazó con fuerza al vigoroso bretón, que nadaba rápidamente hacia la orilla, en tanto que resonaban gritos de muerte en medio de las tinieblas.

Al cabo de una media hora, Kernan y el sacerdote arribaron a la costa, mucho más allá del islote Tristán. Yvenat se hallaba aniquilado por el terror y la fatiga.

—¿Podéis andar? —le preguntó el bretón.

—Sí, amigo mío, sí —contestó el eclesiástico haciendo un esfuerzo supremo para mantenerse en pie y caminar.

—Entonces, diríjense hacia los campos; procuren apartarse de las casas; la oscuridad de la noche les favorece; aprovéchense de ella y hagan lo posible para que la luz del día los halle en el término de Brest o en el de Quimper.

—Pero ¿quién sois vos, a quien tanto debo?

—Soy un enemigo vuestro —respondió Kernan—; vayan con Dios y que el cielo os guíe y os perdone, si es que aún tiene piedad de vos.

El pobre sacerdote quiso estrechar la mano de su libertador, en señal de gratitud; pero éste se había alejado rápidamente y se hallaba ya a larga distancia.

Entonces el sacerdote se arrastró por aquella llanura inculta y arenosa, desapareciendo entre las sombras de la noche.

Kernan había vuelto a tomar el camino de la costa, y se volvió a meter entre la multitud de los pescadores.

—¿Y el Maldito? —le gritaron cien voces a la par.

—¡Ha muerto! —contestó lacónicamente el bretón.

Un profundo silencio siguió a aquella breve respuesta; pero nadie pudo oír que Kernan decía al oído al caballero de Trégolan:

—Señor, al fin he podido salvarle; ésta es una buena acción por la que tendré que hacer algunos días de penitencia.

Capítulo XI

ALGUNOS DÍAS DE BIENESTAR

Después de aquella terrible noche en el que la cólera de un pueblo entero se había desencadenado contra un hombre solo, la aldea de Douarnenez volvió a su calma habitual, sin que sus sencillos habitantes, que habían emprendido de nuevo sus acostumbradas faenas con más confianza, pensasen siquiera, cuando se vieron desembarazados de su párroco, en las terribles represalias que los republicanos podrían tomar al saber lo que había ocurrido con aquel sacerdote juramentado.

No sucedió lo mismo respecto al conde y a sus amigos, los cuales temieron que el primer uso que iba a hacer el fugitivo de su libertad era denunciar la agresión de los vecinos de Douarnenez, ante los delegados de la Convención; y por consiguiente esperaban recelosos que de un momento a otro llegaran los nacionales de Quimper, cuya visita había de poner en grave riesgo la vida de Chanteleine y de su hija.

Por espacio de unos días experimentaron pues, los huéspedes de Locmaillé una constante zozobra, y hasta Kernan empezó a hacer varios preparativos por si era necesario emprender una marcha repentina; pero felizmente pasaron algunas semanas sin que ningún acontecimiento extraordinario viniese a justificar aquellos

temores de una invasión republicana, lo cual devolvió poco a poco la tranquilidad al conde y a sus amigos.

Sin duda Yvenat no había podido llegar hasta Quimper, y había caído tal vez en manos de sus irritados feligreses de otra población; o no había querido vengarse de los que tan mal le trataron, prefiriendo ocultarse.

Otra suposición hicieron también: dadas las circunstancias que atravesaba la nación, era posible que las municipalidades de las ciudades vecinas no hubiesen tenido ni tiempo ni humor de vengar los agravios que de sus feligreses había recibido el presbítero Yvenat, en aquellos momentos críticos en que debían tener fija toda su atención en el levantamiento en masa de la Vendée, para poder evitar los progresos de la chuanería que empezaba a pulular por todas partes.

Sea lo que fuere, lo cierto es que la calma que reinaba en Douarnenez no volvió a alterarse.

El conde fue recobrando poco a poco la esperanza de vivir tranquilo que había perdido, y su pensamiento volvió a fijarse en sus melancólicas meditaciones, y en sus peregrinas quimeras.

Mirándole con atención, se veía lo mucho que le habían envejecido en poco tiempo sus grandes infortunios.

Kernan se alarmaba, cuando alguna vez fijaba en él sus ojos, y creía adivinar que preocupaba su espíritu alguna idea extraordinaria que no podía comprender el fiel bretón habituado a compartir con el conde todas las penas que aquél sufría; pero su respeto hacia Chanteleine le impedía no sólo manifestarle su pena, sino también dirigirle la más insignificante pregunta acerca del tenaz silencio que se había propuesto guardar.

La pobre María también había reparado que su padre se iba ensimismando de día en día. Casi siempre que entraba en su cuarto, le hallaba de rodillas y rezando con el más ardiente fervor. Entonces ella se retiraba silenciosamente; pero profundamente conmovida y experimentando una indefinible inquietud, que no

ocultaba a Kernan, el cual no sabía cómo tranquilizarla, puesto que él era víctima de la misma inquietud.

Entre tanto los días se iban sucediendo unos a otros, y se deslizaban con esa monotonía que imprimen a la existencia los sucesos ordinarios de la vida.

La pesca a que estaban dedicados y en la que consumían casi todas sus horas, el caballero de Trégolan y el buen Kernan, iba bastante mal hacía algún tiempo, a consecuencia del estado del mar, de suerte que los huéspedes del viejo Locmaillé se veían con mucha frecuencia obligados a consumirla para su manutención en vez de venderla.

El invierno había sido muy riguroso aquel año.

La bella María trabajaba sin cesar en su costura, cosiendo gruesas camisas de lienzo crudo, y sus dedos, a pesar de ser en extremo delicados, la sacaban victoriosa, como suele decirse, de aquel rudo e ingrato trabajo.

Algunas veces el mismo Henry se veía obligado a ayudarla, haciendo los gruesos dobladillos que se resistían a sus delicados dedos por lo áspero de la tela, y así ocupaba los momentos que le dejaba libres su oficio de pescador, tomando el de sastre.

En aquella época, más de un noble proscrito y más de un ilustre emigrado se vieron obligados a dedicarse a trabajos mecánicos o manuales para ganarse la vida, adiestrándose en el ejercicio de cualquier oficio, sin que por ello creyeran rebajar la elevada clase a que pertenecían.

Henry cometía frecuentemente torpezas que probaban su falta de costumbre y su ninguna práctica en aquellos trabajos mujeriles, lo cual hacía sonreír a María.

Sin embargo, su ayuda le era útil, y con ella unas veces y sola otras ganaba siete u ocho cuartos diarios.

En aquellas horas en que solían trabajar juntos ambos jóvenes, Henry contaba todos los sucesos de su vida y toda la historia de aquella pobre hermana a quien tanto había amado, vertiendo por

ella alguna furtiva lágrima. Entonces María procuraba distraerle y sus palabras eran un bálsamo consolador para el corazón de joven.

—Henry, —solía decirle— ¿acaso yo no puedo ser vuestra hermana; no puedo reemplazar a vuestro lado; aquella santa mártir cuya muerte salvó mi vida?...

—¡Oh, sí! —contestaba el caballero—. Sois mi hermana, pues sois tan bella y tan buena como ella, tenéis el mismo corazón y sus mismos ojos, y vuelvo a encontrar en vos toda su alma: sí, sí, sois mi hermana, mi hermana querida.

Después de hablar así se callaba de improviso, y muchas veces se alejaba para no seguir hablando; pues sentía en su pecho un afecto más vivo que el cariño fraternal, afecto que llenaba completamente su ser.

La joven María, aun cuando no acertaba a darse cuenta de lo que pasaba en su corazón, sentía deslizarse en él una emoción desconocida, pero atribuía aquel sentimiento delicado a un exceso de gratitud hacia su salvador.

Sin embargo, el secreto de tales sentimientos no podía permanecer mucho tiempo oculto en aquellas almas generosas sin transparentarse dándose a conocer mutuamente.

El que ama verdaderamente se ve con frecuencia dominado por su amor, se siente obligado a hablar, y como Henry no se atrevía a revelar sus verdaderos sentimientos a María, buscaba a Kernan y le hacía el confidente de su casta pasión.

Kernan, que lo veía y lo sabía todo, dejaba obrar a Trégolan, el cual le hablaba valiéndose de ciertos rodeos, no atreviéndose a explicarse claramente.

—Si el conde llegase a faltar —le dijo un día—, si ocurriese tan terrible desgracia, ¿qué sería de la pobre María? ¿Qué situación sería la suya? ¿Cómo podría librarse de la persecución de sus enemigos?

—Me tendría siempre a su lado —respondió el bretón con vehemencia, aunque sonriendo de una manera particular.

—Lo creo —añadió Henry—, lo creo; pero ¿quién sabe qué destino os reserva la Providencia? Si el conde os volviera a enviar a pelear bajo las banderas del ejército católico, en ese caso ¿quién protegería a María?

Kernan hubiera podido contestar fácilmente, que ni el conde ni él abandonarían nunca, y mucho menos a la vez, a la bella joven; pero fingió admitir la hipótesis del caballero como si fuera irrefutable, y dijo con ademán pensativo:

—En efecto, si eso ocurriera, ¿quién la protegería? ¡Ah, señor de Trégolan! Tenéis razón, le faltaría un generoso corazón que la amase y el fuerte brazo de un marido que la defendiese... Pero ¿quién querría cargar en las presentes circunstancias con esa pobre doncella proscrita y sin bienes de fortuna?

—Eso no —repuso Henry con vivacidad—, no se necesita ser muy temerario para hacerlo, conociéndola como nosotros la conocemos. María ha pasado ya por pruebas terribles y es seguro que será una esposa modelo, como pudiera necesitarla y desearla un hombre honrado, para atravesar los calamitosos tiempos que corremos.

—Tenéis mucha razón —dijo Kernan—; si la conociesen; pero nadie la conoce, y no hay apariencia alguna de que encontremos en esta pobre aldea de Douarnenez el marido que conviene a mi noble sobrina.

Hablando así el bretón quería obligar al joven caballero a expresarse con más claridad, pero sus palabras produjeron el efecto contrario, pues Trégolan creyó adivinar en ellas una completa desaprobación de sus sentimientos, y aquel día no volvió a hablar del asunto, lo cual no dejó de disgustar mucho a Kernan.

Pasó el mes de febrero; durante los días de trabajo cada cual se ocupaba en las faenas a que se había dedicado, y los domingos se reunían todos en el piso bajo de la casa, y el conde leía los oficios divinos con gran fervor, mientras los demás elevaban al cielo sus plegarias, rogando por los mártires de su causa, y pidiendo también,

como buenos cristianos, todos menos Kernan, por el descanso de sus enemigos.

El bretón era la única excepción entre aquellas almas piadosas, pues no era cristiano hasta el extremo de olvidar las injurias que había recibido, así es que sus plegarias nocturnas terminaban siempre con un terrible juramento de venganza.

Cuando el tiempo mejoraba, y el cielo se mostraba sereno, Kernan solía proponer algunos paseos por la orilla del mar. La mayor parte de las veces el conde no les acompañaba, prefiriendo quedarse meditando en casa: entonces María, Henry y Kernan salían de ella, trepaban por las rocas para subir a la colina en que está asentada la aldea de Douarnenez, seguían el camino real hacia la iglesia que domina la bahía, y desde allí se perdían sus miradas por aquel mar que limita el horizonte, y que entraña tempestades tan peligrosas como las del océano.

¡Cuán grandioso es el cuadro que presenta a la vista aquella bahía cuando la agitan los vientos enfurecidos por la tempestad! A veces se percibían allá en el fondo algunas barcas rezagadas que, con las velas recogidas, o tomados los rizos, luchaban con las olas a merced del vendaval, desapareciendo con frecuencia a la vista de los que las contemplaban y apareciendo de nuevo, para ser arrastradas por las impetuosas corrientes lejos del puerto; desde aquel punto culminante los ojos seguían divisando hasta lo último de la punta de aquel inmenso promontorio que se interna en el mar.

Henry, que se hallaba muy al corriente de todo lo que se relacionaba con aquel territorio, llamaba la atención de sus compañeros, y les entretenía explicándoles sus particularidades, y diciéndoles los nombres de todos los campanarios, aldeas, pueblos o caseríos que se divisaban a lo lejos, esto es, de Poullan, Beuzec, Pont-Croix, Plogoff y otros que en aquella época representaban otras tantas parroquias sin pastor.

Los paseos eran otras veces en dirección distinta, y se prolongaban por el lado de Sainte-Anne de la Palud, dando la vuelta a la bahía, desde cuyo punto se distinguía en lontananza la cadena

de montañas de Aray, que parecía haberse tendido fatigada a lo largo de la playa en la orilla del mar.

Otros días, los paseantes andaban sin fatigarse cuatro leguas de terreno, e iban a oír el rugido de las olas del océano desde la punta del Raz.

Allí la resaca producía efectos tan maravillosos como terribles en las rocas de aquella pequeña bahía, de fatídico nombre, pues se llama bahía de los Difuntos.

Aquel espectáculo de las olas irritadas impresionaba mucho a María, que apretaba el brazo de Henry, en que se apoyaba, cuando una nube de espuma, arrebatada por el viento, caía convertida en ruidosa catarata cerca de ellos.

En aquel país también se contaban antiguas y fantásticas leyendas que Henry refería a sus compañeros de paseo. La más célebre era la de la hija del rey Canuto, que había dado al diablo las llaves de un pozo sin fondo, en aquellos remotos tiempos en que existía una gran llanura de tierra firme en el mismo lugar que hoy ocupa el puerto; y habiendo abierto el demonio con mano impía las puertas de aquel pozo, brotaron las olas impetuosamente, anegando los pueblos y las ciudades de la comarca, ahogando a todos los habitantes del país y formando aquel brazo de mar que tomó, andando el tiempo, el nombre de bahía de Douarnenez.

—La época en que se creían tales cosas —añadía Henry sonriendo— era una época bien singular.

—Sin embargo —preguntó Kernan— ¿no valía algo más que nuestros desdichados tiempos?

—No —repuso Trégolan—, de ninguna manera, pues los tiempos de ignorancia y de superstición son siempre fatales, y nada bueno puede esperarse de ellos; mientras al presente, ¿quién sabe si cuando Dios se apiade de Francia, podrán los aterradores excesos de la humanidad producir algún provecho para el porvenir? Los designios de Dios son inescrutables; las vías que el cielo prepara a los hombres nadie puede adivinarlas, y en el mal, por grande que sea, siempre suele encerrarse algún bien.

Hablando de esta manera, y deduciendo de tales reflexiones alguna esperanza para el porvenir, volvían a casa de sus largos paseos con excelente apetito.



Aquellos días eran verdaderamente felices para María y para Henry, y, a no ser por la profunda melancolía que observaban en el conde, ambos jóvenes no hubieran deseado otra cosa que prolongar indefinidamente aquella venturosa existencia.

Sin embargo, Trégolan no se había atrevido a renovar su tentativa para conocer la opinión de Kernan, aunque había sorprendido con frecuencia al bretón, mirándole a él y a la doncella con cierta sonrisa maliciosa.

Pero María, que nada podía comprender de aquella malicia, no se recataba de hablar a su buen tío Kernan, franca y sencillamente, del caballero Trégolan, por el cual manifestaba, sin saberlo, el mayor entusiasmo.

—Tiene un excelente corazón —solía decir—, un corazón de caballero en toda la extensión de la palabra, tal que no podría yo desear un hermano más tierno y mejor que él.

Al oírla Kernan, sentía una grata satisfacción y la dejaba hablar. Entonces ella añadía:

—Algunas veces me pregunto a mí misma, si no abusamos demasiado de su generosidad, pues él trabaja sin descanso por nosotros y arrostra todo género de fatigas y de penalidades en nuestro obsequio, y para proporcionarnos el mayor bienestar posible. ¡Oh!, nunca podremos pagarle debidamente lo mucho que le debemos.

Kernan la escuchaba atentamente; pero seguía callando, y ella continuaba, suponiendo que el bretón asentía con su silencio a todas sus afirmaciones.

—Además, añade a todo eso que el pobre Henry no está proscrito como nosotros, y que tiene poderosos protectores en París, puesto que ha podido obtener el perdón de su hermana; sin embargo, permanece en este país triste, en esta cabaña miserable, condenándose voluntariamente a ejercer un oficio peligroso en que expone todos los días su existencia; ¿y todo eso por quién?... por nosotros. ¡Oh!, bien será menester que el cielo le recompense algún día tanta abnegación, pues nosotros nunca podremos hacerlo.

Kernan continuaba callando, pero sonreía al pensar que la recompensa de tantos sacrificios no estaba muy lejos...

—Pero dime —añadió María con impaciencia—, ¿es que a ti no te parece el caballero de Trégolan tan bueno como yo digo?

—Verdaderamente —respondió Kernan— que tu padre no podría desear otro mejor para hijo, ni yo, por mi parte, quisiera otro para sobrino.

Ésta fue la única alusión que se atrevió a hacer el buen Kernan; pero no supo si había sido comprendido.

Con todo, es de suponer que María, al hablar con Henry, le hiciese saber la opinión que Kernan tenía de él, pues hallándose algunos días después paseando el caballero y el bretón, el primero se atrevió por a declarar lo que sentía, y abrió su corazón al buen Kernan; ruborizándose como un niño y dejando caer las redes con aturdimiento.

—En tal caso —dijo el bretón— es necesario hablar al padre.

—¿Ahora mismo? —exclamó Trégolan asustado al ver la prisa de Kernan.

—En cuanto volvamos a casa.

—Pero... —murmuró Henry conmovido.

—Dad la vuelta al timón para que el viento nos empuje, pues estamos relingando y vamos a volcar.

A esto se redujo la respuesta de Kernan. Henry hizo girar el timón para enderezar la barca; pero lo hizo tan mal, que el bretón se vio obligado a separarle de aquel sitio y a tomar la dirección de la nave para no zozobrar.

Esto acontecía el día 20 de marzo; precisamente el día en que el conde se había mostrado más pensativo y triste que de ordinario; varias veces había cogido entre sus brazos a su hija estrechándola contra su corazón sin pronunciar una sola palabra.

Cuando Kernan volvió de pesca, una pesca de enamorados, esto es, muy mala, se dirigió a María.

—¿Dónde está tu padre? —le preguntó.

—Mi padre ha salido —respondió la joven.

—¡Ha salido! —exclamó Kernan—; esto es singular, pues no acostumbra hacerlo dejándote sola.

—¿Y no os ha dicho dónde iba? —preguntó a su vez Henry.

—No, señor; le he propuesto acompañarle, y por toda respuesta me ha dado un abrazo muy apretado y ha salido, sin permitirme seguirle.

—En tal caso esperemos su vuelta, señor de Trégolan —dijo Kernan.

—¿Teníais que hablarle? —preguntó la joven.

—Sí, señorita, —balbuceó Henry.

—Sí —añadió Kernan—, de una tontería, de nada en resumidas cuentas, y le aguardaremos.

En efecto, aguardaron. La hora de la cena llegó sin que el conde apareciese; su hija y sus amigos empezaron a impacientarse, pero pronto se alarmaron, concluyendo por experimentar una insoportable inquietud. El buen pescador Locmaillé había visto al conde dirigirse hacia el camino de Châteaulin, caminando a paso largo, y llevando un bastón en la mano como quien va de viaje.

—¿Qué significa todo eso?... —exclamó María acongojada—. ¿Cómo es posible que haya partido sin avisarnos?

Henry subió precipitadamente al cuartito del conde, volviendo a bajar a los pocos instantes con una carta en la mano la cual sólo decía estas palabras:

*«Hija mía, parto por algunos días; que Kernan vele por ti...
Ruega a Dios por tu padre.*

El conde de Chanteleine».

Capítulo XII

LA PARTIDA

Bien se entenderá el efecto que produjo en los presentes la lectura de aquellas palabras.

María prorrumpió en sollozos, y Henry no pudo, pese a sus muchos esfuerzos, consolarla.

¿Dónde había ido el conde de Chanteleine? ¿Qué había motivado aquella marcha repentina? ¿Por qué aquel secreto que el mismo Kernan no había podido penetrar?

—¿Habrá ido a pelear? ¿Habrá ido a reunirse con los *blancos*?

Éstas fueron las primeras palabras de María.

—¡Pero sin mí!... —exclamó Kernan—. ¡Imposible!...

Con todo, reflexionando que María quedaba sola en el mundo, al apartarse de ella su padre, comprendió que el conde pudo dejarle en Douarnenez para que sirviese de apoyo a su sobrina. Entonces empezaron a convenir en la posibilidad de que Chanteleine hubiese ido a reunirse con los restos del ejército católico.

Esta hipótesis era la más admisible; en efecto, la lucha continuaba más ardiente y más encarnizada cada día; pues a pesar de las guerras con el extranjero que tenía que sostener la Convención acosada por las potencias más poderosas; a pesar del Terror que dominaba en París desde la matanza de los girondinos; a

pesar de que el gobierno se hallaba en lucha abierta con muchos diputados de la Convención, y de que pocas semanas después sucumbió hasta el mismo Danton, el Comité de Salvación Pública desplegaba una actividad prodigiosa.

Pero bueno será dar a conocer lo que ciertos hombres pertenecientes a diversos partidos han pensado acerca de aquel Comité de Salvación Pública que por sus medios terribles y sanguinarios salvó a Francia libertándola de los horrores de la guerra civil y de los peligros de la coalición extranjera.

Napoleón dijo en Santa Elena:

—El Comité de Salvación Pública fue el único y verdadero gobierno que tuvo Francia durante la Revolución.

Monsieur de Maistre, el hombre del partido legitimista, tuvo el valor y la buena fe de convenir en esto mismo, añadiendo a su vez, que los emigrados, después de haber entregado Francia a los reyes extranjeros, no hubieran tenido nunca bastante fuerza para arrancarla de sus manos.

Chateaubriand pensaba de la misma manera sobre aquellos hombres llamados Barreré, Billaud-Varenes, Carnot, Collot-d'Herbois, Prieur de la Mame, Robert Lindet, Robespierre, Couthon, Saint-Just, Jean Bon-Saint-André, Prieur de la Côte-d'Or y Hérault-Séchelles, cuyos nombres han sido en su mayor parte execrados por la opinión pública.

Pero sea de esto lo que fuere, queriendo el Comité de Salvación Pública acabar de una vez con la guerra de la Vendée, adoptó el sistema del terror y de la devastación, y las columnas infernales dirigidas por los generales Turreau y Grignon avanzaron por aquel país después de haber derrotado a los realistas en Savenay, matando talando y destruyendo cuanto hallaban al paso: mujeres, niños y ancianos eran inmolados a su furor y nadie se escapaba de sus sangrientas represalias.

Se apoderaron del príncipe de Talmont y en el acto le dieron muerte junto al castillo de sus antepasados: D'Elbée, que se hallaba

enfermo, fue fusilado en su propia casa, sentado en un sillón entre dos de sus parientes.

El 29 de enero de 1794, Henry de la Rochejaquelein, después de haber obtenido su última victoria junto al pueblo de Nouaillé, lidiando contra las columnas incendiarias de los republicanos, avanzó hacia dos soldados *azules*, que habían sido sorprendidos en su retirada, y les intimó a la rendición; pero uno de ellos le disparó su fusil a quemarropa, y le atravesó la frente de un balazo.

Mientras esto acontecía en los campos de batalla, el Comité de Salvación Pública de París enviaba a las provincias agentes especiales con omnímodas facultades, como Carrier, que llegó a Nantes, después del 8 de octubre, y que no contento con haber imaginado lo que él llamaba las *deportaciones verticales*, puso en práctica el horrible procedimiento de aquellos barcos con válvulas para sumergir a los prisioneros del ejército de la Vendée.

Pero cuanto más se diezmaba a los realistas, más tenaces y decididos se mostraban ellos en combatir contra la Revolución.

Esto es lo que hacía posible que el conde de Chanteleine hubiese vuelto a reunirse o bien con Charette, que había reemprendido de nuevo la campaña, después de haber evacuado la isla de Noirmoutier, o bien con Stofflet, que había reemplazado a La Rochejaquelein en el mando de los *blancos* insurrectos.

El ejército católico se hallaba muy desmembrado; pero a la sazón se hacía una encarnizada guerra de partisanos. Stofflet y Charette, aquellos dos ilustres vendeanos, combatían contra los generales de la república, y el segundo de ellos, con sólo diez mil hombres, venció en todas partes, por espacio de tres meses, a los *azules*, y deshizo la división del general Haxo, a quien mató al fin.

Estas noticias se esparcieron por todas partes llegando hasta el fondo de la Bretaña; el distrito de Douarnenez se estremeció de nuevo y el entusiasmo estalló con el ruido de los combates.

Si el conde no se había trasladado a la Vendée, podía hallarse entre los chuanes.

En los últimos meses de aquel funesto año *noventa y tres*, Jean Chouan se había levantado, arrastrando en pos de sí toda la población del bajo Maine, se extendió a lo largo de la Mayena y llegó hasta el centro de Morbihan; allí podía hacer un gran papel el conde de Chanteleine, y nada hubiera tenido de extraño el que lo aceptase; ¿y por qué no?...

El caballero de Trégolan y Kernan discutían acerca de todas estas probabilidades; pero con todo, el secreto que acerca de sus designios había guardado el conde hacía vacilar a Kernan, siempre que se suscitaban tales cuestiones.

—Si todo esto fuese como pensamos, el señor conde no se hubiera ocultado de nosotros para realizar su designio —decía Kernan—. ¿Qué necesidad tenía de habernos callado el motivo de su viaje, si en efecto se proponía volver al campo de batalla?

—¿Quién sabe?

—No; de ningún modo; es preciso que haya alguna otra cosa que no podemos adivinar.

Entonces Henry o el bretón salían en busca de noticias, y hasta se exponían con sus obstinadas preguntas, por saber todo lo que ocurría en la Vendée y en Morbihan.

El rumor de un encuentro les estremecía. Sin embargo, a pesar de sus diligencias nada pudieron averiguar.

María temblaba y rogaba al cielo por su padre, y echando en torno suyo una triste mirada, se consideraba sola y casi abandonada en el mundo.

Entonces tenía momentos de verdadera desesperación, y en vano Kernan y el caballero de Trégolan trataban de infundirle ánimo, pues no podían conseguirlo.

Los días pasaban deslizándose rápidamente unos tras otros, y el conde no llegaba ni se recibían noticias suyas. Los rumores que se esparcían acerca de lo que ocurría en el teatro de la guerra eran alarmantes.

El conde había desaparecido el día 20 de marzo, y seis días después los vendeanos tomaban la ofensiva, dando un golpe

brillante que resonó en toda Francia. El día 26 del mismo mes, arrebataron a los *azules* la importante ciudad de Mortagne: en aquella acción, Marigny mandaba como jefe; Marigny, el antiguo compañero de Chanteleine, que después de tres meses de vida de vagabundo, reaparecía en la escena como vencedor.

Al llegar a los oídos de Kernan la relación de aquel brillante hecho de armas, exclamó:

—¡Allí se encuentra mi amo; no hay duda que está en Mortagne!

Pero al saber los sangrientos detalles de la batalla, al tener noticia de cómo murieron en ella los mejores soldados *blancos*, su inquietud llegó al colmo, al igual que la de Henry, y cuando quince días después de la toma de Mortagne volvieron a quedar sin noticias de ninguna especie, la desventurada María exclamaba con desesperación:

—¡Padre! ¡Pobre padre mío... también tú has muerto!

—Mi querida María —le decía el caballero de Trégolan—, calmad vuestra aflicción; vuestro padre no ha muerto, no hay nada que nos lo pruebe.

—Yo les digo que ha muerto —replicaba la joven vertiendo un mar de lágrimas, y sin atender las reflexiones de su amigo.

—Sobrina —añadía Kernan—, en tiempos de guerras, bien lo sabes, no pueden enviarse noticias de uno como se quiere; reflexiona, pues, y piensa que, después de todo, lo que ha ocurrido es que hemos alcanzado una brillante victoria sobre los republicanos.

—No, Kernan: nada me queda ya en la tierra; mi madre muerta en nuestro castillo... mi padre en el campo de batalla... ¿qué me queda ya en el mundo?... ¡estoy sola, sola!...

María sollozaba revelando el más intenso dolor. Aquella prueba la había anonadado: su delicada naturaleza quebrantada por tan rudos golpes no podía resistir más, y aunque no había ninguna prueba de la muerte de su padre aquella lúgubre idea se había apoderado de su imaginación y nada pudo disuadirla de ella.

Al oír Kernan que María exclamaba en medio de su amargura, que se hallaba sola en el mundo, sintió rodar una lágrima por su mejilla; su corazón se oprimió, y, sin ocultar su dolor, le dijo mirándola con infinito cariño:

—Mi querida sobrina, ¿has olvidado que tu tío se encuentra aún junto a ti?

—¡Kernan, mi buen Kernan! —repuso la joven estrechando afectuosamente la mano del bretón.

—Sí, mientras yo viva tendrás siempre un amigo que te ame...

—Tendréis dos, puesto que yo os amo también —exclamó Henry que no pudo contener aquel grito del alma.

—¡Señor de Trégolan!... —murmuró Kernan.

—Perdonadme, María; perdonadme, Kernan, pero esta palabra me ahogaba ya... no, mi querida, mi idolatrada criatura, no estáis sola en el mundo, puesto que yo me consideraré el más dichoso de los hombres si me permitís consagraros mi vida entera.

—¡Henry!... —exclamó la doncella.

—Sí, la amo, Kernan, la amo; y vos que lo sabéis hace mucho tiempo, vos a quien su padre la ha confiado, aprobaréis mi amor.

—¿Pero a qué viene eso en este momento?... Cuando el conde...

—No temáis, Kernan, ni vos tampoco, María; si me he atrevido a pronunciar tales palabras es porque voy a partir.

—¡A partir! —exclamó María.

—Sí, voy a alejarme de vos, de vos a quien amo, y de quien quisiera llevar una dulce palabra... Si hubiese debido permanecer a vuestro lado, hubiera encerrado mi secreto en el fondo del corazón como lo había prometido a Kernan, pero voy a marchar... ¿para cuánto tiempo? Lo ignoro. Ahora ¿podré esperar que me perdonéis por haber hablado?...

—¿Pero dónde vais, Henry? —preguntó María con un acento que penetró en el alma del caballero.

—¿Dónde voy? Al Poitou, a la Vendée, a Mortagne, a donde pueda encontrar a vuestro padre, a donde pueda adquirir noticias

suyas, a fin de poderos decir con certeza si tenéis aún sobre la tierra otro corazón que lata por os, además de los de Kernan y el mío.

—¿Cómo —dijo el bretón—, queréis ir a uniros con el conde?

—Sí, y estoy seguro de hallarle o de morir en la demanda.

—¡Henry! —volvió a exclamar la doncella con acento indefinible.

—Pues bien, vaya —dijo Kernan, con voz conmovida—, vaya y que el cielo os proteja; en vuestra ausencia yo velaré por esta idolatrada niña, pero sed prudente y no olvidéis que contamos con vuestra vuelta.

—Tranquilízate, Kernan; tengo un deber sagrado que cumplir y no es por cierto el de dejarme matar allá abajo, sino el de reunirme con el conde de Chanteleine; no estará tan escondido que yo no lo encuentre. El rango que ha ocupado siempre en el ejército realista hace que sea muy conocido; iré a Mortagne, María, y os traeré noticias de vuestro padre, os lo juro.

—¡Henry! —dijo la joven, vertiendo abundantes lágrimas—, ¡vais a arrostrar inmensos peligros por nosotros!... ¡Que Dios os acompañe y os premie como merecéis!

—¿Cuándo vais a partir? —preguntó Kernan.

—Esta misma noche... Viajaré a pie o a caballo según las circunstancias lo permitan; pero no lo dudéis, llegaré.

Los preparativos del viaje no fueron muchos.

Cuando llegó la hora de la partida, María estrechó la mano de Trégolan teniéndola largo rato entre las suyas sin atreverse a pronunciar una sola palabra. Kernan estaba muy conmovido; pero Henry sacó de las miradas de María una fuerza sobrehumana, y después de un prolongado adiós, corrió hacia la puerta... mas antes de llegar a ella se abrió de improviso y apareció en su umbral un hombre embozado en una capa. Era el conde.

—¡Padre! —exclamó María.



—¡Mi querida hija! —repuso el conde estrechándola contra su corazón.

—¡Oh, cuánta zozobra hemos experimentado! ¡Cuánto hemos sufrido por vuestra ausencia, padre!... Ved, en este momento iba a partir Henry en vuestra busca.

—¡Ah, noble joven! —dijo el conde estrechando la mano del caballero—. Conque ¿aún queráis sacrificaros otra vez por nosotros?

—Perfectamente —exclamó por fin Kernan, que lloraba de alegría—. No hay duda, en todo esto se mezcla la Providencia.

El conde, que al partir había callado el motivo de su ausencia, tampoco lo reveló al regresar. Kernan se persuadió de que el viaje del conde había respondido a asuntos políticos y que se relacionaba con algún plan de los realistas; pero no preguntó a su amo sobre tan delicado particular, si bien creyó necesario ponerle al corriente de lo que había pasado en su ausencia entre María y Henry. Le reveló los amores de los jóvenes, y le refirió cómo la desesperación de María había arrancado de los labios de Trégolan la declaración de su

amor, al cual estaba seguro que correspondía su sobrina, y para terminar su confidencia añadió:

—¡Y a fe que no ha habido jamás un hombre más digno de ser amado que él, pero es el caso que si hubiese de verificarse este casamiento, no tendríamos sacerdote que lo bendijera!

El conde movió la cabeza, pero no dijo una sola palabra.

Capítulo XIII

EL CLÉRIGO MISTERIOSO

En efecto, la falta casi absoluta de clérigos en el departamento había suspendido necesariamente el ejercicio práctico de la religión católica; la población del campo especialmente sufría mucho por tal estado de cosas; y, sin embargo, antes de reconocer a los sacerdotes juramentados, prefería encerrarse en sus casas y huía de las iglesias, así es que los niños nacían sin recibir el agua del bautismo, los enfermos morían sin sacramentos, los casamientos no podían celebrarse religiosa ni aun civilmente, pues el trastorno en que se hallaban todas las instituciones sociales establecidas por leyes seculares impedía la instalación de las oficinas del registro civil.

Sin embargo, en el último tercio del mes de abril se produjo un cambio singular en los campos de aquella parte de Finisterre, y en el radio de algunas leguas alrededor de Douarnenez.

De improviso se supo que había llegado un sacerdote al distrito, arrostrando mil peligros, con el propósito de cumplir una santa misión, ejerciendo su sagrado ministerio; la nueva no tardó mucho tiempo en llegar a noticia de todos los fieles.

Este suceso fue en los primeros días un secreto que se comunicaba con gran reserva y al oído, pues no debía llamarse

sobre él la atención de los espías que la municipalidad de la capital mantenía en todas partes; pero últimamente era ya casi público que un hombre misterioso iba por el distrito ejerciendo su santa misión.

Pero parecía cierto que, en medio del huracán, y de las noches más oscuras, un desconocido, siempre solo, recorría los campos, visitaba las aldeas y aparecía con frecuencia, en Pont-Croix, en Crozon, en Douarnenez y en Poullan, dejándose ver, no sólo en el centro de las feligresías, sino también en las casas más aisladas.

Parecía conocer perfectamente el país y estar muy al corriente de sus necesidades.

Acudía presuroso allí donde nacía un niño; llevaba consuelos y administraba los últimos sacramentos a los moribundos; raras veces se le veía el semblante, que llevaba casi siempre cubierto; pero no había necesidad de verle, y bastaba oír sus palabras, para reconocer en él al ministro de una religión de amor y caridad.

Al divulgarse la noticia de tan extraña aparición, empezó a comentarse el suceso en la aldea de Douarnenez y en todo su distrito.

Uno decía:

—Esta noche ha ido a casa de la anciana Kerdenan, que se está muriendo, y le ha administrado los últimos sacramentos.

—Anteayer —decía otro— bautizó al niño de los Brezenelt.

—Mientras esté por aquí —añadían algunos— debemos aprovecharnos de él, pues podría sucederle algo malo que nos privase de sus auxilios.

Los sencillos habitantes de aquellas costas se consideraban felices y se regocijaban, como gentes devotas, con la presencia de aquel que renovaba las prácticas religiosas, devolviendo la moralidad al país.

Había junto al camino que conduce desde el pueblo de Douarnenez a la aldea de Pont-Croix, un antiguo tronco de encina, en el cual, aquellos que deseaban los auxilios de la religión, depositaban una nota, una señal cualquiera, y a la noche siguiente aparecía el sacerdote en el sitio que era reclamado.

Los huéspedes del anciano Locmaillé, por razón del completo aislamiento en que vivían, no tuvieron al principio noticia de lo que ocurría en la comarca.

Casi nunca hablaban con sus vecinos, y se encerraban de continuo en su morada, constituyéndose en una especie de reclusión voluntaria.

Dos meses habían transcurrido por lo menos sin que ni siquiera hubiesen sospechado que se estaba practicando tan cerca de ellos la piadosa misión a que se consagraba aquel desconocido, y eso que hubieran podido utilizarla en provecho propio.

Sin embargo, llegó un día en que el buen Locmaillé tuvo noticia de lo que ocurría, y dijo algo de ello a Kernan, al cual le faltó tiempo para comunicárselo a su amo. Un rayo de satisfacción brilló en los ojos del conde al oírle.

—¡Por vida mía! —exclamó Kernan—. Ese buen clérigo debe ser un hombre decidido y valiente, pues se necesitan mucha abnegación y atrevimiento para obrar como él lo hace, exponiendo su existencia en los calamitosos tiempos que alcanzamos.

—Es muy cierto —repuso el conde—; pero también está dignamente recompensado al tener la dicha de difundir el bien en torno suyo.

—Sin duda, señor, y ahora me explico perfectamente que los habitantes de esta comarca se consideren venturosos con la presencia de ese santo varón en el país. ¿Sabéis, señor conde, que debe ser una cosa muy terrible morir sin confesión?

—Ciertamente, Kernan.

—Por lo que a mí hace —añadió el bretón, con el acento de una convicción profunda—, hubiera sido, el más cruel de los colores. El niño recién nacido puede aguardar y tiene siempre tiempo de ser bautizado, a más de que para este sacramento cualquiera puede reemplazar al sacerdote junto a la cuna; los jóvenes, por su parte, pueden aplazar su casamiento para tiempos más felices; pero morir sin tener a la cabecera un confesor, ¡oh, esto es horrible y capaz de desesperar a cualquiera!

—Dices bien, Kernan —le contestó el conde.

—Pero ahora que hablamos de ese ministro del Señor —exclamó el bretón— se me ocurre una cosa que alegraría mucho al caballero de Trégolan, a ese bravo joven a quien tanto debemos, y a quien difícilmente podremos pagar nunca, como es debido, sus nobles sacrificios. ¿Sabéis que mi sobrina tendría en él un marido como pocos, y con cuyo apoyo podría contar en todo evento?... Y la verdad, que al permitir el cielo que la salvase de una manera tan milagrosa, parecía indicar que se la reservaba a él, para un porvenir dichoso.

—Así debemos creerlo, por lo menos, Kernan —respondió el conde—, y Dios quiera que esa idolatrada niña pueda alcanzar la felicidad a que es acreedora; la pobre ha estado ya sometida a terribles pruebas, y sin duda merece una dulce recompensa por tantos sufrimientos; pero antes de hablar al caballero de Trégolan de ese sacerdote, déjame a mí arreglar este asunto, querido Kernan.

El bretón prometió no decir nada; pero el caballero no tardó mucho tiempo en oír hablar de lo que era objeto de todas las conversaciones en el país. Así es que corrió a participar su descubrimiento a Kernan, lo cual hizo sonreír a éste.

—Esta noche, cuando estemos cenando, hablad de eso y ya veréis lo que os responden.

Henry siguió puntualmente este consejo de Kernan, y aquella misma noche, después de haber ofrecido su mano a María, dio ya el nombre de padre al conde de Chanteleine.

—¿Pero quién podrá ver a ese sacerdote? —preguntó el caballero.

—Yo mismo —dijo el conde.

María, en un arrebato de emoción, se arrojó en brazos de su padre.

—¡Bravo! ¡Bravo!... —exclamó Kernan lleno de regocijo—. Esto va perfectamente y me augura días más dichosos, pues ya se aproxima el fin del fin... ¡Ah! Señor de Trégolan, ¿no es cierto que vos la amaréis como ella se merece?

—Sí, mi buen tío —contestó el caballero, arrojándose en brazos del bretón y estrechándole con fuerza contra su pecho.

Sin embargo, aún transcurrió un mes largo sin que el conde volviese a hablar del misterioso sacerdote. ¿Le había visto? Henry apenas se atrevía a informarse de ello; pero una noche, el conde de Chanteleine anunció a su hija que su casamiento se celebraría el día 13 de julio en las grutas de Morgat.

Había, pues, que aguardar todavía tres semanas, que fueron para los amantes tres siglos de prueba; pero se vieron obligados a resignarse y a esperar.

El tiempo que conduce a la dicha parece siempre demasiado largo, y, con todo, es el que marcha más deprisa.

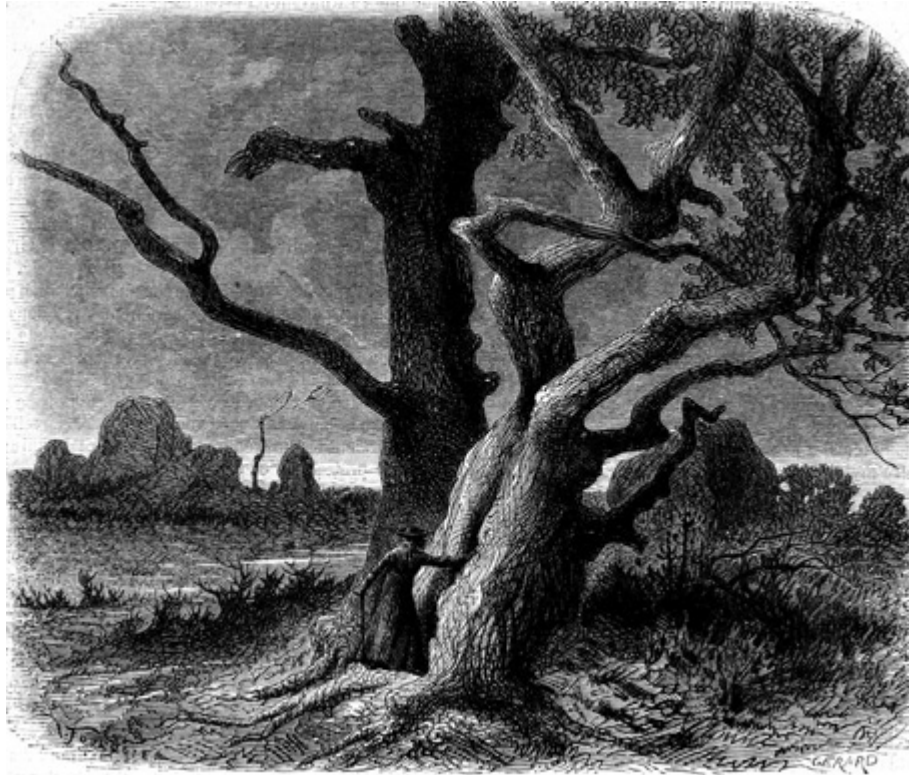
Todos se ocupaban en la cabaña de Locmaillé en hacer mil pequeños preparativos. Kernan se empeñó en que María estuviese muy bella con su traje de boda, y gastó algunos escudos viejos en comprarle, ya una cinta, ya una guirnalda de flores, ya una toca primorosa.

Henry se arruinó materialmente, lo cual, después de todo, no era muy difícil, pues conservaba muy poca cosa de su fortuna. Cierta día se fue con gran secreto a Châteaulin, y trajo un hermoso traje de campesina bretona.

Es necesario confesar que Kernan se impuso también la obligación de asistir a la ceremonia nupcial con un traje nuevo y con buenos zapatos y que hasta el mismo Locmaillé quiso estrenar zuecos para aquel día.

No hay que decir que todo esto estuvo dispuesto antes de la hora prefijada.

Sin embargo, Henry experimentaba cierta inquietud al pensar en el misterioso sacerdote. Él hubiera querido verle antes de la solemne ceremonia, y al saber la historia del tronco, en que los habitantes del país depositaban sus avisos para llamar a aquel padre de almas, una mañana corrió a donde se hallaba el árbol y depositó en su hueco tronco una nota recordando al misterioso sacerdote la fecha del 13 de julio y las grutas de Morgat.



Algunos momentos después, un hombre de bastante mal aspecto se apoderaba de la nota y desaparecía en el acto.

Por fin llegó la víspera del gran día; la última velada se pasó en el piso bajo de la casa. La dicha rebosaba en el corazón de Henry. El conde entretuvo a sus hijos indicándoles con persuasivas frases los grandes deberes de la vida, y de qué manera debían cumplirse en el mundo y en el seno de la familia, y sobre este tema se extendió diciéndoles cosas verdaderamente conmovedoras y de gran importancia.

Henry y María le oyeron con profunda atención, y cuando terminó su elocuente discurso, ambos se pusieron de rodillas y le pidieron su bendición.

—Sí, hijos míos —dijo el conde conmovido—, que el cielo os bendiga y os absuelva por medio de mis palabras; que Dios os guarde y no os abandone en el curso de vuestra existencia; que la divina Providencia permita que se cumplan los deseos y la bendición de vuestro padre.

Y levantándolos del suelo los estrechó a los dos entre sus brazos.

Capítulo XIV

LAS GRUTAS DE MORGAT

El cabo de la Cabra se halla situado a la extremidad de una larga lengua de tierra, formada por las sinuosidades de la costa que cierra por el norte la bahía de Douarnenez.

El mismo promontorio domina otra especie de bahía más pequeña que se divisa perfectamente desde el pueblo mirando a mano derecha.

Las célebres grutas de Morgat se hallan en la parte céntrica de este promontorio y frente a una magnífica playa.

Varias son las que allí hay, y en las horas de marea baja, todas ellas son accesibles a los curiosos que desean visitarlas, menos la más notable, bella e imponente, en la cual no puede penetrarse sino surcando las olas.

Esta última es muy grande: tiene profundas cavidades impenetrables a la vista humana, y que hasta hoy no han podido sondearse por nadie, por falta de aire respirable; las teas y luces con que intentan alumbrarse los que pretenden penetrar en ella, palidecen y se apagan en cuanto llegan a su proximidad, y los seres animados no podrían respirar en aquella atmósfera; pero la parte exterior de la gruta es vasta, ventilada y ofrece un aspecto grandioso al que la mira. Aquél fue el lugar escogido para la

celebración del matrimonio de María de Chanteleine y de Henry de Trégolan.

En las parroquias que rodeaban este sitio se divulgó la nueva de que iba a celebrarse en él una misa solemne. Fácil es comprender el efecto que produciría aquel suceso, en un país privado hacía mucho tiempo de aquellas ceremonias religiosas; así es que la población en masa de algunas leguas a la redonda se proponía acudir a las grutas de Morgat, tanto más cuanto que la elección de aquel lugar debía poner a los fieles al abrigo de cualquier sorpresa.

Precisados los pescadores a oír la misa desde sus barquillas, les era fácil escapar a la persecución de los *azules* que intentasen sorprenderlos por tierra.

Esta consideración había decidido al sacerdote a officiar en público y desde la gruta.

Llegó, por fin, aquel día tan deseado; soplabá un viento apacible del este. Desde muy temprano, un gran número de chalupas cargadas de hombres, mujeres, niños y ancianos zarparon del pequeño puerto de Douarnenez para atravesar la bahía.

La vista de aquella flotilla que se hacía a la vela con los pescadores y sus familias vestidos de fiesta con sus mejores trajes, presentaba un espectáculo magnífico.

La barca de Trégolan iba a la vanguardia de las demás. María estaba encantadora con su traje de novia, de campesina bretona, y con su aire de felicidad, pero que traslucía un fondo de melancolía.

Henry la llevaba cogida de la mano; Kernan guiaba el timón, y el buen Locmaillé iba en la proa de la embarcación cuidando de las velas.

El conde de Chanteleine había partido muy temprano y antes del desayuno. Era necesario que todo estuviese dispuesto y sobre todo que el personaje principal de aquella escena extraordinaria, esto es, el sacerdote, no faltase a la reunión.

Aunque la flotilla navegaba con buena mar, de vez en cuando refrescaba el viento, y entonces todas aquellas chalupas

balanceaban, levantando a la vez sus proas y bajándolas a impulso de las olas cuando alguna ráfaga de la brisa las agitaba ligeramente.

La aldea de Douarnenez se perdía ya en lontananza a los ojos de los navegantes, y no tardó en aparecer a su vista la magnífica gruta a que se dirigían. No tenía campanario que se elevase sobre su bóveda, ni campanas que resonasen solemnemente llamando a los fieles para una misa de boda; pero la piadosa devoción de todo un pueblo iba a convertir en templo aquel edificio construido por la naturaleza.

Cuando arribaron a la gruta, la marea no estaba aún bastante alta para que se pudiese penetrar en ella.

Las barcas se colocaron en orden y aguardaron.

Por fin, las aguas se precipitaron rugiendo sobre la grava, después se extendieron espumosas por la arena, y por último se elevaron tranquilizándose al paso que iban subiendo.

Las barquillas, entonces, entraron en la gruta y se colocaron en círculo a lo largo de sus paredes, revestidas de rocas rojizas y brillantadas que arrojaban, como si fuesen de cornalina, bellísimos reflejos que encantaban la vista.



En el centro de la gruta había una roca aislada, un verdadero islote formado por varios peñascos de granito, sobre el cual se elevaba un altar. Algunos cirios ardían en candelabros de madera, y las últimas ondulaciones del mar iban a morir al pie de aquella ara consagrada al Eterno, mientras las barquillas se balanceaban en torno suyo, medidas por las olas.

María, a pesar de la dulce emoción que experimentaba, dirigía a su alrededor miradas inquietas.

—¿Y mi padre? —preguntó al fin al bretón.

—Ya no puede tardar en venir —respondió éste.

—¡María, te amo! —murmuraba Henry al oído de la doncella.

En aquel instante resonó una campanilla en el fondo de la gruta y se vio avanzar lentamente una barca; cerca de la proa iba un pescador remando; un niño agitaba la campanilla en su centro, y en la popa se hallaba de pie el sacerdote, llevando el cáliz en la mano.

Cuando llegó a la roca, desembarcó en ella, colocó sobre el altar el vaso sagrado, y se volvió cara al mar mostrando su semblante a los asistentes.

—¡Mi padre! —exclamó María...

—¡El conde! —gritó Henry...

—¡Es él! —añadió Kernan.

En efecto, aquel sacerdote era el conde de Chanteleine; pero aunque los suyos no podían dar crédito a sus ojos, en medio de su admiración, todos guardaron el más profundo silencio.

El conde tomó entonces la palabra y dijo:

—Hermanos míos, hijos de mi alma, el que les habla en este momento es un padre, un viudo, que se ha hecho sacerdote con el solo objeto de traerlos los socorros de la religión. Un santo obispo, oculto cerca de Redon, le ha conferido las facultades y el derecho de ejercer el sacerdocio divino, y viene a casar a su hija con el hombre generoso que la ha salvado del patíbulo y a pedirlos que roguéis por ella y por él.

A estas palabras siguió un murmullo de admiración; todos los pescadores conocieron al que las había pronunciado, y todos comprendieron la sublime abnegación del conde.

María lloraba, y Kernan no podía pronunciar ni una palabra.

Entonces se explicaron la ausencia del conde. Los estudios teológicos, a que se había dedicado en su juventud le habían allanado el camino para alcanzar prontamente las órdenes menores, y en pocos días logró ser consagrado sacerdote.

Cuando volvió a reunirse con sus hijos, empleó sus noches en el ejercicio de su santo ministerio, para lo cual salía furtivamente de su casa bajando por la escalerilla exterior, sin que nadie advirtiera su

ausencia, ni sus excursiones nocturnas; y si no reveló a su familia y a sus amigos el secreto de su nuevo estado, fue porque no había querido alarmarles con el temor de los peligros a que se exponía algunas veces.

Hizo una señal con la mano para que se acercase la barca de Trégolan al pie de la roca en que se elevaba el altar, y dio principio al santo sacrificio de la misa.

Había algo de tierno y de sublime a la vez en aquel viudo convertido en sacerdote, en aquel padre que casaba a su hija; lo inusitado de aquel acontecimiento, lo extraordinario de aquella situación dominaba todos los espíritus.

Muy pronto los murmullos de las plegarias se confundieron con los murmullos de las olas.

Cuando el conde pronunciaba las palabras del santo rito, se conocía su emoción por las inflexiones de su voz.

Llegó, por fin, el solemne momento de la elevación: resonó el tañido de la campanilla, los fieles se arrodillaron con profundo recogimiento, y el sacerdote elevó hacia el cielo la hostia consagrada...

En aquel instante resonaron gritos de alarma.

—¡Fuego! —exclamó una voz, y una espantosa descarga estalló de improviso.

—¡Los azules! ¡Los azules! —gritaron por todas partes, y cada barquichuela huyó por su lado a todo remo, haciéndose a la mar en distintas direcciones bajo los fuegos de un bergantín de guerra, *El Descamisado*, que se había interpuesto entre los pescadores y la playa, y botado al agua sus lanchas cargadas de soldados, los cuales se dirigieron a la gruta.

El desorden había llegado a su colmo, muchos heridos expiraban en sus barquillas entre los agudos lamentos de sus deudos y amigos; unos trataban de agarrarse a las rocas, después de haberse arrojado al mar buscando el medio de fugarse; otros morían ahogados; en medio de la humareda no se veían los pequeños barquichuelos que chocaban entre sí...

Entonces los republicanos penetraron en la gruta a bordo de una barca que llegó hasta el pie del altar, sobre el cual saltó un hombre feroz.

—¡Ah, conde de Chanteleine, al fin te tengo entre mis manos!... —exclamó agarrando al sacerdote y entregándolo a sus soldados. ¡Clérigo y noble...!— añadió con cínica sonrisa —buen negocio es el tuyo, amigo mío.

Aquel hombre era Karval.

La nota depositada por Trégolan en el tronco del árbol había sido sorprendida por un espía que vigilaba el país. Karval tuvo conocimiento por él de la ceremonia que se proyectaba celebrar, y embarcándose en Brest en un bergantín de guerra, al frente de sus sicarios, fue a sorprender a los infelices *blancos* en la gruta de Morgat.

Kernan reconoció a Karval; pero a un grito del conde, empujó la barca refugiándose en la parte más oscura de la gruta; mas a pesar de su rápida maniobra, Karval reconoció a María con gran sorpresa suya, pues la creía muerta, y la hizo buscar escrupulosamente cuando se disipó el humo de los disparos que oscurecía el espacio.

Pero Kernan no había vacilado en internarse en una de las cavidades más profundas de la gruta, aun a riesgo de morir asfixiado con sus compañeros, y las pesquisas que hacía Karval blasfemando eran inútiles.

—¡Nada!... ¡Nada!... —exclamó—. ¡La hija se escapa!... Pero, cómo es esto: ¿no fue guillotina en Quimper?... ¿Por dónde pudo huir?...

Haciendo estas reflexiones, mandó remar hacia fuera de la gruta.

Los pescadores que pudieron ganar la playa huyeron en distintas direcciones; Karval no pudo hallar nuevas víctimas en quienes cebar su saña, y hubo de contentarse con la detención del conde, a quien mandó conducir al bergantín, en el cual se embarcó de nuevo, internándose en el mar en dirección a Brest.

Entre tanto la situación de Kernan y sus amigos era terrible y no podía prolongarse un minuto más: María se había desmayado;

Henry empezaba a asfixiarse; él mismo se sentía desfallecer; pero haciendo un esfuerzo supremo, en cuanto dejó de oír ruido, salió de la gruta, y se apresuró a huir de aquel peligroso refugio.

En cuanto salió al aire libre, hizo volver en sí a María de su desmayo, bañándole el rostro con agua.

—¡Vive, vive!... —exclamó el caballero.

—¡Padre!... —murmuró María.

Henry no respondió, y Kernan hizo un gesto terrible de amenaza que revelaba su cólera, exclamando con acento fatídico:

—¡Ah, Karval, yo te mataré!...

Y dejando a María al cuidado de Henry, cuya unión aún no había sido bendecida, se arrojó al mar, nadando vigorosamente, y cuando ya no vio el bergantín de los republicanos, saltó sobre la playa, en cuya arena halló tendidos algunos cadáveres de cuyas heridas brotaba aún la sangre; subió con pie firme a lo más elevado de las rocas, juntándose allí con algunos marineros que huían despavoridos.

—Decidme —les preguntó—, ¿dónde se hallan los *azules*?

—¡Allí! —le contestaron señalándole con el dedo el bergantín que en aquel momento doblaba el cabo de la Cabra.

—¿Y el clérigo? —volvió a preguntar Kernan.

—A bordo —le contestaron los pescadores.

Kernan saltó desde la roca a la playa, entró de nuevo en la gruta y desde allí se arrojó otra vez al agua, y alcanzó la barca, donde se hallaba tendida María, respirando apenas.

—¿Qué es de él? —preguntó Henry con afán.

—Se lo han llevado a Brest.

—En ese caso es preciso ir a Brest a liberarle o a morir —dijo Trégolan con energía.

—Tal es mi opinión —repuso Kernan—. Por de pronto no podemos volver a Douarnenez, pues allí ya no estaríamos seguros. Locmaillé se llevará la barquilla, y nosotros nos ocultaremos en las inmediaciones de Brest y allí aguardaremos.

—¿Pero cómo hemos de ir?

—Debemos ganar por tierra la rada de Brest.

—Pero ¿y María?

—Yo andaré, amigos míos —exclamó María, poniéndose en pie con esfuerzo sobrehumano—. ¡A Brest!... corramos a Brest.

—Esperaremos a que oscurezca —contestó Kernan.

Todo aquel día se pasó entre el temor, la esperanza y la desesperación; los infelices habían sido heridos por el rayo en el momento de ir a tocar la dicha.

Kernan hizo salir la barca al subir la marea de la tarde; al oscurecer volvió a ganar la playa: saltó a ella con sus compañeros y apretando la mano al buen Locmaillé, se puso en camino a través de los campos sosteniendo a María.

Media hora después, los fugitivos llegaron a la aldea de Crozon, situada a media legua de las grutas de Morgat, tropezando en su camino con cadáveres aún calientes... Una hora más caminaron todavía presenciando tan triste espectáculo...

Pero ¿dónde iban aquellos desventurados? ¿Qué se proponían hacer? ¿Cómo arrancar al conde de las garras de la muerte?...

Por entonces nada sabían de todo esto; pero seguían caminando sin parar, y dejando a su espalda las aldeas de Penav-Menez, de Lescoat y de Laspilleau, llegaron al fin, después de dos horas de penosísima marcha, al pequeño pueblecillo de Fret, que se halla asentado en la misma rada de Brest.

María no podía ya más; felizmente, Kernan halló un pescador que se prestó a pasarles al otro lado de la rada.

Se embarcaron a la una de la madrugada Kernan, María y Henry, y desembarcaron, no en Brest, sino en la playa que conduce a Recouvrance, a la puerta de una pobre posada, sita en las inmediaciones de Porzik, y allí pudieron hallar una habitación.

Al otro día Kernan fue a la caza de noticias, y supo la vuelta del bergantín *Descamisado*, que había hecho una presa de gran importancia en las costas de Bretaña. Sabido esto volvió inmediatamente a la posada, y hablando con Henry le dijo:

—Ahora, señor de Trégolan, os dejo aquí con vuestra prometida, y voy a la ciudad a averiguar algunos pormenores indispensables para saber a qué debemos atenernos. Y sin aguardar respuesta partió velozmente; siguió a lo largo de la costa por la orilla del mar; pasó por dentro de Recouvrance; llegó al puerto de Brest, lo cruzó con una barquilla, y, dirigiéndose al castillo, estuvo todo el día bordeando en torno a él.

Brest era presa en aquellos momentos del más espantoso terror: la sangre corría a torrentes en la plaza pública: Jean Bon-Saint-André, que era a la sazón uno de los miembros del Comité de Salvación Pública, ejercía las más terribles represalias.

El tribunal revolucionario funcionaba sin descansar un solo instante, llevando la crueldad hasta el extremo de obligar a los niños a que guillotinasen algunas víctimas, para enseñarles, según se decía, a leer en las almas de los enemigos de la república.

La locura se unía a la embriaguez, y una sed insaciable de sangre devoraba a aquellos hombres fanáticos.

Kernan, interrogando a unos y a otros, supo que el conde había sido encerrado en un calabozo y condenado a muerte, pero que su ejecución se retardaba por un motivo espantoso. Karval había exigido que la hija de Chanteleine fuese guillotizada a la vista de su padre, y delante de éste había jurado buscarla sin descanso y apoderarse de ella a toda costa.

—Es imposible que eso pueda suceder —se dijo Kernan—, hay cosas que no puede permitir las el cielo.

Pero sea de esto lo que fuera, Karval, después de haber recibido los plácemes y las felicitaciones de los clubs y del procónsul, volvió a marchar a Douarnenez para continuar sus pesquisas en busca de María.

Por la noche regresó Kernan a Porzik, y manifestó a los dos jóvenes que la ejecución se había aplazado, pero sin decirles la causa de aquella suspensión; y añadiendo que había resuelto ir todos los días a Brest para estar al corriente de lo que ocurría, y les

recomendó que no pusiesen el pie fuera de su habitación, por ningún motivo del mundo.

Verdad es que María se hallaba postrada en el lecho y casi muerta; aquel último golpe le había destrozado el corazón.

En el transcurso de trece días, en que Kernan había ido por la mañana a Brest, y regresado por la noche a su posada, no pudo comunicar a sus amigos ni una sola nueva capaz de disipar su inquietud. La mayor parte de los pescadores que con sus mujeres e hijos habían sido aprisionados en la gruta de Morgat, iban siendo guillotinado impíamente; de suerte que sólo un verdadero milagro podía salvar al conde.

Al llegar el día decimotercero, esto es, el 26 de julio, partió Kernan, según su costumbre, pero muy de mañana, y no regresó, de suerte que Henry pasó toda la noche en una mortal inquietud.

Capítulo XV

LA CONFESIÓN

El retardo de la vuelta de Kernan a su posada lo había ocasionado un inesperado encuentro.

Serían las nueve de la noche, cuando volvió a Porzik, en el colmo de su desesperación, por haberse anunciado para el otro día la ejecución del conde de Chanteleine.

Como Karval no lograba encontrar a la hija a pesar de sus investigaciones, había al fin resuelto que se guillotinasen al padre aunque aquélla no apareciese, y Kernan a su vez resolvió apelar a los últimos extremos, arrebatando al conde de la fatal carrera que había de conducirle al cadalso; pero antes de tomar tan arriesgada resolución, quiso despedirse de María y de Henry por si los veía por última vez, y después de haber estado rondando toda la tarde en torno de la prisión del conde, salió de la ciudad.

Ya había atravesado el puerto de Brest; ya remontaba las calles escabrosas del caserío de Recouvrance, cuando notó que iba delante de él un hombre cuyo aire llamó su atención. La oscuridad no era todavía tan densa que le impidiese distinguir los objetos, y le hiciese equivocarse; algunos detalles característicos de aquel hombre le convencieron de que era el que tanto aborrecía, y no tardó mucho en cerciorarse de ello.

—¡Karval!... —dijo entre sí—. ¡Karval!

Y el odio, la cólera, el deseo de venganza le cegaron de tal suerte que estuvo a punto de arrojarse sobre aquel miserable y de matarle en el acto... pero haciendo un esfuerzo supremo logró contenerse.

—¡Ya le tengo! —se dijo a sí mismo con toda la sangre fría de que era capaz; se quitó los zapatos y se puso a seguir a Karval.

La oscuridad crecía rápidamente; las calles iban quedando más desiertas a cada instante que trascurría; Kernan tuvo necesidad de aproximarse más a Karval para no perderle de vista.

Desde luego, en lo que menos pensaba aquel miserable, era en que tenía tan cerca de sí al bretón, y en que éste se encontrase en la ciudad, por cuya razón no lo habría reconocido, aunque hubiera reparado en él; pero a pesar de esto no tardó en notar que alguien lo seguía y apretó el paso. Temiendo Kernan que de improvisto se metiera en alguna casa, resolvió al fin de acercarse a él bruscamente, y apresurando su marcha le alcanzó no lejos de la ronda de la población y a corta distancia de las fortificaciones de la ciudad.

Karval se volvió con presteza y preguntó con voz poco segura:

—¿Qué se ofrece, ciudadano, qué quieres de mí?...

—Vengo a hacerte una denuncia —dijo Kernan.

—Ni esta hora, ni este lugar son a propósito para ello —replicó Karval, a quien el bretón había asido fuertemente por un brazo.

—Sí, lo son; y más para un patriota como tú: mi denuncia es de gran interés para la república.

—Pero en fin, ¿qué es lo que quieres?

—Sé que buscas a la ciudadana Chanteleine.

—¡Ah! —exclamó Karval, a quien su odio le hizo recobrar la confianza—. ¿Acaso sabes tú dónde se halla?

—La tengo en mi poder —respondió Kernan— y puedo entregártela.

—¿Cuándo?

—¡Al instante!

—¿Y qué pides por este servicio?

—Nada; vamos, pues...

—Aguarda; la guardia de las murallas no está lejos de aquí; voy a hacer que me acompañen algunos hombres, y mañana mismo se tumbará ante la guillotina, delante de su padre.

El puño de hierro del bretón apretó con tal violencia el brazo de Karval, que éste no pudo contener un grito de dolor.

En aquel momento la luz de un reverbero iluminó el rostro de Kernan, y Karval le miró con sobresalto: sus facciones se contrajeron de espanto, y con voz temblorosa exclamó:

—¡Kernan... Kernan! —Y quiso gritar para pedir socorro; pero le faltó aliento para pronunciar una sola palabra; y un temblor convulsivo se apoderó de aquel bandido que era el más cobarde de los hombres.

Verdad es que tenía razón para temer; la fisonomía de Kernan era en aquel momento espantosa; sus ojos centelleaban como el rayo y apretaba con crispada mano un largo cuchillo cuya punta tocaba el pecho del republicano.

—Pronuncia una sola palabra y caes muerto en el acto —dijo el bretón con acento breve y con voz grave—. Ahora vas a seguirme.

—¿Pero qué es lo que quieres de mí? —preguntó aquel miserable alentando apenas.

—Hacerte ver a la señorita de Chanteleine. Agárrate de mi brazo; ¿me comprendes?... ahora vamos a pasar por delante de casas habitadas, tal vez por cerca de algún cuerpo de guardia; pero no lo olvides: la hoja de mi acero la sentirás siempre apoyada sobre tu corazón, y al menor movimiento, al menor grito que lances te la clavo hasta la empuñadura... mas sé que eres cobarde y no gritarás.

Karval no podía responder: cogido por una tenaza de acero, siguió al bretón sin hablar y sin oponer resistencia, de suerte que parecían dos buenos amigos.

Kernan se encaminó hacia la puerta de Recouvrance; algunos que se habían retrasado en su camino se encontraban con Kernan y

Karval; pero éste no osaba ni siquiera mover los ojos pues sentía la punta del cuchillo que desgarraba su camisa.

Las calles quedaban por momentos más desiertas: grandes nubarrones, negros, aparecían en el cielo, haciendo más oscura la noche. A veces, Kernan apretaba con tal fuerza el brazo de su compañero, que le obligaba a lanzar sordos gemidos.

—Me haces daño... —murmuraba aquel miserable.

—Eso no es nada —respondía el bretón.

Por fin llegaron a la poterna de la ciudad; allí había un cuerpo de guardia, bastante bien iluminado. Karval vio a los soldados que iban y venían a sus puestos; no tenía más que dar un grito para hacerse oír... sin embargo calló...

El centinela paseaba arriba y abajo, a tres pasos de él. Karval rozó con el brazo del soldado; una señal le hubiera bastado para ser comprendido... no la hizo.

El puñal de Kernan atravesaba ya la piel de su pecho, y algunas gotas de sangre manchaban sus vestidos.

Un momento después traspusieron el doble recinto de las fortificaciones, y siguieron el camino real durante un cuarto de hora en medio del silencio más profundo, y siempre enlazado el brazo de Karval al de Kernan.

Después el bretón se dirigió hacia la izquierda por un hondo sendero, y no tardaron en llegar a uno de esos campos incultos y sembrados de guijarros que forman la cumbre de las rocas que se destacan sobre la costa.

Al pie de aquellas rocas escarpadas se oía rugir el mar a cien pies de profundidad.

En aquel punto se detuvo el bretón, y apartó el cuchillo del pecho de Karval.

—Ahora —dijo con voz grave, pero que revelaba una resolución irrevocable y en que se traslucía la obstinación bretona—, ahora vas a morir.

—¡Yo!... —exclamó el miserable... y entonces quiso gritar, pero la voz se le quedó anudada en la garganta.

—Puedes gritar cuanto quieras —dijo Kernan con acento inexorable—, puedes pedir que te perdone... nadie te oirá, ni yo mismo. Nada puede ya salvarte. Yo en tu lugar, a fe de buen bretón, me resignaría a morir con valor, y no como un cobarde.

Karval intentó evadirse: pero Kernan le contuvo con una mano de hierro y casi le tendió en el suelo.

Entonces exclamó aquel miserable con voz entrecortada:

—Kernan, yo soy rico... tengo oro... mucho oro, y te daré todo el que quieras: pero ¡perdón! ¡Perdón!...

—¿Perdón a ti, miserable? —gritó Kernan con voz aterradora—. ¿A ti cuyo puñal ha asesinado a mi buena señora? ¿A ti, que con tus propias manos has prendido a mi noble amo, a mi hermano querido? ¿A ti, que ibas a arrojar a su hija a la guillotina? ¿A ti, a ti, bretón indigno, bretón renegado, vergüenza de tu patria, ladrón infame, feroz incendiario, que has robado, saqueado, devastado, y quemado tu país natal? ¡Ah, Dios me lo demandaría en la otra vida, si no te matase con mis propias manos...! ¡Muere, pues, infame!

Karval estaba tendido en el suelo; Kernan, apoyando la rodilla en el pecho de aquel miserable, levantaba el cuchillo con ademán terrible para herirle... pero de pronto se detuvo: una idea súbita acababa de brotar en su mente, idea que había aplazado muchas veces la muerte de los vencidos, y que nacía del espíritu religioso que había hecho levantarse en masa a los vendeanos.

—¡Tú, morirás! —dijo Kernan poniéndose en pie, después de haber detenido el golpe mortal—; pero no sin confesión.

Karval apenas comprendió aquellas palabras; pero al oírlas, sintió renacer la esperanza, pues entrevió que su muerte se aplazaba, y aquello le hizo respirar; mas se hallaba tan quebrantado que no pudo moverse.

Kernan le agarró bruscamente con una mano y le puso en pie, murmurando entre sí sin cuidarse siquiera de aquel miserable:

—Sí, debes confesar antes de morir, no hay remedio, pero no puedo matarte sin confesión... pero ¿dónde hallar un sacerdote? ¿Dónde podré encontrarle? Iré a buscarle aunque sea a Brest, si es

preciso. Será un juramentado, un *jurador*, pero ¿qué importa?, para ese bandido eso será bastante.

Mientras el bretón pronunciaba en voz baja este monólogo, Karval caminaba casi arrastrando y suspendido como un cuerpo inerte del brazo de aquél; gotas de sangre manchaban las piedras del camino a casa paso que daba... y andando así no tardaron en ver los muros de Brest. El feroz republicano que conservaba todavía el instinto de la vida, comprendía que la única esperanza que le quedaba, si entraba en la ciudad, era gritar con todas sus fuerzas pidiendo socorro, y se hallaba decidido a hacerlo así, aunque hubiera de costarle la vida. Entonces abrió los ojos, y al mirar en torno suyo vio dibujarse a corta distancia los muros de la ciudad... algunos pasos más, y ya podría poner por obra su última tentativa de salvación... De improvisto apareció un hombre en la extremidad del hondo camino que cortaba la vía pública, y al verlo hizo un esfuerzo supremo, recogió toda la energía que le quedaba, y desprendiéndose violentamente del brazo de Kernan, emprendió a correr gritando:

—¡Salvadme! ¡Salvadme!

Pero el bretón se precipitó sobre él con la velocidad del rayo, y en dos saltos se apoderó de nuevo de su persona; entonces fijó los ojos en aquel hombre que la casualidad les deparaba, y lanzó un grito de feroz alegría.

—¡Yvenat! —dijo—. ¡El cura Yvenat! ¿Quién osará negar que la mano de Dios, que la justicia divina anda en todo esto? Karval, escucha, ése es un sacerdote, un sacerdote de los tuyos... ¿lo entiendes?

Karval dio un paso atrás con espanto.

Entonces Kernan dirigiéndose a Yvenat, le dijo:

—Yo os conozco, Yvenat: yo fui el que os salvó de la isla de Tristán; vos sois sacerdote; este hombre está condenado a muerte: confesadle.

—Pero... —dijo el clérigo.

—Nada de objeciones; no hay perdón posible; cumplid vuestro sagrado deber.

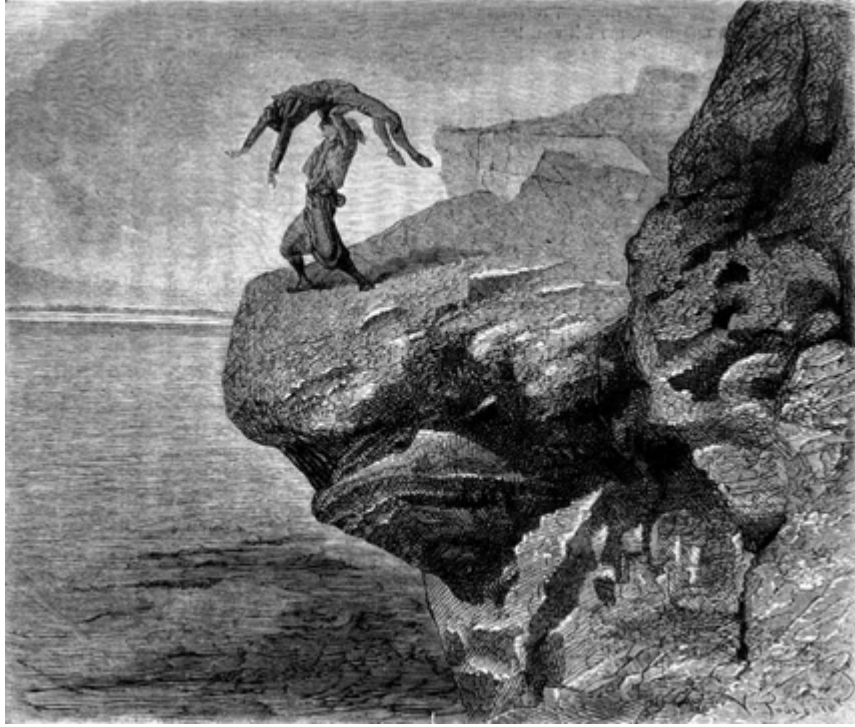
Yvenat quiso resistirse; pero Kernan levantó su mano formidable y dijo:

—No me hagáis cometer una violencia y un sacrilegio, teniendo que obligaros a obedecerme. Confesad a ese hombre; si no puede hacer examen de conciencia en breves minutos, yo ayudaré su memoria: él ha asesinado, ha robado, y ha incendiado comarcas enteras, y sólo le quedan breves instantes de vida para arrepentirse antes de comparecer ante el tribunal de Dios...

En aquel momento tuvo lugar una escena desconsoladora: aquel miserable que tantos crímenes había cometido sintió renacer en su alma los recuerdos de su infancia: horribles remordimientos se apoderaron de su conciencia; cayó de rodillas vertiendo un mar de lágrimas y confesó con labios balbucientes todos sus delitos. Pero ni su actitud ni sus palabras despertaban la compasión de Kernan.

El clérigo temblaba estremecido y apenas comprendía las entrecortadas palabras del penitente. No pudiendo prolongar por más tiempo aquella terrible situación que le desgarraba el alma, tras una breve fórmula dio su absolución al condenado a morir y huyó de aquel sitio sin volver la cara atrás.

Apenas había desaparecido por el ángulo del camino hondo, cuando un grito siniestro resonó en el aire... el clérigo vio a lo lejos un hombre que llevando a otro sobre sus hombros subía a lo más alto de una roca saliente, que parecía asomarse a mirar el océano... al llegar a su borde aquel ser fatídico, levantó sobre su cabeza la carga que llevaba y arrojó un cadáver en las negras aguas de la profunda bahía.



Capítulo XVI

EL NUEVE DE TERMIDOR

A la medianoche volvió a entrar Kernan en Porzik, y con acento sombrío manifestó a sus amigos que acababa de matar a Karval.

María se estremeció; una palidez mortal asomó a su frente y temblando de miedo entró en su estancia y se arrojó sobre el lecho cubriéndose el rostro con ambas manos.

No bien había desaparecido, el bretón asió del brazo a Henry y le dijo al oído:

—Mañana es el día de la ejecución.

El caballero palideció de terror.

—Mañana; pero yo arrancaré a mi amo de las garras de la muerte, al pie mismo del cadalso, o moriré con él.

—Yo iré con vos —dijo Henry.

—¿Y qué será entonces de María?

—¡María!... ¡María!... —exclamó el joven.

—Ya lo veis, es necesario que permanezcáis a su lado por si yo llego a morir; pero procurad que ella no sepa nada. ¡Pobre niña!... Mañana será huérfana a no ser que un milagro me ayude a devolverle a su padre.

Henry quiso insistir todavía; pero el deber que le inspiraba su valor luchaba con los sentimientos de su corazón, que le obligaban a permanecer al lado de su prometida esposa.

Ni Kernan ni Henry pudieron dormir un solo instante en toda aquella noche funesta.

El bretón dirigió los ojos al cielo, y rezó con fervor muchas horas.

A la mañana siguiente, Kernan abrazó a María procurando dominar su emoción. Apretó con fuerza la mano del caballero y volvió a tomar el camino de Recouvrance.

No tenía proyecto alguno determinado; iba a esperar que las circunstancias le marcasen la conducta que debía seguir cuando llegase el momento supremo de obrar.

A las seis de la mañana entró en la ciudad y se dirigió a la cárcel. Allí aguardó sobre dos horas; vio llegar la carreta pintada de rojo que penetró en el edificio, saliendo de él a las ocho en punto cargada de víctimas; entre ellas estaba el conde de Chanteleine.

Los guardias nacionales rodeaban aquel horrible vehículo, y el fúnebre cortejo se dirigió lentamente al patíbulo.

El conde vio a Kernan entre la multitud; Kernan fijó en el conde sus ojos y ambos se interrogaron con sus miradas... ¿qué podía preguntar el conde sino lo que había sido de su hija? Una señal del bretón le dio a entender que estaba segura. Chanteleine manifestó que lo había comprendido, dibujando en los labios una ligera sonrisa y levantando los ojos al cielo para darle gracias por la libertad de su hija.

La carreta avanzaba entre tanto por en medio de una compacta multitud. Los descamisados del pueblo, los clubistas, los desechos de la sociedad insultaban a los condenados y les amenazaban con feroces ademanes, prodigándoles al propio tiempo las más groseras injurias.

Sobre todo, el conde, por su doble carácter de noble y sacerdote, era el blanco de las más groseras diatribas, de los más brutales insultos.

Kernan marchaba siempre junto a la carreta, y al dar la vuelta de una esquina, divisó enfrente de sí el horrible instrumento de muerte a menos de doscientos pasos de distancia.

De improviso paró el fúnebre carruaje, y la multitud se detuvo... Algo extraordinario acontecía: todos se preguntaban el motivo de aquella parada repentina, cuando un confuso clamor se dejó oír por todas partes resonando sobre el murmullo general estas palabras:

—¡Basta!... ¡Basta de sangre!

—¡Que vuelvan atrás las víctimas!

—¡Abajo los tiranos! ¡Muera Robespierre! ¡Viva la república!

Una sola palabra bastará para explicar aquel extraño suceso. En París acababa de tener lugar la célebre jornada del 9 de termidor.

El telégrafo que Chappe había hecho adoptar a la Convención dos años antes, acababa de comunicar la gran noticia de que Robespierre, Couthon y Saint-Just habían perecido a su vez en la guillotina, y aquella nueva produjo una instantánea reacción, pues todo el mundo empezaba ya a estar harto de sangre.

La piedad venció a la cólera entre las masas y la fatal carreta fue detenida.

Kernan se lanzó entonces sobre ella, y agarrando al conde con una fuerza sobrehumana, se lo llevó entre la multitud, sin que nadie pudiese detenerle, en medio de los vivas y los bravos de cuantos le rodeaban...

Media hora después, el conde de Chanteleine se hallaba en los brazos de su hija.

Durante los quince días de asombro que siguieron a los acontecimientos del 9 de termidor fue fácil al conde y a sus hijos trasladarse a Inglaterra seguidos siempre del bravo Kernan.

Dios había dado a sus infortunios un desenlace que no hubieran podido esperar jamás de parte de los hombres.

Aquí termina este episodio, sacado de los peores días del Terror.

Lo que sucedió después cualquiera puede adivinarlo.

El casamiento de Henry de Trégolan y de María de Chanteleine se efectuó en Inglaterra, en cuyo país vivió toda la familia algunos

años.

Cuando los emigrados pudieron volver a su patria, el conde fue uno de los primeros que regresaron a ella, encaminándose inmediatamente a Chanteleine con María, Henry y el fiel Kernan que no les abandonó jamás.

Allí transcurrió su vida, tranquila y feliz. El conde siguió ejerciendo su sagrado ministerio, con ejemplar fervor, en su pequeña parroquia; prefiriendo aquel ejercicio humilde y oscuro a las altas dignidades que le ofrecieron, y los pescadores de aquella costa hablan hoy todavía con profunda gratitud y sincero cariño del noble y virtuoso cura de Chanteleine.

FIN



JULES VERNE. Jules Gabriel Verne (Nantes, 8 de febrero de 1828 – Amiens, 24 de marzo de 1905), conocido en los países de lengua española como Julio Verne, fue un escritor francés de novelas de aventuras. Es considerado junto a H. G. Wells uno de los padres de la ciencia ficción. Es el segundo autor más traducido de todos los tiempos, después de Agatha Christie, con 4185 traducciones, de acuerdo al *Index Translationum*. Algunas de sus obras han sido adaptadas al cine. Predijo con gran exactitud en sus relatos fantásticos la aparición de algunos de los productos generados por el avance tecnológico del siglo xx, como la televisión, los helicópteros, los submarinos o las naves espaciales. Fue condecorado con la Legión de Honor por sus aportes a la educación y a la ciencia.

Notas

[¹] Así llaman en el país a los que habitan las tierras pantanosas y cultivables, y a los que viven en los bosques o carrascales. <<